COMO SI AL MUNDO LE IMPORTARA

Se había prometido tres cosas.

Hasta que lo conoció a él.



MARINA ROMERO

MARINA ROMERO

COMO SI AL MUNDO LE IMPORTARA

Rocaeditorial

A Patricia Cazón,
porque decirte «gracias» se me queda corto

—Yo también tengo una certeza —dijo en esta ocasión el discípulo al maestro.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es?

—Que solo existen en el mundo dos tipos de personas: las que están enamoradas y las que no.

FRAGMENTO DE UN CUENTO POPULAR

Prólogo

Llevaba tres años, once meses, cuatro días, diecisiete horas, cuarenta y tres minutos y probablemente cinco segundos sin besar a nadie de verdad. Un beso de esos que se daban queriendo a la otra persona, cuando una estaba enamorada e ilusionada. Un beso con amor. Besos en los que se apretaban los ojos y se respiraba profundamente, absorbiendo cada detalle. Esos besos que proporcionaban placer, sí, pero que dolían un poco, porque a saber qué vendría a continuación. Besos que hacían sentir una sensación extraña, molesta, como las cosquillas a la altura del estómago en plena caída desde una atracción de feria.

Había dado muchos besos sin amor, sin sentido y sin tampoco sentirlos. Besos que eran la llave para un buen polvo. Besos con sabor a tabaco rancio. Besos helados tras el sorbo de una copa, con restos de sabor a limón o a hierbabuena. Besos en labios desconocidos. Besos torpes, ávidos, precipitados y húmedos…, incómodos, con el cinturón aún puesto dentro de un coche. Besos que eran parches de amores que solo acabarían siendo sexo. Besos de los que hacían chocar los dientes. Besos con los ojos abiertos, porque, al cerrarlos, todo daba vueltas. Besos que llevaban directamente a baños sombríos donde se follaba con alguien que no tenía nombre ni lo tendría jamás. Besos que se quedaban en las sábanas, porque a la mañana siguiente el viento se los llevaría por la ventana. Besos ventilados. Algunos besos abreviados que se

enviaban por el móvil. «Bs». Y besos que se daban entre contenedores naranjas, en puertas de discotecas, en los escalones de los portales o en las casas ajenas.

Hacía mucho tiempo que ella no daba un beso de verdad. Tres años, once meses, cuatro días, diecisiete horas, cuarenta y tres minutos y probablemente cinco segundos. Pero iba a volver a darlo. Ella, amando…, él, a saber; seguro que no. Sin embargo, ahí estaba, a punto de saltar al vacío. Ella, que había prometido al mundo no enamorarse nunca más…, como si al mundo le importara.

1

Todas las mujeres llevan a una romántica dentro. Algunas en la epidermis, palpitando en la primera capa de la piel. A otras el romanticismo no se les ve a simple vista, pero ahí está, como la lava que pide paso desde el epicentro de las entrañas, como un recuerdo enterrado, un vómito inesperado o un tic en el ojo, que nadie nota, solo la que lo sufre. Algunas no tienen reparo en mostrarlo, no les importa en absoluto.

Pero otras lo esconden bajo kilómetros de huesos, músculos, fibras, arterias, venas y pellejo. En la célula más profunda. Justo ahí. Sí, todas tienen a esa mujer romántica guardada dentro. Absolutamente todas: la más dura e inaccesible, la más inocente. La que dejó de creer en el amor. La que se lo cree todo. La apaleada. La indolente. La fría. La más niña. La más puta. Siempre hay una romántica dentro de cada una de ellas que quiere creer que la próxima cita va a salir bien, que el chico difícil cambiará por ella, que tiene una nueva oportunidad, aunque lleve trescientas fallidas.

Y, sí, ahí estaba la suya, agazapada la muy hija de puta… La mujer romántica que llevaba dentro regresaba de nuevo con una voz molesta susurrándole al oído, machacona e implacable, después de tanto tiempo: «Lía, ¿y si esta vez sí es él?».

Tenía treinta y cinco años. Demasiado joven para tener el corazón recosido una y otra vez. Pequeñas cicatrices que por fuera no se veían, pero que apenas habían cerrado por dentro. Treinta y cinco

años y demasiadas costras. Y queloides en la piel. Había vivido más de lo que parecía. Desengaños, pasiones y descalabros que iba amontonando como los restos de un decorado de cine, que terminaban abandonados en el callejón de atrás.

Mientras, la fachada intacta ya no dolía. Se reía de sus muchas relaciones y casi ninguna pasaría a la historia. Lía contaba los amores así: noches sin dormir; botellas de cristal a punto de ser recicladas dentro de una bolsa; gin-tonics de más y condones de menos; pañuelos de papel usados; palmeras de chocolate que calmaban la ansiedad; llamadas de más de una hora a las amigas de siempre cuando las palmeras de chocolate fallaban… Narraba sus relaciones como cuentos entretenidos, pero para nada dolorosos.

Se preguntaba por qué los rollos no sumaban, por qué solo se contaban las relaciones que eran densas y largas… Esas en las que el chico tenía un nombre y ya había pasado el cuestionario vital de quién era, de dónde salía, qué hacía, con quién estuvo, por qué ya no estaban juntos o a quién de los dos le dejó de latir el corazón. Lía defendía lo suyo: todo contaba. También las relaciones de una noche, de tan solo unos minutos en un baño o los besos en un Uber. Todo hacía heridas y todo terminaría cicatrizando.

En aquella época había dejado de darle vueltas a todo eso. Estaba en una de esas fases en las que no quería follones, o eso decía. Pasaba de los tíos. «Buah, pereza total. Uf, calla, calla, no estoy en ese rollo ahora mismo, los tíos están muy raros últimamente». Una vez superó los treinta, comenzó a empeñarse en hacer ver a todos sus conocidos que estaba bien «así», cuando todo el mundo sabía que «así» era sinónimo de «sola». Y repetía una y otra vez que estaba feliz sin líos de tíos, aunque nadie se lo preguntase. Le

invadía una desidia extraterrestre cuando pensaba en cambiar su vida por alguien, pero en el fondo se moría porque alguien lo hiciese por ella. Lía creía tenerlo claro y mantenía su discurso firme: «Ya llegará el tío de turno. Yo no pienso hacer absolutamente nada. Nada…».

De hecho, no movió ni una pestaña aquel día. Por la mañana había disfrutado de esa ignorancia, bendita y cabrona, de no saber que aquella noche algo cambiaría. Después de algunos años intacta, tranquila, libre, sola, segura e inmensamente en paz consigo misma, quién iba a imaginar lo que le pasaría tan solo unas horas después…

Era finales de enero. El cielo estaba más azul que nunca, las nubes blancas, como pintadas por un niño de primaria con un Plastidecor sobre la cartulina, como un salvapantallas de Windows, solo que sin el prado verde. «La capa de contaminación debe estar hoy bien arriba», pensó Lía. Al llegar a Madrid, tres años y medio atrás, pensaba que aquello era una exageración, un mito, hasta que un día, desde la A-6, la carretera de A Coruña, se pegó un buen susto: un hongo gris envolvía la ciudad con la firme e inapelable idea de engullir las cinco torres y el faro de Moncloa. Tiempo después dejó de ver la nube por la sencilla razón de que vivía dentro de ella. Probablemente ya estaba infectada. Diagnóstico: contaminación severa por el virus de Madrid.

Eran las cuatro de la tarde y no había almorzado. Bah, luego se tomaría cualquier cosa… Lía no tenía un horario muy normal. Trabajaba en un diario deportivo en el turno de tarde. Salía a las doce de la noche, como si fuese una cenicienta del curro. Horario de periodista. Al revés que el resto del mundo. A contracorriente.

Trabajaba siempre los fines de semana, pero libraba entre semana. Sin pareja, ni perros, ni niños, ni cine los domingos por la tarde…

Madrid se había convertido en cómplice. Era una ciudad en la que nada era igual apenas pasado un minuto. Todo podía cambiar con un chasquido. Todo era distinto continuamente. Le gustaba eso: estar en el gimnasio casi sin gente o comprar en las tiendas con la ropa recién colocada y los probadores vacíos, sin miles de perchas amontonadas. Comprar una prenda, seguramente de color negro, arrepentirse al salir por la puerta y regresar para descambiarla sin hacer cola en la caja. Ir al mercado y llevarse pescado del día, o quedar para un brunch con algún amigo parado, de baja o de paso por Madrid. Dedicar la mañana de un jueves a limpiar la casa con la música a todo trapo y el pelo recogido en un moño con un boli Bic escuchando a Pastora Soler. Ir al banco un martes sin tener que pedir permiso en el trabajo. Charlar con su madre una hora y media tumbada en el sofá. Conversar tranquilamente con la señora de la tienda, con el zapatero, con el mecánico o con el portero de casa. Tener tiendas de barrio a las que acudir. Ver la nueva exposición del Thyssen sin colas y gratis, a cualquier hora, con su acreditación. Poder trasnochar un martes y follarse a un tío el miércoles.

Seguro que habría quien anhelase una vida como la que tenía, sin horarios fijos y pudiendo diseñar el día apostando por el mejor plan. Ella, desde luego, no envidiaba a los demás. No quería sus barbacoas de sábado. No necesitaba que los domingos fuesen sus días de limpieza o de cambiar la ropa de invierno. No quería sus rutinas. No buscaba pareja.

Mirándolo bien nadie aguantaría su vida, como ella no aguantaría la de los demás. No le gustaban las parejas insatisfechas que la

rodeaban, pero tampoco las satisfechas. No deseaba la vida de sus compañeros de trabajo que trataban de follársela en cada cena de Navidad, cumpleaños, aperitivo, cena o fiesta improvisada que Lía jamás se perdía. Porque ella siempre iba a todo. Y siempre era la soltera. Y las solteras de treinta y cinco años tenían pinta de querer follar siempre. Si no, ¿para qué estarlo?

A Lía le cansaba eso. Estaba en guerra con los tíos. Los golfos, los casados, los insoportables, los interesantes, los calientabragas, los que fumaban, los jefes, los becarios, los guapísimos, los orgullosos, los arrastrados y los impotentes… Harta de todos los hombres, pero en el fondo tenía un problema: le gustaban demasiado.

Para Lía era más fácil no colarse por nadie. Últimamente, mantenía a raya esa premisa: no mostrarse, no enseñar nada. Era mejor así. Se mantenía en la superficie, donde aún hacía pie o donde al menos flotaba. Desde luego no estaba dispuesta a ahogarse. Ahí le gustaba vivir, bajo el tejadillo donde podía resguardarse del diluvio, esperando a que no ocurrieran cosas…, o sí. Tal vez sentir en la piel un poco de sexo, pero nada más. Lía se quedaba en el quicio de la puerta, sin agallas o ganas de colarse, pero también sin la suerte de que la invitaran a pasar.

Vale, basta. No quería líos, se había prometido no sufrir por amor más de cinco minutos y la única forma de lograrlo era no centrarse jamás en una sola historia. «La teoría de las dos pelotas», decía siempre su amiga Carmen. Al menos dos pelotas al aire, dos tíos, dos historias a la vez. O incluso alguno más. Como los malabaristas del semáforo de José Abascal. Era mejor así, varios rollos para no perder la cabeza o, mejor dicho, para no perderla por uno solo. Para no hacer el gilipollas. Para no ser quien no era. No, a Lía no le

gustaba el tipo de mujer en la que se convertía cuando estaba colada por un solo chico. Se lo había prometido hacía ¿cuántos años…?, ¿tres, cinco, siete? No iba a volver a enamorarse jamás. Rollos, citas, cenas, folleteos, incluso algún pequeño drama…, pero ¿enamorarse? Eso nunca.

Años atrás se había jurado a sí misma varias cosas y las seguía cumpliendo: no amar a ningún tío, no llorar por ellos y no celebrar Halloween.

Cada una de estas promesas tenía un nombre asociado de forma indisoluble: Ismael, Alfonso y Miguel. Sus fantasmas. Como los del *Cuento de Navidad* de Dickens. Fueron ellos quienes la obligaron a hacerse esos juramentos…, y los cumplió, desde luego que los cumplió durante años. Pero Lía no tenía la menor idea de que la romántica que llevaba dentro iba esa misma noche a ponerle la vida patas arriba, alterarle el orden de las cosas, moverle todo de sitio y abrirle una rendija por la que podían colarse imprevistos descomunales. Sus promesas estaban a punto de tambalearse.

2

Abel
30 de enero de 2018-13 de mayo de 2018

Liíta, q haces hoy?, te vienes a un concierto? 17:36

Ayyy, sip!!! Bueno, de quién? Jajaja 17:37

Expresso Lovers, rollo indie-rock. Siroco, 22 h 17:38

Perfect! Tengo ganas de verteee!!! 17:40

En Madrid siempre le ocurrían cosas divertidas e inesperadas. Sobre todo si se tenían amigos con trabajos guais, como David. Eso lo sabía ya Lía desde hacía tres años y medio, el tiempo que llevaba allí desde que dejó atrás su Sevilla natal. Madrid le perteneció

enseguida porque ella quiso. Se dejó envolver con sus manazas de Botero. Pronto empezó a caminar por el metro sin mirar los carteles y a elegir el vagón más cercano a la salida correspondiente. Pillaba la Línea 5 para una sola parada; ya no le enternecía el señor de la cara quemada que pedía dinero en la Línea 1; e incluso descuidaba el bolso, que nadie le robaba, porque no era «de fuera». Madrid le había atrapado, Lía lo sabía porque ya iba siempre corriendo entre decenas de personas sin rozarse con ninguna. Y porque le enfadaban los turistas que frenaban su paso. Sí, Madrid era suya desde el momento en que empezó a caminar con prisa…

Lía había dejado de hacerse fotos en las bocas de metro o en Gran Vía. Ya no se detenía a ver quién paseaba por la alfombra roja en Callao. Evitaba estar por el centro durante el puente de diciembre, casi no se perdía por las idénticas calles de Malasaña y conocía los bares por los nombres que tenían antes.

De hecho, la sala hacia la que se dirigía se llamaba Siroco. Pero años atrás todos la conocían por la discoteca Ellas. David la esperaba en la puerta. Su buen amigo era crítico de música para revistas especializadas. Y a menudo se convertía en su cicerone de las noches madrileñas, yendo de garito en garito, un martes o un miércoles cualquiera. Porque Madrid no dormía nunca, tampoco entre semana. Entraron. Pidieron cerveza, o una birra, como se decía en la capital. En Sevilla la querían matar cuando pronunciaba esa palabra. En el sur era una caña de toda la vida. David se puso a hablar con alguien y ella se parapetó detrás de un altavoz. Le dio el primer sorbo a la Mahou y, al levantar la mirada, se quedó petrificada. Fijó sus ojos en el escenario y le zumbaron de repente

los oídos, como si se hubiese quedado sorda. ¿Qué diablos había ocurrido?

Ahí estaba él. El cantante del grupo que se llamaba Expresso Lovers. «Qué bueno está», pensó. El concierto ya había empezado. Algunos, muy pocos, conocían las canciones. David y ella intentaron hablar de algo, pero fue misión imposible. El altavoz no les dejaba. Mejor… Lía se dedicó entonces a contemplar a ese vocalista guapo sin pestañear… Estaba muy cerca. Él no la veía a ella con los focos, y Lía aprovechó para regodearse, recrearse, ensimismarse. Se tomó todo el tiempo del mundo. Se lo dedicó a él, al cantante guapo.

Y así, con todos sus sentidos puestos en el escenario, le espió con una obscenidad que hasta a ella le dio miedo, viendo cómo alcanzaba los agudos, cómo vibraban sus cuerdas vocales y cómo su boca expulsaba saliva al trasluz. Se sintió partícipe de las historias de unas letras que no sabía quién había escrito y que desde luego no eran para ella. Pero le dio la gana de apropiárselas. El cantante sexy estaba inmenso, ahí de pie, delante de ella. Lía pensó que era de esos hombres que estaban llenos de seguridad, que detrás de ese físico macarra y descuidado había también un buen tipo. Se convenció de que ese tío que bebía cerveza entre una canción y otra era divertido. Y no hubo cruce de miradas, ni flechazo, ni nombres, ni saludos, ni nadie que los presentase. No sabía ni cómo se llamaba ni de dónde narices había salido ese grupo. No tenía ni idea de si su amigo los conocía de antes, de otros conciertos. No, Lía no sabía nada.

Cuando terminó el concierto, aplaudió con entusiasmo, igual que David, totalmente ajeno a sus pensamientos. Lía se encogió de hombros y no pudo reprimir una sonrisa, porque sin ningún miedo,

con calma y con una placentera curiosidad, supo que iba a conocer al cantante sexy.

Esa misma noche, al llegar a casa, rumió su cara una y otra vez. Lo que mejor recordaba era su voz. Había estudiado en la carrera la regla 55-38-7 de Albert Mehrabian: retenemos un 55 por ciento del lenguaje corporal, un 38 por ciento de la voz y solo un 7 por cierto del mensaje.

Lía, por ejemplo, aún recordaba nítidamente la voz de su abuela, veinte años después de su muerte… De pronto le pasaba lo mismo con el cantante sexy, como si se le hubiera marcado a fuego en la capa más profunda del cerebro. Intentó acordarse de su mirada y sintió vértigo. Lía seguía con la misma certeza anclada en el pecho: iba a conocer a ese tío. Y, de hecho, estaba convencida de algo más: iba a follarse a ese tío. O mucho peor: iba a amar a aquel hombre.

3

Tecleó «Expresso Lovers»…, hizo clic en «Voy a tener suerte». Era la primera vez que reparaba en esa frase de Google. Igual sí que tenía suerte y conseguía algo… Se descargaron los resultados. La primera entrada correspondía a un cartel que se vendía ya montado en un marco de color madera o negro, con la silueta de un hombre y una mujer que bebían directamente poniendo la boca bajo la máquina del café. La siguiente entrada la llevaba hasta un restaurante italiano en un pueblo de Cádiz. La tercera pertenecía a la canción de los Dire Straits, que tocaban «Expresso Love» en vivo. Y la cuarta…, por fin, ahí estaban.

Ellos, los cuatro miembros de la banda. Y, por supuesto, él. El cantante sexy. «Así que este es tu nombre, así te llamas, cantante sexy»… Lía lo repitió en voz bajita mientras pensaba que sus dos nombres formaban una aliteración. «Qué bien suenan juntos. Valiente chorrada de niña tonta»… Se acordó de cómo de pequeña, cuando un chico le gustaba, comprobaba si sus nombres pegaban, si cuadraban los apellidos de un futuro hijo en común. Y lo hizo otra vez, solo que ya no era una niña, sino una zorra romántica de más de treinta años. El grupo no llevaba mucho tiempo en marcha. No había demasiados enlaces y muchos de ellos la dirigían a Valencia.

Lía recurrió a Instagram. Bendito internet…, el aliado del contrabando amoroso, el chivato de la gente chiflada. «¿Cómo ligábamos antes?», pensó. Tecleó de nuevo. Una arroba… y su

nombre. Entonces surgió él, su foto, su perfil… El inicio de algo. Chorradas. «Eres una estúpida. Pero estás jodidamente segura de esto. Pronto vas a follártelo. Te vas a enamorar. Gilipollas, detén esto. No sigas. Dale. Vas a acostarte con él. Y vas a querer morir». Lo tenía a tiro, al cantante sexy. La cuenta del grupo estaba abierta. Y su cuenta, la personal, mierda, estaba cerrada.

Lía no dudó y pulsó el botón de seguir. No podría escribirle en privado si no la aceptaba; su solicitud, su corazón, sus expectativas, todo a la espera del cantante sexy. Y pum. El vocalista de Expresso Lovers aceptó enseguida. Lo que pasó a continuación fue sencillo, certero, directo y jodidamente esperado. Lía prefirió escribir primero un mensaje público bajo una foto del concierto… En el comentario decía que el grupo había estado genial, que no los conocía, pero que vaya sorpresa…, blablablá, y que el cantante (sexy) había estado «inmenso».

No había nada perverso, ni enrevesado ni neurótico en ese mensaje público. Podía pasar perfectamente por un mensaje inocente. Tal vez, solo tal vez, estuviera cargado de intención, pero Lía jugaba con ventaja. Ella ya sabía que antes o después acabarían conociéndose. Lo que no imaginaba era que fuese tan fácil. Ni tan pronto.

Esperó unos minutos. Y comprendió, o más bien intuyó, que ese iba a ser su estado natural a partir de entonces, el de esperar. Esperar a que el mensaje fuese leído, a que el teléfono se iluminara, a obtener una respuesta. El estado natural de quien se enamoraba sin remedio. Pasaron unos pocos minutos más, demasiado lentos. Puta digresión del tiempo… Y el cantante sexy apareció. A Lía no le sorprendió su reacción, porque la esperaba. Es más, llevaba toda la

vida esperándolo. Él comenzó con un «Eeeeeeyyyyyy, muchas gracias», con cercana cortesía. Le agradeció el cumplido, y hasta ahí los mensajes públicos.

El cantante sexy fue a por todas por privado. Le dijo que vaya placer tener un público así, que Madrid nunca defraudaba, y ante un mínimo coqueteo de Lía, a la que no dejaron de temblarle los dedos, él la invitó a unas cervezas. Sí, volvían a actuar en la capital en dos semanas. Lía le añadió guiños y besos. A saco. El cantante sexy también le había puesto emoticonos en sus mensajes. Madre mía, el del beso…, y no el simple, sino el del beso con corazón.

Estaba claro, iban a verse. Y Lía volvió a sonreír como a la salida del concierto. Sí. En efecto, la hija de puta romántica que llevaba dentro se lo estaba preguntando de nuevo al oído: «¿Y si es él?».

4

A las dos semanas de contactar por primera vez, o dieciséis días después para ser exactos (Lía los había contado), el cantante sexy escribió de nuevo por Instagram.

Hoy 13:29
Has respondido a su historia
Bueno, guapísimaaa, dónde son esas cervezas prometidas?

Buenaaas, se ve que eres hombre de palabra…, dime cuándo y dónde es el concierto y a la salida nos vemos, te parece?

Ella se hizo la sorprendida, pero sabía perfectamente cuándo tocaba Expresso Lovers de nuevo en Madrid. Se grabó a fuego esa fecha en el calendario y comprobó que él tampoco había olvidado la cita. En esas dos semanas anteriores solo se intercambiaron algún que otro like o un fueguito, pero nada más. De hecho, Lía se decepcionó un poco. Pero el cantante sexy volvió a la carga y todas las dudas se disiparon. La conversación, al igual que las ganas mutuas de verse, fluyeron de nuevo y, tras unos pocos mensajes de

Instagram, se intercambiaron los números de teléfono. El cantante sexy le contó además que el grupo había cerrado un proyecto para componer la banda sonora de una serie y que se quedaba unos días más para ir a alguna reunión… Y ella tan feliz, como si eso le diera tranquilidad o tiempo…, como si tuviera la certeza absoluta de que seguiría viéndose con él, con el cantante sexy, cuando aún ni siquiera lo conocía, cuando se suponía que ella no deseaba conocer a nadie.

Absorta con los mensajes del vocalista guapo, Lía ni siquiera se dio cuenta de que el chat de sus amigas de Sevilla, las amigas de toda la vida, ardía. Una notificación tras otra anunciaba que algo gordo estaba pasando. Ese chat estaba siempre lleno de vida. Eran sus cinco amigas del alma, su pandilla del instituto. Desde entonces fueron una piña, incluso cuando ella puso tierra de por medio y se fue a Madrid. En ocasiones notaba que «las niñas», como ella las llamaba, no entendían por qué decidió un día marcharse, aun teniendo trabajo en Sevilla. Sobre todo Rocío, su hermana de sangre. Se conocían desde la guardería y habían estudiado juntas siempre, en el colegio, el instituto e incluso durante la carrera de Periodismo. Las primeras prácticas también las hicieron en la misma televisión local. Rocío nunca se lo dijo, pero una parte de su corazoncito se rompió cuando Lía comenzó su vida en Madrid. Al contrario que Carmen, la juerguista, la más bruta hablando y la eterna soltera que siempre buscaba el amor. Ella la animó a vivir su propia vida. Carmen resultaba aún más divertida cuando ponía a los tíos a parir. A todos. Tal vez era la más independiente de todas. Aunque, a decir verdad, la más ajena al chat, la que más pasaba de escribir era Ana, siempre ocupada con el trabajo, siempre con su

novio, Fernando, y siempre enterándose la última de todo. Eso sí, a ella jamás se le borraba la sonrisa de la cara. A Esperanza nunca le faltaba un buen consejo. Bebía mate desde que se echó un novio argentino y era la más espiritual del grupo. Lo mismo rezaba a la Esperanza de Triana que echaba mano del palo santo para bendecir un coche nuevo. Y luego estaba Macarena, la más guapa, con un corazón de oro aunque algo ingenua. Era la única del grupo que estaba casada. Un italiano conquistó su corazón y aquello les dio a todas un chute de esperanza para creer en el amor. A todas menos a Lía, que pasaba olímpicamente.

Aunque cosechó muchas amistades en Madrid, donde era imposible sentirse solo, Lía nunca se olvidó de sus raíces, de esas amigas que sabía que siempre la apoyarían, con sus virtudes y sus defectos. Se llevaban aguantando años y los que les quedaban. A veces se preguntaba si las habría elegido como amigas después, ya con treinta años. Si se fijaba bien, no tenían casi nada en común. Pero aquello era algo mucho más fuerte que una amistad. Para Lía, que no tenía hermanos, ellas eran su familia. Con la distancia, aprendió a quererlas y a necesitarlas más, las echaba mucho de menos, aunque a veces tenía miedo de sentirse fuera o de no poder contarles todo lo que quería o vivía a través de un simple teléfono. Lía, sin embargo, intentaba «bajar» a verlas a Sevilla siempre que podía o las animaba a que «subiesen» a Madrid… Subir y bajar, esos verbos que solo los andaluces de la capital utilizaban para describir el trasiego entre esas ciudades.

No eran pocos los momentos en que Lía necesitó arrumacos de sus mejores amigas, sobre todo en los primeros años de su llegada a la capital. Y siempre estuvieron ahí. Daba igual quién escribiese en el

chat, todas eran una y mantenían intacto el cariño desde la lejanía, alimentando el grupo de WhatsApp a cada minuto. Tenían sus propias reglas: nunca espiarse mutuamente las horas de conexión y los doble check, enviar a diario alguna foto de tíos buenos y no desaparecer más de un día, incluida Ana. Ah, y cuanto peor hablasen y más palabrotas soltasen, mejor que mejor, aunque en eso Carmen siempre se llevaba la palma. Cuando se dispuso a contarles a las chicas lo del cantante buenorro, Lía se sorprendió al mirar la notificación del grupo…, o no. En apenas unos minutos se acumularon 28 mensajes, después de que Rocío soltara la bomba.

Rocío

Niñaaas! Qué fuerteee… A que no sabéis quién se casa??? 13:33

Carmen

Quién? 🤔 13:33

Maca

Uuuh! 13:33

Espe

Eso, Roci, quién? 13:33

Rocío

Lauraaa, la del cole!!! 13:33

Maca

Laura Ramos? 13:33

Carmen

Cóóómooo??? Lauraaaaaa??? 13:33

Espe

Qué fuerteee!!! Pero si hace nada no estaba con nadie!!! 13:33

Rocío

Ya os lo contaré mejor, pero me la acabo de cruzar y va y me dice que hace unos meses se torció el tobillo, se
fue pa urgencias y el celador empezó a
tontear… 13:33

Espe

Venga yaaa! 13:34

Rocío

Total, que se dieron los teléfonos y halaaa, enamoraítos perdíos, y en cuatro meses se van a casar 13:34

Carmen

Esa está preñada… fijo 13:34

Rocío

La gente está fatal… 13:34

Carmen

Joooder con la peña, y si luego es un raro??? Ni se conocen!!! 13:34

Espe

Ay, pero por qué no creéis un poquito en el amor? 13:34

Rocío

Espe, tú siempre en las nubes…, en un año están separados 😂 13:34

Carmen

Pero por qué no nos pasan a nosotras estas cosas!!! 13:34

Maca

Bueno, a mí me pasó… Fui a acompañar a mi prima a Nápoles para
verse con un tío de internet y conocí a Giovanni… 😍 13:34

Carmen

Es verdad, Maca, lo tuyo fue peliculero
total 13:35

Espe

Ay, qué chula tu boda, cásate otra vez… 💕 13:35

Rocío

Nenas, nos estamos desviando! La Laura es un callo, qué fuerte 😱
13:35

Carmen

Qué envidia, querrás decir… Las feas también podemos enamorarnos 13:35

Rocío

Puta… 13:35

Carmen

Quién, yo? 13:35

Rocío

No, Carmen… Puta la Laura, no tú 😂 13:35

Maca

Oye, Ana no nos lee, pa no variar… 13:35

Espe

Y no nos ha invitado a ninguna, no? 13:36

Rocío

A nadie. Es puta… y tacaña. 13:36

Eyyy, nenas, 28 mensajes, por Dios!!!
Qué pasaaa??? 13:36

Rocío
Lía, a que no sabes quién se casaaa?
13:36

Espera, que leo rápidamente…
13:36

Maca
Dale 13:36

Carmen
Vas a flipar… 😈 13:36

Laura Ramos??? 13:39

La noticia de la boda de aquella antigua compañera de colegio se cruzó por el camino de Lía. Pero tenía que contarles a «las niñas» que lo de quedar con el cantante sexy iba en serio. Compartían todo en ese chat: diarreas, enfados en el trabajo, cotilleos inesperados, muertes de famosos, dolores de cabeza, detalles de cada cita o fotos

de la última adquisición de Stradivarius…, y no estaba dispuesta a pasar por alto que un cantante buenorro quisiera quedar con ella después de mandarse unos cuantos mensajes.

A ver, entiendo que la boda de Laura sea un pepinazo de noticia, peeero… voy a quedar con el buenorro del concierto!!! 🔥🔥🔥 13:39

Maca

Tíaaa, no paras 13:39

Carmen

Zorra. Ahora la puta eres tú, no la Laura Ramos 13:39

Rocío

Joder, Lía, estás en racha 13:39

Espe

Pero este quién es ahora? 13:40

Rocío

Pues el cantante guapo ese, anda
que
no ha dao la turra… 13:40

Pensaba que el tío iba a pasar,
pero
hoy me ha vuelto a recordar que
tenemos una quedada pendiente!!!
13:40

Maca

Qué guayyy, tíaaa 13:41

Carmen

Guay??? Maca, ese tío es un caliente
13:41

Espe

Lía, si no te conoce de nada!!! 13:41

Carmen

Te ha visto y te quiere follar por la

foto.
Punto 13:41

Y yo a él, Carmen, no te jodeee…
Está
taaan bueno… Os mandé fotos, no?
13:41

Rocío
Que síií, pesáááááá 13:41

Carmen
Aburres con tus novios. Lía, cuántos
llevas p'alante??? 13:41

Espe
Ay, tíííaaa, no hagas caso a estas…,
que igual es una historia chulaaaaaa!
13:42

Maca
Tía, pero no te lo tires a la primera,
que
ese va a lo que vaaa 13:42

Carmen

Lo que yo te diga, es un caliente

13:42

Rocío

Ten cuidao, Líaaaaaa! 13:42

Que síií 😇 13:42

Ana

Joder, 53 mensajes. Qué me he

perdidooo? 14:05

Ana tuvo que leer rápidamente para enterarse de la boda de Laura Ramos y de la nueva cita de Lía. Pero a esto último tampoco le dio mucha importancia. Las tenía muy despistadas a todas con sus rollos. «Bah, uno de tantos», pensó Ana, que tenía novio desde hacía ya bastantes años; Rocío estaba en ese punto en que no sabía si su ligue era algo más; Macarena llevaba un año casada con Giovanni, un italiano que se había ido a vivir con ella a Sevilla, y las dos solteras, Carmen y Esperanza, andaban buscando el amor. No como Lía, que siempre decía eso de «yo no busco, a mí que me encuentren». Las chicas, la verdad, admiraban su entereza. Lía era distinta a ellas, porque su premisa era no colarse por nadie. Y sobre todo desde que vivía en Madrid.

¿Cómo lo conseguía? A Lía le escribían y ella contestaba. Le llamaban para quedar y ella quedaba. A veces, aparecía algún tío del pasado y recordaban juntos, vaya si recordaban, pero nada más. Sin dramas, ni explicaciones, ni promesas, ella después desaparecía del mapa. Le gustaba más coincidir con gente que no supiese nada de ella. Ni de sus miedos, sus desvelos, su sentido del ridículo, sus inseguridades y dudas… De su tiempo perdido con más de uno en el pasado. Se sentía más segura si no la juzgaban, miraban o agobiaban. En Sevilla, esa forma de ser era más complicada, porque allí la gente conocía hasta a los desconocidos. Era imposible tener secretos, y, si no se tenían, pues alguien se los inventaba. Pero, en Madrid, a nadie le importaba la vida de los demás. De hecho, allí Lía podía vivir sin mirar atrás, porque era una ciudad en la que todo el mundo corría a pesar de tener todo el tiempo del mundo, una ciudad donde las personas podían pasar por sus sueños de puntillas, como por las calles, teniendo cuidado de no pisar vómitos ajenos, sábanas con productos falsos o rendijas de ventilación del metro. Era el lugar donde poder pasar desapercibido entre prisas, anuncios, imágenes, olores, carteles, gintonics, cacahuetes rancios y sonidos de ambulancias. Sus amigas no le decían nada, pero Lía sabía que ellas no comprendían del todo por qué un día eligió abandonar Sevilla y marcharse a la capital de las aventuras. Era su forma de poner fin al qué dirán y abrazar un nuevo comienzo. Sí, Lía había elegido bien: en Madrid podía continuar con su vida empezándola otra vez de nuevo. Por mucho que sus amigas no lo entendieran.

Y llegó el momento de conocer al cantante sexy. Para aquella noche, Lía eligió una falda de cuero corta, una camiseta de escote de barco y unas botas de tacón. Quería lucir piernas. Madrid no era

una ciudad para llevar tacones altos, pero las primeras citas sí lo eran. Se había dejado el pelo suelto y le caía sobre los hombros. La melena le hacía cosquillas en la piel. Encima de todo, el plumas. Estaba radiante. «Lía, qué guapa estás hoy». Así se lo habían dicho varios compañeros en la redacción. Los nervios le sentaban bien, la excitación le sentaba bien… Acababa de aparcar el coche en una calle de Malasaña, el barrio de las primeras cervezas y por supuesto de las primeras citas. Se retocó la raya negra del ojo mirándose al espejo del coche. Se aplicó tan solo un poco de vaselina con un toque de fresa en los labios. Era miércoles, casi doce y media de la noche. Y ella siempre encontraba aparcamiento. También ese día. «Joder, con mi flor en el culo», pensó. Quería esperar un poco, solo un poco, para no llegar tan pronto, para no parecer impaciente. Porque lo estaba, y quería aguardar al menos a que él le respondiera al wasap que acababa de enviarle.

Oyeee, por dónde andas? 00:25

Ey, guapa! En el bar, justo al lado de
la
sala. Sales ya de currar? 00:27
Estoy por aquí yaaa! Aparco y voy.
No
me ha dao tiempo a esperaros a la
salida en plan fan. 00:27

Jajajaja, hubiese estado bien.
Estamos
dentro. Te reconoceré? 00:29

Mmm, me verás entrar, llevo
aparatos y
pelo recogido, vestida de color caqui.
00:29

Jajaja! Anda, anda…, vente ya p'acá,
señorita mentirosa! La foto de perfil
te delata! Y creo que te delata para
bien… ;) 00:30

Buenooo, en escasos dos minutos
sales de dudas ;))) 00:31

Y ya no le importó haber encontrado aparcamiento tan pronto. Apenas dos minutos los separaban. Apenas unos metros de calles llenas de cubos de basura, meadas y bolardos. Ahí estaban también las putas de más de cincuenta años, que esperaban sentadas en los portales. Lía tiró el móvil en el bolso mientras sentía cómo le temblaba todo. Notó el frío de enero en la cara. Miró con detenimiento la señal. «Prohibido aparcar de 8 a 19 h. excepto carga y descarga». Podía aparcar ahí, sin problemas, aunque ella siempre

leía varias veces ese tipo de señales para entenderlas correctamente. «Bien, cerquita del sitio, para salir corriendo», pensó.

Por primera vez en mucho tiempo estaba nerviosa antes de quedar con un chico. Y no entendía muy bien el motivo. No le pasaba lo mismo con otros. Tal vez porque era un absoluto desconocido, tal vez era el miedo al fiasco. Podía ser un auténtico gilipollas, un imbécil redomado, cortito de mente, desagradable sobrado… Aunque también le acechaba otro miedo: que él esperase de ella otro tipo de chica. «Bah, qué chorrada. Es sencillo, siempre lo ha sido: quedas y, si estás a gusto, te pides otra, y si no, te piras». Lía no podía dejar de dar vueltas a la cabeza mientras se abría paso por esa calle abarrotada de putas que le daban las buenas noches como si fuese del barrio de toda la vida. La verdad es que no podía evitar fijarse en ellas. «Joder, son muy mayores y aquí siguen».

Le temblaban las piernas. Los adoquines y los tacones no le ayudaban. Después de mucho tiempo se sentía desprotegida antes de conocer a un tío. De hecho, estaba aterrada. Apenas faltaban unos segundos para encontrarse cara a cara por primera vez con Abel.

5

Abel

Significado:

Nombre de origen hebreo que significa inestabilidad, efímero, pasajero.

Referencias históricas:

Según el Génesis, primer libro de la Biblia, Abel fue el segundo hijo de Adán y Eva. La Historia Sagrada relata que murió víctima de su hermano Caín. Ambos eran pastores, y Dios aceptó el sacrificio de los animales de Abel y rechazó la ofrenda de Caín. Su hermano, cegado por el odio, lo mató. Caín se convirtió en el primer asesino de la humanidad, y Abel, en el primer asesinado. Así se preparó el escenario para la introducción del mal y la corrupción de la Tierra.

Onomástica:

Se celebra el 28 de diciembre, coincidiendo con el día de los Santos Inocentes.

6

Cogió aire antes de entrar en el bar. Exhaló. ¿Recordaría bien su cara? De pronto le pareció difusa desde que le viera encima del escenario, a pesar de haber cotilleado un montón de fotografías por internet, pero enseguida se disiparon sus dudas. Ahí estaba Abel, junto a la barra. Iba con unos vaqueros gastados y una camiseta negra. Las mangas cortas se ceñían a sus brazos. Se estaba tomando un pincho de tortilla, poco hecha, como era costumbre en los bares de Madrid… Desde la puerta, Lía observó su boca, sus dientes inferiores, algo torcidos, se fijó en cómo masticaba, y de pronto recordó algo que había leído alguna vez: que las mujeres tienen un instinto primario que les hacía observar la mandíbula del hombre. Le pareció aún más sexy de lo que recordaba, incluso comiendo un trozo de tortilla. Le acompañaban los otros miembros de la banda. Lía les reconoció. Pensó en la de cosas que su mente podía procesar en tan solo unos segundos. Y entonces, de repente, el tiempo se paró, justo cuando él la vio entrar en el local. Lía tuvo una sensación extraña, certera, deliciosa: juraría que Abel se había ruborizado.

—Ey, mirad, ella es Lía. Acaba de salir de currar… —dijo atropelladamente con algo en la boca.

Su voz. Sus primeras palabras. Esa fue la frase que le soltó a uno de sus compañeros de barra, como si la conociera de toda la vida, como si fuese una amiga de Madrid con la que quedaba

aprovechando que estaban por allí, como si esa frase sirviera para no contar la verdad: que no se conocían de nada. Bueno, solo de Instagram. Y a Lía le vino un pensamiento en medio de ese caos de emociones, que por qué demonios siempre había que justificar las relaciones virtuales antes de que se transformasen en citas de carne y hueso. Quedó claro que ninguno de los dos quiso revelar en ese momento que era la primera vez que se veían. O, para no faltar a la verdad, que Abel la veía a ella…

Empezó a llegar más gente. A partir de ahí empezó un juego malicioso, secreto…, sexy, como Abel. Mientras los demás hablaban de todo, ellos parecían ajenos a cualquier conversación. Él arrugó la nariz, como diciéndole: «Ey, has venido…». Ella sonrió en silencio. El juego de seducción se estaba poniendo en marcha. Primera regla: nadie sabía que no se conocían. Cualquier acercamiento entonces estaba permitido.

Y mostraron cercanía, jugaron a frotarse la espalda o el muslo con complicidad, a invitarse mutuamente a cervezas pendientes de un pasado que no era real, de unas quedadas que nunca existieron tiempo atrás, aunque lo pareciese. Segunda premisa: no iba a ser una cita de dos. El grupo iba haciéndose más y más grande, pero no les importaba. Iban deslizando entre conversaciones cruzadas los datos que aún no conocían del otro. Y eso lo hacía aún más interesante.

Lía corroboró así que él era de Valencia y que lo del grupo era bastante reciente. De hecho, supo que Abel había trabajado casi toda la vida en algo relacionado con una fábrica… ¿De soldador? No estaba segura si había escuchado eso. Tampoco podía preguntar, porque se supone que era un dato que ya sabía de él. Se enteró

también de que había vivido con una chica durante seis años. Su ex. Lía lo había oído alto y claro: «Mi ex». El juego seguía su curso. Confirmó que Abel tenía treinta y siete años. Y que desde que se separó vivía en un ático precioso cerca de El Cabañal, ¿tal vez una herencia?… El cantante sexy le contó entonces que estaban empezando a salirle bien las cosas con el grupo. Reconoció en voz alta que su carrera musical se había cargado su relación, pero que él estaba contento, haciendo hincapié en la palabra «feliz». Abel la miró fijamente y añadió sin tapujos: «Se lo contaba el otro día a Lía, ¿verdad?, que por fin me estoy sintiendo de nuevo libre». ¿Qué acababa de pasar? Lía no quería seguir jugando porque casi no podía respirar. De pronto, un peso en el pecho muy fuerte; de pronto, temerse lo peor. Que por alguna razón el juego no iba a salir bien. Que se estaba haciendo ilusiones tontas. Se conmovió cuando descubrió que era un tipo normal, que no era ningún gilipollas. No parecía tampoco el típico cantante que se follaba a una tía cada día. Absurdo, puesto que Lía no conocía a ningún otro cantante.

Abel hablaba mucho, muchísimo, tanto como ella. Hablaba de sí mismo con una pasión que le impresionó. Lía detectó que tenía mucho ego, como ella. Egos que suplían soledades ocultas. Egos que buscaban la contundencia aplastante de otros egos. Seguridades aparentes que tapaban el miedo a darse la vuelta y no ver a nadie. Algo le estaba diciendo a Lía que eran parecidos. Y volvió a pensar que sus nombres sonaban bien juntos: Abel y Lía. Lía y Abel. Como un trabalenguas. Aliteración de la L. «Vaya cosas absurdas de niña ena…, enamorada»… No se podía creer que estuviese pensando esas cosas.

El juego continuó y ella se enteró además de que habían salido poco a tocar fuera de Valencia y que ya iba siendo hora. Que deseaban seguir haciendo más bolos en la capital. De alguna forma, aquello le sobresaltó porque la predispuso para el futuro. Lía quería tenerlo cerca. Lo deseaba inmediatamente, y por alguna extraña razón, por raro que fuese eso en ella, sintió el súbito capricho de dormir con él.

Tres rondas de cervezas después, por conversaciones propias y ajenas, él supo que Lía era sevillana, aunque ya había notado su acento porque, a pesar de que solo se habían escrito hasta ese momento, ella escribía muchas veces en andalú, con las palabras acabadas en acentos inexistentes, con los participios sin la d y con la mayoría de las preposiciones apocopadas. Lía supo soltar la información necesaria, dosificada… Abel descubrió que su inusual nombre, y mucho más siendo de Sevilla, fue fruto del capricho de su madre, chiflada por Ana Belén y Víctor Manuel. Y supo, de paso, que la canción que llevaba el mismo nombre de aquella chica había sido compuesta por José María Cano. Y se enteró así de que aquella morena de ojos verdes y pelo liso, denso como una cortina de bar de mala reputación, trabajaba como periodista en el *Diario AS*. Averiguó que con treinta y un años llegó a Madrid. Que vivía sola, sí, sola. Lía se había encargado de que él escuchase ese pequeño detalle. Y ella se dio cuenta al instante, estaba segurísima, de que él estaba loco por besarla y probar esa boca que no dejaba de sonreírle.

Abel detuvo el juego yendo al baño. Lía fantaseó con que estuviese excitado, pensando en ella dentro de aquel diminuto habitáculo sucio, estrecho, de paredes pintarrajeadas. ¿Cómo

reaccionaría si lo invitaba a su casa? Sabía que él no podría hacer lo mismo porque los del grupo compartían una habitación cuádruple en un hostal.

Al ver que Abel regresaba del baño, Lía se mostró pletórica, excesivamente habladora ante tanta gente desconocida. Deseaba que Abel la viese ahí, en el centro de un corrillo, moviendo las manos mientras contaba algo divertido, gesticulando mientras el resto atendía a todo sin perder detalle. Levantó la vista hacia él, que la observaba de lejos. Ella le devolvió la mirada, arrugó la nariz y continuó con su relato, sin perturbarse. Estaba ganando el juego y Lía lo sabía, Abel estaba a punto de ceder. Y así fue. Sin quitar los ojos de ella, esperó a que terminase su historia. Luego se acercó, le arrancó el tercio de cerveza de la mano, lo colocó en la barra y la tomó de la cintura.

—No puedo aguantarme ni un minuto más. ¿Nos vamos?

Lía asintió, divertida, y se dejó arrastrar a través del bar sin mirar a nadie más, sin despedirse ni dar explicaciones, mientras él se mordía el labio inferior con sus dientes torcidos de niño malo. El frío le golpeó el rostro y ni siquiera resultó suficiente para frenar lo que notaba su corazón. Lía sintió miedo, pero se dejó llevar. Él la besó en la puerta, le cogió la cara con las dos manos. La miró y la besó otra vez, apretando contra ella su paquete. Y volvió a mirarla a un palmo de su boca.

—Soy un tipo con suerte, no estabas en mis planes.

Ella no dijo nada porque estaba rendida. En shock, sin asumir aún lo que parecía escrito: que el cantante sexy iba directo a su cama. Casi no hablaron nada más, solo se besaron y se rieron de camino al coche de Lía, que por suerte estaba muy cerquita. Sí, a unos metros,

aparcado en el carga y descarga de la calle de las putas de Malasaña.

7

Mateo
21 de marzo de 2000-19 de
febrero de 2004

La primera vez que Lía hizo el amor tenía dieciocho años. No fue una gran noche, como solía pasar siempre durante las primeras veces. Llevaba un año ya saliendo con su novio del instituto y se le puso entre ceja y ceja que aquella era una oportunidad magnífica para perder juntos la virginidad.

—¿Por qué no lo hacemos? —propuso Lía.

—¿Hoy? ¿Ahora? —dijo Mateo, un poco asustado.

Habían ido a casa de un amigo y sus padres no estaban. No era su casa, ni su cama, no tenían preservativos, no lo habían hablado previamente… Él titubeó, pero la conocía bien y ya sabía lo que ocurriría minutos después. Era tan tozuda… Siempre se acababa haciendo lo que ella quería. Era inevitable. Mateo supo entonces que iba a pedirle un condón a sus amigos, que Lía se montaría encima de él, como otras tantas veces, pero que en esta ocasión sería sin ropa interior, y que se dejarían llevar.

Lía imaginó que sentiría una pequeña quemazón conforme Mateo fuese entrando lentamente en ella, que dejaría una pequeña mancha marrón sobre él, como esa regla de los últimos días, y que en efecto no sería una experiencia del otro mundo. Ya no había quien parase

aquello: perdería la virginidad sin miedo, con amor y con la persona adecuada, un día cualquiera de aquel verano.

Después de aquella noche vendrían otras, primero más torpes, luego con más experiencia. Con el tiempo, Mateo y Lía encajaron. Con el tiempo, disfrutaron probando posturas, descubriendo qué cosas les gustaba hacer. Con el tiempo, harían el amor en lugares tan previsibles como la parte de atrás de un coche o tan retorcidos como un trastero, convencidos de que estarían siempre juntos. Tenían apenas dieciocho años y no sabían nada de la vida. Tanto menos del amor.

8

Lía miró hacia la pequeña terraza del apartamento. Abel estaba allí de pie, asomado al cristal, mientras sujetaba una cerveza que ella le había servido por cortesía. La botella se quedaría caliente encima de la mesita del salón. Ambos lo sabían. Entonces Lía sintió como si el tiempo se parase, como si su cuerpo se elevase y pudiese ver toda la escena desde fuera. ¿Estaba soñando? ¿Estaba muriendo? Y entonces todo se aceleró.

Abel se acercó a ella y se sentó en el sofá. Hacía calor dentro de casa, por la calefacción central. Mejor, antes se quitarían la ropa. Qué bonita estaba la noche. Todo en silencio. Había luna llena, inmensa. Y eso la removió. Porque Lía era muy lunática. Recordó de pronto que el anterior plenilunio ocurrió veintinueve días y medio atrás. Y fue consciente de que no había evidencias científicas que explicasen por qué este fenómeno le afectaba de esa forma, como a los lobos, que aullaban más durante la luna llena. O como a los sapos, gusanos marinos y ciertos peces, que aprovechaban que había más luz durante estas noches para reunirse y procrear. Y entonces hablaron de banalidades, sobre todo ella, que estaba tremendamente nerviosa. «¿Por qué no me callo de una vez?», pensó agobiada. No estaba histérica porque supiese lo que iba a pasar. Iban a follar. Y probablemente fuese todo un espectáculo. Estaba muy nerviosa porque sabía que iba a saltar al abismo, que ya no había vuelta atrás. Había llegado el momento que se imaginó en

aquel concierto cuando lo vio por primera vez hacía unos quince días. No iba a esperar más: se levantó la falda de cuero hasta las caderas y se sentó a horcajadas encima de él. Ella no paró de hablar. Y supo que sus besos le encantaban. Que le gustaban sus dedos, algo ásperos. Sintió que sus manos estaban llenas de historias. Se las cogió y dibujó con el índice las rayas de las palmas, como si supiese leer las líneas de su vida. «Mira, esta es la línea en la que decides dejarlo todo y liderar un grupo de música. Por aquí dice que tocarás en Siroco y aquí leo que acabarás en mi casa». Eso era lo que le apetecía decirle. Que estaba escrito que acabarían juntos en aquel sofá de alquiler.

De pronto dejaron de hablar. Las manos de Abel ya no estaban entre las suyas, sino que le agarraban fuerte el cuello, mientras tiraban hacia atrás, para frenar su boca. Lía no pudo contenerse e intentó morderle el labio inferior. Él jadeó. Había soltado la cerveza hacía un rato, pero su boca aún retenía el sabor agrio.

Las manos de Abel eran suaves. Con el dorso le acariciaba el esternón, la piel que asomaba por su generoso escote. Le apretó fuerte uno de sus pechos. Con la otra mano dirigió todos sus movimientos. Ella levantó los brazos, invitándolo a desnudarla, y Abel obedeció. Le quitó la parte de arriba, suavemente, mientras la miraba.

Ella se movió, cabalgando sobre su pene, que, atrapado todavía bajo el vaquero, estaba ya erecto desde hacía tiempo. Encajaron con un ritmo perfecto. Jadeaban cada vez más. Lía dejó de hablar en cuanto comenzaron los besos. Abel le sacó un pecho por encima del sujetador y su lengua jugaba con el pezón marrón oscuro, erecto. Su areola pequeña, con la piel arrugada de placer. Él lamía y

succionaba, despacio. Abel tenía los ojos cerrados para absorber todo su sabor. Ahí estaba…, el cantante sexy. Tenía los brazos fuertes y el pecho sin depilar. Olía bien. Le había quitado la camiseta negra. Él sonrió.

—¿Nos vamos a la cama?

Abel se lo preguntó con un tono levemente elevado, pero ella hubiese preferido una orden porque solo deseaba que la dominase. Que le hiciese sentir absolutamente vencida. Tal vez ya lo estaba. Tal vez prefería no mentirse a sí misma, rendirse y entregarse. Se tiraron sobre la cama y su mirada hizo que se sintiese atractiva, la más atractiva del planeta. Sus ojos se entornaron. Deseaba averiguar cómo sabía su sexo. Lía estaba segura de que iban a echar un polvo tremendo. Solo le quedaban las medias y él se las sacó con tranquilidad, pero sin dejar de jadear. Su deseo le ponía a mil. Tenía tantas ganas de sentirlo dentro, pero aún no, todavía no.

Abel la besó de nuevo en la boca, con furia, pero comedido, sin dolor. O sí…, porque follar mientras cabía la posibilidad de enamorarse dolía. Dolía por todas las noches de preguntas que vendrían a continuación, por las miradas angustiosas al móvil. Dolía por los futuros tediosos, pero, sobre todo, por la hecatombe que llegaría al día siguiente después de un amor arrebatado. Abel la besó y se detuvo para mirarla. La besó y se paró. Sonrió. Y volvió a besarla, sin perder la sonrisa. Así con esa cadencia, casi sexual, Lía supo que él estaba ganando la partida.

—¿Qué? —le preguntó risueña entre sombras.

—Guapa… —le susurró.

Lía comprendió que era de esos hombres que siempre encontraban la palabra perfecta. Estaba muy excitada. Mucho. Y aún

más cuando él mordió la tela mínima de su tanga. Con un dedo, apartó la fina tira y la palpó. Lía sintió que estaba en otra parte. Abel tenía las riendas y la penetró con el dedo anular. Lo movió rápido, pero no hasta el fondo, no. Paró un momento y le quitó el tanga. Volvió a mover el dedo dentro de ella, que seguía como una estatua, expectante y receptiva. De pronto la sorprendió cuando, con ímpetu, se lo introdujo de una sola vez. «Sabe cómo tocarme, Dios mío, y no me conoce…». Lía se estaba volviendo loca y hasta le dio miedo el placer que estaba sintiendo, pero no quería correrse, aún no.

Tenía muchas cosas pensadas para él. Y casi cuando estaba a punto, Abel sacó la mano mojada de su vagina y le besó los muslos para que ella se calmase. Suavemente, muy despacio. Para que pudiesen alargar el momento juntos, para que no se acabase. Lía levantó la cabeza mientras observaba cómo él se iba acercando poco a poco hacia el clítoris, hambriento. Ella le acarició la cabeza y pensó que era la primera vez que se acostaba con un hombre rapado. Tocó esa piel que era áspera hacia un lado y de terciopelo hacia otro. Como enamorarse, que era algo suave y también rasposo. Se llevó las manos a la cara. Se tapó la boca, porque no le gustaba gritar demasiado, porque le encantaba reprimir la queja. Y a él eso le estimulaba. Abel siguió moviendo la lengua en círculos. Le lamió sin parar mientras intentaba mirarla desde donde estaba. Sus ojos se cruzaron. Él seguía estimulándole el clítoris y Lía reprimió el orgasmo. A ella, que tanto le costaba con el sexo oral. Lía lo deseaba con todas sus ganas. Casi como si escuchara sus pensamientos, Abel se detuvo y ella reparó en que el cantante sexy todavía tenía los vaqueros puestos.

—Ven —susurró ella.

Lía le ayudó a darse la vuelta y él se dejó llevar, como si fuese un muñeco que le perteneciera, como una almohada que se acoplase bajo ella. Lo besó mordiéndole el labio un par de veces. Le acarició con la nariz la barbilla, el cuello y el lóbulo de la oreja. De pronto metió la punta de la lengua dentro de la oreja. Él reaccionó. Y ella repitió otra vez. Entonces le quitó los pantalones. Se resistieron un poco y Lía por un momento regresó a la realidad. Sin embargo, para su sorpresa, mereció la pena, porque se dio cuenta de cómo la miraba. Le gustaba. No le importaba su ridícula postura, su desnudez o no conocerlo de absolutamente nada. No pasaba nada por haberle dejado que se colara de esa manera huracanada entre sus sábanas. Se sentía a gusto. Sí, le gustaba él, el cantante sexy. Estaba disfrutando de cómo la observaba y cómo la trataba. Sonrió, tranquila. Se apoyó sobre las rodillas y arqueó la espalda para ponerse a cuatro patas hasta acercarse lentamente a su pene. A un centímetro se detuvo para sentir cómo olía. Su vello púbico le hizo cosquillas en la nariz y Lía movió la cara haciendo círculos. Él soltó una exhalación. A Lía le gustaba el descontrol que provocaban las situaciones previsibles. Era sexy, muy sexy, saber lo que iba a ocurrir. Por eso, aún no puso en contacto sus labios húmedos con ese pene erecto y oscuro. No. Trepó otra vez hasta su boca. Le besó el cuello y humedeció de nuevo el interior de su oreja. Esta vez la izquierda, mientras sujetaba su barbilla como una madre que reprendía a un chiquillo. Estaba a su merced, el cantante sexy le pertenecía. Lamió su barba rasposa, que le dejó un sabor salado. Su lengua se tensó cuando recorrió sus pechos. Le mordió un pezón. Después, el otro. Abel se estremeció. Mientras, Lía intentaba que ninguna otra parte de su cuerpo rozase su piel. Deseaba que todos

sus sentidos estuviesen puestos en el sendero que trazaba su lengua. Sus sentidos puestos en su propia carne. Continuó bajando. La barriga de Abel se contrajo, entre el placer y las cosquillas. Y no pudo evitar dar casi un salto cuando, con sus dientes, Lía le pellizcó el hueso de la cadera. Susurró de placer. Él intentó cogerle del pelo, pero ella se zafó sutilmente. No quería que la dirigiese, solo que la disfrutase… o que sufriese. La verdad es que Lía no sabía cuál era la diferencia.

Entonces sí, se aproximó a sus ingles…, dejó escapar su aliento para notar cómo se calentaba su sexo y se lo metió en la boca muy suavemente, como si no estuviera pasando.

Y empezó a bajar y subir. Se movía un poco más rápido, marcando el ritmo con la respiración que salía por la nariz. Él se unió al baile con un pequeño movimiento de cadera. Entonces sí, Lía apoyó una de las manos en su pecho. Dejó caer su peso para que supiese que estaba ahí, con la palma abierta encima de su esternón. A veces, lo miraba, porque sabía que los hombres necesitaban el contacto visual mientras follaban. Él la cogió de los pelos para guiar su cabeza mientras le decía: «Así, así». A Lía no le importó. Y le asaltó la duda de cuánto tardaría en penetrarla. No sabía ni el tiempo que llevaban, pero deseaba que lo hiciese ya. Lo necesitaba urgentemente.

Pararon un momento, él trató de buscar a tientas en el bolsillo de su pantalón, y Lía llegó antes a la mesita de noche. Como si siguieran una coreografía pactada sin palabras, agarró sus piernas fuertemente y las atrajo hacia él. La primera embestida llegó sin tener que ayudarle. Lía estaba preparada, húmeda y receptiva. Desde hacía ya veinte minutos estaba lista o tal vez lo había estado toda la vida. La penetró fuerte. Él sabía que tenía que hacerlo de esa

manera porque ella estaba muy mojada. Abel aceleró el ritmo y Lía no pudo evitar gritar. Habían conectado como si no fuese la primera vez que se acostaban. La embistió cada vez con más fuerza.

—Voy a correrme…, voy a correrme —susurró ella.

Porque no podía más, porque le encantaba Abel y porque hacía mucho que un desconocido no le hacía sentir en casa. Y entonces se corrieron juntos por primera vez.

Minutos después descansaban sobre las sábanas hechas un lío. Empezaban a sentir frío, pero Lía estaba cómoda. No habían hablado mucho. Él solo la miraba recostado de lado, apoyado sobre la palma de su mano.

—Pero ¿qué me has hecho?

Lía se encogió de hombros, divertida. Él siguió hablándole.

—A veces me ha dado la sensación de que te conocía, que no eras una desconocida para mí. Era raro.

—¿Raro? Nunca me habían dicho que un polvo mío fuese raro…

Se rieron. Lía le besó en la nariz y se fue a por el rollo de papel higiénico y a por una botella de agua. Tiritaba de frío, descalza, camino de la cocina. Era muy tarde, cayó en la cuenta de que él debía dormirse pronto porque tenía una reunión al día siguiente, o algo así le había entendido. Por un momento, temió encontrárselo dormido al volver, pero estaba esperándola… con esa sonrisa de dientes torcidos.

—Me gustas. Y eso que tenía mis dudas acerca de esta noche. —Abel rompió el hielo.

—¿Haces mucho esto?

—¿Hacer qué?

—Quedar con seguidoras de Instagram potencialmente locas que te escriban un halago.

Abel soltó una carcajada mientras le hacía un hueco en su axila.

—No sé, me llamó la atención… Bueno, vale, vi tu foto y me llamó la atención que pusieras que eras periodista deportiva. No conozco a muchas. No sé, me dio curiosidad. Y cuando te vi aparecer por la puerta, ufff…

Lía estaba tranquila. Sintió mil cosas a la vez, pero no tuvo miedo. Quería ser sincera con él.

—Yo jugaba con la ventaja de que te había visto físicamente, pero también cabía la posibilidad de que fueses un gilipollas, ¿no? No sé por qué, pero estaba bastante inquieta. Te prometo que tenía una frase preparada para cuando te viera: «Hola, soy Lía, tu fan loca que te escribe por Instagram…», porque estaba supernerviosa y temía que no me saliese ni una palabra, ¿tú te crees?

—¿En serio? Rollo: «Hola, me llamo Íñigo Montoya…».

—… «tú mataste a mi padre, prepárate a morir» —acabó la frase Lía.

Ambos soltaron una carcajada, porque era evidente que conocían perfectamente el guion de esa película. Al fin y al cabo, eran de la misma generación.

—*La princesa prometida*, inconfundible… La banda sonora es de…

—Sí, de Mark Knopfler —le interrumpió de nuevo Lía.

Y Abel se mostró sorprendido. La miró incluso algo serio, y añadió:

—Si me dices que te gusta Mark Knopfler, me caso contigo.

A Lía le dio un vuelco al corazón, no porque se creyese sus palabras, ni siquiera porque le pareciese divertido o previsible ese tipo de salida. Lo que le extrañó fue descubrir que, en lo más

remoto de sus células, a millones de años luz de distancia de su pecho, en lo más profundo de su piel, la romántica que llevaba dentro acababa de despertar de su letargo. Y eso que ya sabía de sobra lo que pasaba con estos tipos… Ni mucho menos era la primera vez que le decían aquello de «si tal cosa, me caso contigo». Ya le habían hecho muchas promesas al aire que luego no se cumplían.

Los hombres eran así: a los veinte años lo decían de corazón pensando, ilusos, que iban a cumplirlo. Pero a partir de los treinta lo soltaban con la premisa de no llegar a cumplirlo jamás. Lo hacían siempre: montaban planes para el invierno que sabían que se iban a romper en primavera. Lía estaba acostumbrada. De hecho, una promesa así era un síntoma inequívoco de que el tío en cuestión tenía fobia al compromiso, pero hizo oídos sordos. Lía tenía un radar que no fallaba nunca: si un tipo con el que saliera en febrero le decía: «Este verano te voy a llevar a mi casa de Ibiza», sabía perfectamente que no se verían más de dos noches. En realidad, intentaba que esos planes lanzados al aire no le afectaran. Le entraban por un oído y ni siquiera recorrían parte de su cerebro para salir por el otro, sino que los expulsaba por esa misma oreja, como si no los hubiese oído nunca. Pero en ese momento, acurrucada junto a Abel, tranquila y desprevenida, sí que le saltaron todas las alarmas. «Si me dices que te gusta Mark Knopfler, me caso contigo». Aquella frase, maldita hija de puta, había entrado por el oído derecho, el que estaba más cerca de la boca de Abel, y había estado recorriendo cada recoveco viscoso y retorcido de su cerebro, dejando larvas por el camino, tardando demasiado tiempo en encontrar el camino para salir. Y, de hecho, no lo hizo. Lía tenía la

oreja pegada al pecho de quien la había pronunciado y la frase dio media vuelta, perdiéndose por el camino, quedándose, la muy zorra, ahí dentro, en la masa grisácea de su cabeza, aferrándose y creciendo de pronto como un tumor.

Lía sabía que estaba perdida. Es más, no pegó ojo. Primero, porque hacía algún tiempo que alguien no dormía con ella. Solo dormía de vez en cuando con Álvaro, y él no contaba, pero esa era otra historia. Segundo, porque pensaba en Mark Knopfler y en el nombre del grupo de Abel, que era, seguro, un tributo a una canción de Dire Straits. Entonces a Lía se le metió el popular arranque de «Walk of Life», con esas notas a piano eléctrico que no la dejaban en paz, entonando una y otra vez justo la misma parte. Y, tercero, porque empezó a sentir el vértigo. Ese vértigo de mierda que a veces le anidaba dentro: el de pensar que ya no volvería a verlo. El de preguntarse si Abel le llamaría o le escribiría de nuevo. «Mierda», pensó Lía.

Había vuelto a ocurrir. Había fallado en uno de sus tres mandamientos, estaba a punto de enamorarse de un tío y sabía que sería incapaz de evitarlo. Y además, después de profanar el primer juramento, estaba más cerca el siguiente, el de no llorar por un tío. Tal vez lo de no celebrar Halloween podría mantenerlo aún… A menos que Abel se lo pidiera, claro… ¡Dios santo!, se estaba volviendo loca.

Intentó dormir lo que quedaba de noche, pero no pudo. Todo era absurdo. Entraba demasiada luz de la luna por las rendijas de la ventana, y en el fondo tampoco quería que aquel momento se acabara. Su reloj, que proyectaba la hora en el techo, le recordaba, despiadado y cruel, que el despertador del móvil de Abel estaba a

punto de sonar. Y sonó… con una canción de Mark Knopfler. Y Lía creyó morir.

9

Extracto de una clase
magistral
del doctor García Murillo
Universidad de Salamanca

Dopamina, oxitocina, fenilalanina, endorfina, epinefrina. Drogas naturales del amor. En realidad, hormonas producidas por el ser humano en la corteza cerebral. Anfetaminas biológicas segregadas durante el proceso del enamoramiento, razón por la cual ese momento es denominado de forma coloquial «la química del amor». La combinación de estas hormonas hace que la persona se sienta fuerte, lo que explica la capacidad de una pareja reciente de pasar noches enteras haciendo el amor o conversando. El ser humano, en esta situación atípica, no siente sueño o cansancio, sino que es capaz de despertar cuando está profundamente dormido para volver a tener sexo. La persona se mantiene alerta, feliz, eufórica. La secreción de estas sustancias naturales influye en la textura y el color de la piel. La visión mejora, los colores son percibidos de manera más intensa. El olor corporal cambia y es detectado por los demás. Eso provoca una alteración en el humor y produce sobreexcitación. Un proceso similar al que desencadenan las drogas sintéticas. El amor es, por tanto, algo no empírico. Es un estadio del ser humano que responde a un proceso químico. Tal y como surge,

acaba destruyéndose o diluyéndose. Por la sencilla razón de que el ser humano moriría: no sería capaz de soportar esos niveles durante demasiado tiempo. De esta forma, el organismo se hace resistente a la acción de las hormonas del amor y termina haciéndose inmune. Último dato: la mujer produce mayor cantidad de oxitocina que el hombre.

10

Aquella mañana, después de que Abel se marchara, se metió en la ducha con el agua más caliente de lo normal, y al caer sobre sus hombros, Lía se dio cuenta de que tenía el cuello dolorido. Tal vez se le vería alguna marca, pero no le importaba porque le preocupaban más las de dentro. Y las grietas que podían abrirse después de aquello. Giró la manivela del grifo hacia el agua fría… Cómo odiaba aquella bañera mal encalada, vieja y sin brillo. No usó la esponja. No quería frotarse la piel, quería conservar ese pálpito que había sentido con el tacto de sus manos… Tomó una generosa cantidad de gel y recorrió su cuerpo. Notó que su clítoris estaba sensible, enrojecido y todavía receptivo. Hubiese sido capaz de tener otro orgasmo. Era increíble, tenía ganas de más. Abandonó la idea, porque tenía prisa para irse al trabajo y además se sentía muy cansada como para intentarlo de nuevo, de pie, en la ducha. Al final se frotó con fuerza, como si quisiera desprenderse del tacto y del aliento de Abel, porque de nada servía tener el cuerpo impregnado de su olor… No valía de nada, si acaso para desearle más.

Se puso unos vaqueros y un jersey de cuello vuelto azul. Buscó los complementos adecuados: cinturón dorado y zapatillas de deporte. No le apetecía subirse a un tacón. Le dolían las piernas por haber probado un montón de posturas diferentes. Iba a tener agujetas. Agujetas de Abel.

Se miró al espejo. Tenía buen color de cara, así que solo se aplicó un poco de rímel y se delineó los ojos con lápiz negro. El pelo en una coleta, aún húmedo. Ya se secaría al aire, a riesgo de resfriarse… Tenía los ojos llenos de brillo, la piel enrojecida, los labios algo hinchados por los mordiscos. Los recuerdos todavía en carne viva.

Salió a la calle y, nada más pisar la acera, dos chicos en una moto se volvieron y le gritaron algo guarro. Sí, olía a hembra a kilómetros.

Después entró en la redacción, eufórica.

—Qué guapa estás, Lía, ¿qué te has hecho? —le dijeron una, dos, tres, cuatro, cinco veces en el trabajo.

No podía ocultar su sonrisa ni tampoco evitaba mirar cada dos segundos el móvil. ¿Y si le escribía algo? Cada dos por tres echaba un vistazo a la última conexión del cantante sexy. Ahí estaba ella, como si habitara en el fondo del abismo. Se preguntó qué estaría haciendo Abel y si querría que ella le escribiese. No paraba de pensar: «¿Le molestaré? ¿Habrá pensado en mí durante estas horas?».

De nuevo esas preguntas absurdas y endemoniadas, que le embadurnaban el alma de inseguridad y dudas sin fundamento. ¿Por qué demonios le ocurría eso? ¿Por qué? No, no podía permitirlo. Era una tontería por su parte. El cantante sexy se había follado a una seguidora misteriosa. Y punto. No había más historia… Ella hacía exactamente igual con los chicos que conocía en los bares. ¿Alguna vez volvía a mirar la pantalla del móvil? ¿Alguna vez se planteaba si quería quedar de nuevo? La respuesta era NO.

Pero Lía siguió mirando el teléfono, no podía evitarlo. No quería. Investigó sus redes sociales. Abel había colgado una foto de un

escaparate en la calle Hortaleza, lleno de vibradores para culos. Y había escrito: «Aquí, de compras…». Se contuvo de darle al like. Se moría de ganas de escribirle, o tal vez fuera mejor llamarle…

Podía ponerle un mensaje fácil, directo: «¿Cómo fue la reunión?»… Se puso a rezar, ella, que pasaba de dioses y santos, para que fuese Abel quien decidiese contactar. Si ella daba el paso, si se atrevía, no soportaría ser rechazada. Y lo peor era que no quería simplemente que le escribiese o que diese señales de vida… No deseaba que solo se interesara por ella. No, lo que necesitaba de verdad era verlo, tocarlo…, follar otra vez con él. Joder, eso no. Lía se había programado para no repetir con nadie, solo con Álvaro, siempre amigo y comodín. Pero de pronto estaba dispuesta, más abierta y ansiosa que nunca por saltarse de una vez esas absurdas reglas. Loca por correr el riesgo.

Había comprobado otra vez su última conexión, ¿cuántas ya? Solo habían pasado unas horas, ni un maldito día, y se estaba volviendo loca… Se acabó, se dejaría de chorradas y pasaría la tarde delante del ordenador lo más concentrada posible, trabajando, que para eso había ido a la redacción. Se puso los auriculares y buscó en Spotify una lista de *covers* de canciones pop a piano. Tenía que transcribir una entrevista. Se aisló del mundo y de los Abeles de la tierra y se puso a trabajar. Pero claro, Lía no contaba con que a veces sí ocurría: que lo que quería que pasase, pasaba. Así, sin más. Sin temores, sin sobresaltos, con normalidad.

Cómo está la sevillana más guapa

que

conocí ayer??? 17:09

Lía sonrió a la pantalla del móvil con cara de tonta, soltando un suspiro, importándole un bledo que sus compañeros confirmaran así que, en efecto, se escribía por WhatsApp con un tío con el que había echado un polvo de campeonato. Leyó la frase en el aviso flotante, pero no lo desplegó. No quería que Abel pensara que estaba pendiente de si le escribía o no. Ni hablar, esperaría un poco. ¿Cuánto? ¿Diez minutos? Sí, diez minutos era algo normal. Diez minutos sin que le viese que estaba en línea…

Cómo está la sevillana más guapa
que
conocí ayer??? 17:19

Ahí seguía el mensaje, el mismo mensaje… Se tomó cinco o seis minutos más para contestar para que pareciese algo espontáneo, no tan calculado…

Será porque fui la única sevillana a
la
que conociste ayer, jeje 17:25

No me has dejado terminar. Quería
decir la sevillana que conocí ayer… y
que conoceré jamás, jaja 17:25

Sí, sssí…, déjate de rollos, cómo te ha ido hoy??? 17:25

Me fue muy bien. Estaba cansado, sí, pero inspirado también ;) Si me sale el curro, porque me has dado suerte, qué hago? Te secuestro para acostarme contigo??? 17:25

Pues no pidas rescate, que mis padres de dinero andan cortitos 17:26

A ver si nos aclaramos. Puede ser que me acabes rescatando tú a mí, qué me has hecho??? 17:26

A Lía le faltaba la respiración. Se había refugiado en el baño de la redacción para concentrarse solo en el móvil. Así podría poner las caras que le viniesen en gana y disfrutar a solas de ese momento.

No sé, qué te he hecho…?

Además de

hacerte dormir poco, claro ;)))) 17:26

Pues no sé qué me has hecho, pero

pienso

averiguarlo, sevillana guapa!!! 17:27

Lía volvió a su ordenador y se sintió inspirada. La lista de Spotify había saltado de forma aleatoria y empezó a escuchar piezas de piano de Chopin. Miró el nombre del fragmento del que estaban naciendo las primeras notas: «Preludio en mi menor. Op. 28 N.º 4». «Preludio», una palabra que significa entrada, preparación o principio de algo. Sin embargo, como una premonición, aquel piano solo le pareció triste.

11

COSAS QUE HACES SOLA

Estar sola.

Mirar la tele sin verla.

Zapear compulsivamente.

Tirarte un pedo descomunal, de los que huelen mucho.

Levantar la manta para gozarlo en profundidad.

Hablar con tu madre por teléfono durante más de una hora de reloj.

Ser desordenada o limpiar compulsivamente mientras cantas a voz en grito por Rozalén, Malú o La Oreja de Van Gogh.

Comer con una bandeja en el sofá, esparciendo las migajas sobre las tetas, mientras ni caes en la cuenta de que llevas el pantalón de pijama de rayas azul y blanco, una camiseta deshilachada verde, manchada de lejía, y los calcetines rosas.

Sola.

Hablar sola ante el espejo.

Decir palabrotas al quitarte con pinzas los pelos más duros del bigote, los hijos de puta. Los que resisten por encima de la pelusilla y renacen una y otra vez al trasluz.

No acordarte de depilarte las ingles.

Dejar de mirar el móvil a las nueve de la noche.

No esperar llamadas un martes. Y el sábado por la noche recibirlas todas.

Follar con uno, con otro, con el de antes, con el del mes pasado o con el de hace dos minutos, ¿cómo se llamaba?

No follar durante tres meses seguidos.

Tener doce chats de WhatsApp activos.

No mirar la hora de conexión de nadie.

Ignorar el doble check azul.

No tener prisa, ni planes a largo plazo.

Ni obligaciones de otro.

No tener que tener.

No deber.

Vivir, al fin y al cabo vivir, sin tener que sobrevivir a nadie.

Lía cerró el documento de Word. Se había puesto a escribir ese listado en lugar de estar pendiente de la entrevista que tenía que transcribir de la grabadora del móvil al papel para el partido entre el Betis y el Celta de Vigo. Eso le pasaba a menudo. Se inspiraba mucho cuando se acostaba con alguien y, además, le gustaba. Las ideas fluían mejor, los dedos repiqueteaban sin dueño, ellos solos, díscolos y traviesos. Su mente divagaba. Alguna vez le había ocurrido que, después del sexo, estando sola, había escrito incluso algo que tuviera pendiente del trabajo: un perfil de un jugador, una entrevista. Ahí, aún en pelotas, sobre la cama… Sin taparse y con los vellos de punta. Desde que había conocido a Abel, estaba desatada. Su mente no dejaba de divagar, sí, y tampoco de crear. Abel había despertado a las musas. Miró otra vez la pantalla y abrió el documento de nuevo. Releyó el título del listado: «Cosas que haces sola». Y sonrió… Sin duda era un buen tema.

12

Mateo
21 de marzo de 2000-19 de febrero de 2004

Lía nunca fue de tener novios ni de relaciones largas. Muchas cortas, eso sí, tal vez demasiadas. Y seguía en sus trece: ella contra el mundo, ese mismo que aleccionaba para no contar como verdaderas o serias las relaciones fugaces y pasajeras, y se preguntaba: ¿por qué? ¿Acaso no curtían? ¿Acaso no hacían madurar?

A los diecisiete, Lía tuvo su primer novio, sí, aquel con quien eligió perder su virginidad, la persona con la que mantendría la relación más larga de toda su vida. Mateo, su primer amor. Antes, mucho antes de eso, se hicieron muy amigos en el instituto. A él le confesó amores no correspondidos, a él le contó sus secretos, compartiendo largas horas hablándole de otros. Era su mejor amigo. Y los dos estaban seguros de que la amistad entre un chico y una chica era posible. Y sí, ellos lo fueron… durante un tiempo. Porque la amistad acabó cediendo al amor.

Todo empezó un día cualquiera, a la salida del instituto. Él estaba apoyado en la bici y la miró. Entonces, muy serio, le dijo:

—Lía, tú y yo, con lo bien que nos llevamos, con lo bien que estamos así, ¿por qué no salimos?

Ella lo miró como si le acabara de decir que había pasado una vaca en patinete. Casi reprimió una carcajada ante la idea más ridícula del planeta.

—¿Tú y yo? ¿Salir? —preguntó dándose en el pecho con el dedo índice.

—No sé…, ¿por qué no? —insistió Mateo encogiéndose de hombros mientras doblaba con la punta del pie una rama que había en el suelo.

—Anda, anda, vámonos ya… —fue la única respuesta que se le ocurrió a Lía en aquel momento.

Era absurdo, lo que Mateo le había propuesto era imposible, porque ella no podía salir con su mejor amigo.

Durante días, semanas y tal vez un par de meses, Mateo insistió. Ella le decía que eran amigos y que estaban bien así, que no lo podía ver de otra forma.

—¿Novios? ¿Besándonos? —le decía incrédula, una y otra vez.

No se imaginaba hundiendo la lengua en la boca de su confidente. Por Dios, Mateo era su mano derecha. Poco a poco su amigo dejó de insistir, pero algo había cambiado entre ellos. Lía notó que Mateo ya no le daba consejos sobre otro chico que pudiera enredar las manos en su negra melena, lisa y densa como el terciopelo.

No hablaría de ningún otro que pudiera tocar con su lengua la punta de esas paletas que asomaban en su boca grande. Ya no quería compartir ratos, ni miedos, ni aguantar los desplantes de niña mimada que a veces tenía. Una barrera invisible comenzó a levantarse entre ambos. Era muy sutil, fina, pero se elevaba y los separaba de manera definitiva. Y eso no le gustaba nada.

Empezaron a tener temas de los que ya no podían hablar. Hubo fiestas del instituto incómodas. Se llamaban mucho menos al fijo de casa y ya no se esperaban a la salida de clase. Algo se había roto, pero Lía prefería hacer como que no se daba cuenta. No quería reconocer que lo echaba de menos, que no le gustaba que estuviese lejos.

Entonces ocurrió algo inesperado. Mateo y sus amigos urdieron un plan de adolescentes. Una tarde, los amigos empezaron a contar a Lía que Mateo se veía con otra chica y que parecía contento. Ella preguntó que con quién. Y le dijeron que se llamaba Patricia.

Aquel nombre le resonó dentro como un trueno. ¿Qué era aquello? Lía no entendía nada. No le molestaba que Mateo estuviera saliendo con otra chica, eso no… Se enfadó porque no se lo había contado. ¿Por qué? Eran los mejores amigos del universo…, ¿o ya no tanto?

Lía, de repente, no entendió por qué el corazón le dio un vuelco. Sintió un golpe en el pecho, se quedó casi sin habla, ella que no callaba ni debajo de las piedras. Titubeó. Los amigos de Mateo siguieron andando, como si nada. Mientras, ella se quedó anclada en el suelo. El plan había funcionado, y súbitamente tuvo ganas de besar a Mateo.

De pronto, estaba segura de que lo quería. Sí, llevaba queriéndolo hacía más de un año. No tenía ninguna duda. Estaba furiosa e impaciente. Se dio cuenta de que tenía que hablar con él en ese mismo instante. Fue directa a su casa, subió las escaleras, abrió la puerta y ni miró a su madre, que le estaba diciendo algo de las lentejas, que si las quería con arroz o en puré. Se fue directa al teléfono fijo, ese que era blanco y negro. Marcó el número que se sabía de memoria.

—Hola, soy Lía…, ¿ha llegado Mateo a casa?

Después de aquella llamada se hicieron novios, aunque la palabra no le gustara. Patricia desapareció. Y Lía besó a Mateo miles de veces durante cuatro años.

13

A Lía se le escapó una sonrisa. Se sonrojó. Los mensajes de Abel le hacían subirse en una nube imaginaria. Aquel instante era suyo, íntimo, aunque se encontrase en un bar, en un metro apestoso y abarrotado, en mitad de El Corte Inglés o rodeada de gente en la redacción. El parpadeo de la pantalla y un mensaje de Abel le habían hecho cambiar la expresión de la cara y, sí, acababa de sonreír con cara de niña tonta mirando el móvil. Era la sonrisa de los comienzos. Cuando lo que se sentía era aún limpio y esencial, sin comidas de olla. Cuando aún no se había estropeado todo, porque prácticamente no había nada que estropear. Cuando el corazón aún no se le había resquebrajado. Así eran todos los comienzos: cuando ella apenas lo conocía y Abel era alguien misterioso por descubrir… Y cuando él aún no la conocía a ella y Lía todavía era maravillosa, divertida y única. Cuando él no sabía nada de sus manías o sus miedos ni había visto las llagas de su piel, ni imaginaba que tenía cicatrices más adentro, difíciles de detectar.

Ahí estaba la versión feliz de Lía, radiante, ocurrente, espontánea. Esa Lía volvía a tener ganas de seducir. Se moría por desnudarse: por dentro, con rubor; por fuera, sin tapujos. Lía quería contarle a Abel todas las historias, gesticulando, moviendo mucho las manos, arrugando la frente y empleando con gracia su acento andaluz. Deseaba que Abel lo supiese todo, como si fuese la última tarde de sus vidas. Pero de repente no pudo evitar ponerse seria con el móvil

entre las manos, porque le entraban dudas, porque sabía que iba a volver a ocurrir, que las sonrisas durarían poco… Que, antes de lo que esperaba, quizá ya no habría avisos intermitentes en la pantalla y tendría que convencerse otra vez de que había tenido mala suerte y que la habían querido mal de nuevo. De que quizá no había sabido escoger o que había hecho algo incorrecto. Iba a ocurrir eso más tarde o más temprano. Se echaría las culpas, como siempre. Sin recordar otras veces en las que el culpable fue otro y sin digerir que la gente hacía daño a los demás, sin más, que las relaciones eran partidas de cartas en las que no podían ganar dos y que siempre vencía uno. Después de las sonrisas de los comienzos siempre se abría paso una amenaza: la de que uno de los dos se comportase de forma cruel.

La luz parpadeante del wasap seguía ahí, insistente y burlona…, la muy zorra. Esa luz traía un mensaje de Abel. Estaba segura de que estaba aprendiendo a reconocer cuándo el mensaje era suyo. Pura impaciencia amorosa. Veía señales en todas partes. De pronto escuchaba una canción de los Dire Straits o alguien mencionaba algo relacionado con Valencia. Se cruzaba en la calle con un chico rapado o con otro que se le parecía. El corazón le daba un vuelco una y otra vez. Leía el nombre de Caín (¿cómo coño podía fijarse en ese nombre en los créditos de una serie?). Todo emitía señales. Las necesitaba y se las encontraba. Lía solo veía lo que quería ver, como en la religión. Abel como un dogma de fe. Se paró un instante y leyó el mensaje que había recibido.

Quiero verte antes de volver a
Valencia 18:27

Eso era lo que le había escrito en ese día que se le estaba haciendo eterno. Lía se sintió desbordada. Otra vez, no. Se lo había prometido a sí misma. No se enamoraría de nuevo. No podía permitirlo, así que quiso comportarse como una quinceañera estúpida. Trató de encontrarle todos los defectos del mundo, sacarle toda la mierda, pensar que no era tan majo, ni encantador, ni divertido, ni espontáneo… Ni bueno en la cama. ¡Todo había sido una fachada! Era cantante, por Dios. Iba a desaparecer más tarde o más temprano, se iba a esfumar y Lía se quedaría hecha un cristo. Deseó que se fuese, no quería verlo antes de que cogiera el tren a Valencia. Y se dijo a sí misma: «Solo quiere follarte y ya no te escribirá nunca más». Intentó buscar algo en su físico… Esa era la solución, algo que no le gustara demasiado… Y Lía no lo encontró. ¿No había nada? Pues no, era perfecto. Le encantaba. Conforme más mayor se hacía, más se fijaba en el físico de una persona. No había superado los treinta para conformarse. Y él era un tipo brutalmente atractivo. Y sabía mirar de tal forma que… Esos dientes inferiores torcidos, como un niño malo. Natural, sin depilarse pero tampoco extremadamente peludo, ni con las manos ásperas, ni los pies olorosos, ni halitosis, ni acumulación de saliva en la comisura de los labios, ni pelos en las orejas, ni nada raro… Quizá, por poner un defecto, la polla muy oscura. Pero eso no era un defecto grave al que aferrarse ni solucionaba el enganche que tenía. No, su polla precisamente no era ningún inconveniente.

¿Y su ego? Sí, tal vez su ego. A Abel le encantaba hablar de sí mismo, de sus canciones, de su voz, de sus bolos, de los aplausos, de lo que le habían escrito sus seguidores de Twitter o de Instagram… No paró de decirle, cuando se vieron por primera vez,

que el número crecía y crecía cada día y no tuvo reparo en señalarle que sobre todo le seguían tías. «Claro, es lo que pasa cuando se está tan bueno…», le defendió Lía. Abel hablaba mucho de sí mismo, que si la crítica de tal revista, que si las fotos que tenía que hacerse…

Lía pensó que era una buena razón para intentar olvidarse de él, pero había un pequeño detalle que tener en cuenta: ella era igual. Eran dos egocéntricos esperando su turno para hablar de sí mismos. De esos que se pisaban constantemente: «Ay, perdona, no. Dime, dime tú». De esos que, aunque les interrumpiese la conversación un terremoto, eran capaces de retomar su relato exactamente donde lo dejaron una vez hubiese pasado el temblor. O sea, la comunión entre ellos era perfecta se mirase como se mirase. Y entonces cayó en la cuenta de un detalle demoledor: Abel no roncaba. Sí, tal vez podía convertirse en el hombre de su vida.

14

Sergio
28 de marzo de 2006-22 de julio de 2006

No dejó a Sergio porque roncara mucho. No, no fue solo por eso. Y eso que roncaba hasta límites insoportables. Pero no fue eso lo que acabó con ellos.

Incluso Lía, quizá, tuvo con él la relación más sana de cuantas vivió en mucho tiempo. Sin duda fue la más cómoda, correspondida e inesperada de todas. Hasta duró bastante, para lo que acostumbraba por aquel entonces. Alrededor de cinco meses…

Él le sacaba diez años. Después de acabar la carrera, Lía se puso a hacer prácticas en una televisión local, entre otros sitios. Y allí conoció a Sergio. Tenía la voz rasgada, como de cantaor flamenco. No era guapo pero sí atractivo. Tenía un pelo negro y abundante, también mucha barba. Parecía un cantante de ópera.

Sergio siempre la llamaba Li, y a ella, la verdad, le sentaba fatal. Se enfadaba muchísimo.

—Li, Li, Li…, ni que fuese china, ¡coño!

A Sergio le encantaba chincharle:

—Bueno, Liíta, perdona…

—¡Que tampoco me llames Liíta! Que no me gusta. Me llamas Lía, y punto.

Empezaron a salir sin sobresaltos, se fueron descubriendo poco a poco, conectaron y terminaron buscándose sin confesárselo a nadie.

Lía apenas recordaba cómo ocurrió. Formaban parte de la misma pandilla e iban juntos a todas partes: a tomar unas cervezas, a la barbacoa de casa de alguien… Y de pronto un día se encontraron cenando los dos solos.

Lía acudió a esa cita con Sergio con ilusión y dudas. Él era bastante mayor que ella… Intuía su interés, pero ¿y si estaba equivocada? Pero no lo estaba. No se equivocaron ninguno de los dos. Aquella noche en la oscuridad de aquel pub que simulaba ser un templo budista, entre espejitos quebrados en mosaicos y cojines de colores llenos de polvo, empezaron una historia en la que ambos se sintieron en casa.

En aquellos pocos meses en que fueron una pareja, ella no le dijo nunca que lo quería. Él sí. Lía eligió el silencio: se estaba conociendo aún a sí misma y no quería decir nada de lo que luego se arrepintiera.

Y terminó arrepintiéndose, pero de no decírselo nunca. Tal vez sí lo quiso, pero eso no lo supo hasta un tiempo después. Y lo quiso porque con él Lía se comportó como ella quería ser. No fingió en ningún momento y siempre fue sincera. Se dejó querer e intentó devolver todo cuanto pudo a ese hombre. Sergio había sufrido mucho en el pasado, ella lo notaba, pero quién demonios sabía el porqué. Nunca se lo dijo.

—Pase lo que pase, Lía, no me hagas daño, por favor. Es lo único que te pido.

Eso fue lo único que Sergio le pidió durante su relación. Junto a él, Lía vivió un buen momento profesional. Extenuante, intenso y lleno

de futuro. Aceptó otro trabajo más, unas prácticas remuneradas en Radio Sevilla. Se levantaba a las cinco de la mañana y hacía los boletines matinales. A las diez de la mañana terminaba esa parte de su jornada. Esperaba entonces a que abriesen las tiendas para echar un vistazo y luego desayunaba… (¡cómo echaba de menos los desayunos de los bares sevillanos!), hacía recados mientras el resto del mundo empezaba el día. Luego se marchaba a casa a descansar y por la tarde hacía algún reportaje para la tele.

Durante dos meses fue así, agotador. Pero Sergio siempre estuvo a su lado. Se veían casi a diario. Sobre todo en los tiempos muertos de Lía. Él la visitaba en el trabajo o se acercaba a su casa. Muchas veces salía con Sergio y con sus amigos, que le sacaban también diez años. Pero Sergio se sentía bien cuando ella se quedaba dormida apoyada en su hombro mientras los demás se reían, pagaban las rondas de cerveza y gambas cocidas en cualquier terraza del barrio de La Buahira. Le divertía.

—Mirad, mi Li, está muerta de sueño. —Se reía él.

Y Lía, desde el quinto sueño, mascullaba:

—Que no me llames Li…

Sergio la acompañó cuando Lía decidió comprarse un coche tras un arrebato. Ella era muy de eso, del ya y el ahora. Así que él estuvo presente cuando tuvo que hacer todo el papeleo, firmar el préstamo, elegir el seguro. Era su pareja, ¿no?

También se ilusionaron juntos cuando a Lía le hicieron su primer contrato formal en un periódico, *El Correo de Andalucía*. Ya no tendría que mendigar contratos en prácticas ni madrugar tanto para ir a la radio. Sergio se mostró feliz por ese nuevo paso en la carrera profesional de su chica en la que aún todo podía ocurrir, siempre

pensando en ella. Lía no tuvo duda, fue al primero que llamó cuando supo que la habían seleccionado. Y Sergio esperó a que abriesen un quiosco y se lanzó a comprar diez ejemplares cuando Lía escribió por primera vez.

Parecía que se estaban acostumbrando a sus vidas en común, a los caprichos de la profesión, se sentían cómodos y seguros… Solo entonces, tuvieron su primera y última discusión.

Ella iba a pasar un fin de semana en una casa rural en Cazalla de la Sierra con sus amigas del colegio. No se le ocurrió invitar a Sergio. No pegaba, era un plan con sus niñas de siempre. Además, ¿qué hacía un tío de treinta y pico años metido cuarenta y ocho horas en un chalet, jugando a adivinar películas, bebiendo chupitos de Yurinka, contando historias de miedo, durmiendo con tres o cuatro en una misma cama de matrimonio, adivinando si Rocío había traído la tortilla, Ana, los huevos rellenos, y Carmen, el bizcocho? Lía no se imaginaba a Sergio con el pijama empapado después de tirarse a la piscina a las cuatro y media de la mañana. No, no lo veía como un plan para llevar a su pareja. El problema es que Espe y Maca sí que llevaron a sus novios de entonces. Ella no pensó que le pudiese sentar mal y le contó a Sergio por mensaje que al final habían ido los chicos.

Al regresar del fin de semana, Sergio estaba muy serio. Corría la brisa veraniega cuando, apoyados en el coche, comenzaron a discutir. Que fuesen invitados los novios de las demás y no él había sido el detonante, pero en el fondo el plan de la casa rural era lo de menos. Sergio y Lía sabían que tenían una barrera infranqueable: su diferencia de edad. Él tenía sus cicatrices y le sangraban con cada nuevo amor. Ella tenía la piel intacta y mucho pellejo que jugarse. A

Lía le daba igual hacer daño en aquel momento, pero porque pensaba que nunca iba a ser para tanto y no contemplaba la idea de que se lo hicieran a ella. Terminaron hablando de muchas cosas, hasta de algunos asuntos que no se tenían ni que tocar cuando estabas empezando una relación. Y conversaron de planes de futuro, de trabajo, de paternidad, de los deseos y sueños que estaban dispuestos o no a perseguir… Incluso charlaron sobre los esfuerzos que se ahorrarían si no continuaban juntos. Entonces, solo entonces, volvieron a entenderse a la perfección, comprendieron que era una pena no haberse conocido en otro momento, en otra vida quizá. Cada uno tenía planes diferentes. Se abrazaron y lo dejaron. Decidieron que ya no iban a ser pareja, pero acordaron guardarse cariño mutuo en ese rincón donde se atesoraban las cosas que eran para siempre.

Lía siempre pensó que los ronquidos de Sergio valieron la pena. Que fue un hombre que mereció la pena conocer y que tuvo suerte por ello. Y nunca olvidó que, aunque fuese por poco tiempo, se sintió querida. Que aquella noche, él le deseó el mejor de los finales o el mejor de los hombres a su lado, uno que jamás le hiciese llorar. Uno que no le hiciera daño.

Lía siempre se acordaba de Sergio con cariño porque la amó sin maldades y porque fue la primera vez que escuchó a alguien decirle «te quiero» sin poder responderle lo mismo. Y eso le serviría mucho después, cuando le pasó a ella e intentó digerirlo sin éxito.

15

Lía volvió a mirar el móvil, por decimoquinta vez en dos minutos. Ahí estaba, como una adolescente, justo al día siguiente de follar por primera vez. Abel todavía sin marcharse. Los dos escribiéndose sin parar desde que él rompiera el hielo con el primer mensaje. Lo más probable era que se viesen por la noche, pero no habían parado de mensajearse. Abel acababa de mandarle una foto de la parada de metro de Sevilla con una exclamación: «¡Ole, mi Andalucía!». Normalmente, Lía tenía el móvil en silencio…, pero entonces ya no: esperaba noticias de Abel.

Cuando sonaba el aviso de una notificación, ella sabía que era el cantante sexy con fotos divertidas de todo cuanto veía durante su recorrido por Madrid: una señora vestida como Paco Clavel en el metro, largas colas en Doña Manolita y un mensaje: «Lotería la que me tocó ayer a mí», la portada del libro de *La princesa prometida* en una estantería de la Casa del Libro de Gran Vía (¡Abel había entrado, buscado el libro, disponible en edición de bolsillo, y le había hecho la foto para enviársela!).

Entonces Lía también siguió su juego. Le envió un selfi en el ascensor haciéndole burlas y una foto de la página del periódico del entrenamiento del Valencia. En el baño, no tuvo reparo en mandarle la foto de un cardenal que tenía en el muslo… de follar. Aprovechó también un momento en que apenas había gente en la redacción y

se hizo un selfi sentada frente al ordenador, pero levantando la cámara para que se le pronunciase más el escote.

Tengo dos amigas que te echan de menos, jaja 19:07

Eyyyyyy…, amigas o tetillas que te voy a comer esta noche? 19:26

Sí, esas mismas 19:28

Ufff, tengo ganas de comerte la boca, directamente 19:47

Pues te voy a dar ración doble!!! 19:53

Me estás poniendo muy burro, jajajaja 19:54

Y yo con unos datos de Messi entre

manos 19:54

Yo también tengo algo entre
manos… 20:01

Y le adjuntó un archivo. Lía bajó de un respingo el móvil. Abel estaba completamente desnudo, en una cama, tapándose el sexo, pero mirando divertido directamente a la cámara del móvil que sujetaba con la otra mano. Estaba tan bueno… Un segundo, las dudas la acosaron: ¿esa foto era de ese momento? ¿No estaba en la calle? ¿Tenía fotos en pelotas guardadas en su móvil para mandárselas a sus rollos?

Joder, estoy poniendo caras
lascivas en
la redacción. Me vas a matar 20:02

Hoy te mato de gusto…,
cuerpoooooo.
20:02

Ufff 20:02

Te voy a comeeer entera… Cómo
quedamos? 20:03

Lía había pedido al jefe de sección que le cubriese las últimas horas para poder salir antes y encontrarse de nuevo con Abel. El sol hacía tiempo que se había escondido a las espaldas de San Francisco el Grande. Algo revelador, raro, como en las novelas negras, impregnaba el ambiente. Abel le había enviado la última foto unas horas antes desde la carrera de San Francisco, con un atardecer espectacular. Trazos de varios colores se dibujaban en el cielo, justo cuando parecía que la enorme cúpula de la basílica, la cuarta en tamaño de toda Europa, estuviese ardiendo. Humo casi naranja, con toques violetas y la silueta de la enorme iglesia, a contraluz. Alguna vez había escuchado a alguien decir que los atardeceres de Madrid eran maravillosos… Llevaba tres años y medio pensando lo mismo casi cada día.

Habían quedado en La Latina. Ese barrio donde se mezclaban los autóctonos, los colgados, los turistas y los famosos irreconocibles. Donde cada tres pasos uno se topaba con despedidas de solteros.

Muy pocos en Madrid sabían quién era La Latina. De dónde venía realmente ese nombre. Doña Beatriz Galindo fue una joven monja salmantina que con quince años hablaba y escribía latín. Sus conocimientos y fama terminaron por convencer a Isabel la Católica para llevársela a la corte. La sacó del convento y no solo enseñó a la reina a manejar la lengua latina —de ahí que la llamasen así—, sino que se convirtió en su fiel consejera. Estudió Medicina y Teología. Incluso se le atribuyen una serie de comentarios y anotaciones sobre la obra de Aristóteles. Terminó casándose con un capitán general y los mismos Reyes Católicos se encargaron de su dote. Tuvo dos hijos y sobrevivió a su esposo. Se retiró de la Corte y vivió en las calles de ese barrio madrileño que ahora llevaba su apodo. Se dedicó a fundar

conventos y hospitales. Y con setenta años murió, que para aquella época no estaba mal.

Así era La Latina, el barrio donde quinientos años después la gente iba de cañas, a tomarse algo, a pelearse por una terraza con estufa y a gastarse cuatro euros por una cerveza. Un sitio que siempre tuvo más historia que bares. Muy pocos sabían cerca del Vaova, el mítico Bonanno o La Potente, se encontraba una casa donde una vez se obró un milagro: el del pozo de San Isidro. Se encontraba en un lugar convertido en museo, sobre unos cimientos que databan del siglo XVI. Allí se había hallado el pozo donde según la leyenda se cayó el pequeño Illán, hijo de san Isidro Labrador y su mujer, santa María de la Cabeza. Contaba la historia, real o no, que sus padres, afligidos ante tal desgracia, rezaron y rezaron asomados al pozo, pidiendo al cielo que les ayudara a recuperar a su hijo, con tan buena suerte que el agua brotó enérgicamente del suelo e Illán pudo salir a flote y con vida de las profundidades del pozo.

Con un mensaje Abel interrumpió a Lía sus pensamientos y su particular clase de historia. Ella se dirigía ya a la calle del Almendro, rumbo al bar donde él la estaba esperando. Se detuvo un instante para leer el mensaje:

Ya estoy! Joder, qué ganas tengo de
verte 22:15

Mira hacia la puerta, que hago
entrada triunfal 22:15

Ahí estaba él, sentado a una mesa a la izquierda. De pronto Lía no supo cómo comportarse. No tenía ni idea de si tenía que darle un beso en la boca o en la cara… La verdad es que no lo había pensado. Pero empezó a entender que, con Abel, las cosas no se planeaban, solo ocurrían. Él la cogió de la cintura y la atrajo hasta su boca. Mordió sus labios con fuerza y dejó escapar una especie de siseo. Ella se rio y él le lamió los dientes.

—Te como.

—Hablando de comer —le contestó Lía divertida—, traigo un hambre…

Solo en Madrid se podía comer a cualquier hora. Pidieron lacón y croquetas. Y besos. Y cervezas. Y conversaciones. Y risas. Las que Lía dejó escapar porque las cosas estaban fluyendo. Unas bravas que les abrasaron la boca. Y más risas. Pidieron pimientos del Padrón, pero no picaba ninguno, todo regado con cervezas y más cervezas. Ricky, el camarero, que era de República Dominicana y llevaba más años en Madrid que Lía, les ofreció un chupito de crema de orujo. A Lía no le gustaba, pero fue incapaz de decir que no. Ya no tenía voluntad. No desde que conoció a Abel; no desde que la vida era lo que pasaba mientras esperaba verlo de nuevo. No mientras no sabía si deambulaba por el camino de baldosas amarillas o por la senda que atravesaba los infiernos de Dante. Y llegó el momento de pagar, y discutieron un poco, nada serio, a la hora de pagar la cuenta… Al final, ganó la batalla Abel. Ella se fue al baño, diciéndole que le pagaría en carnes. Él la miró con deseo, no la perdió de vista mientras recorría el bar. Ella meneó el culo, bromeando. Él le enseñó sus dientes torcidos.

Cuando Lía regresó del baño, Abel le soltó:

—He pedido un túper a Ricky para ponerte para llevar.

Lía no pudo evitar una carcajada. Y es que le gustaba todo de él… Sobre todo sus embestidas. Nada más pisar la calle, Abel la empujó contra una pared desconchada y la besó, apasionado. Se acercó a ella, frotándose, para que notase su erección.

—¿Qué estás haciendo conmigo, Lía? —Esa era la pregunta que le salía una y otra vez.

Luego le susurró algo más y cantó en su oído… Lía empezó a notar como el calor le iba subiendo por el pecho y no supo distinguir si era la acidez del aceite de los pimientos de Padrón mezclado con el alcohol o si era simplemente el miedo al amor. Abel se detuvo en seco y le acarició la cara. Luego la soltó para poder seguir caminando hasta el coche y ella se preguntó si el cantante sexy lo estaría notando. Y Lía recordó otra vez lo del pozo de San Isidro y tuvo una sensación extraña, como si se cayese por uno igual, oscuro y tenebroso. Deseó entonces ser el pequeño Illán para que se obrase un milagro y saliese viva de todo aquello.

Se siguieron besando dentro del coche, aprovechando cada semáforo en rojo. Lía se sentía mareada, dudando si iba un poco pedo o si estaba borracha de sexo, de ese que tendrían en cuanto llegasen a casa.

Condujo por Gran Vía y se metió por San Bernardo. Otro semáforo, otro beso. El cantante no tenía ni idea de circular por Madrid, así que Lía decidió subir por Bravo Murillo, donde cada cien metros se encontrarían un semáforo en rojo. Tenía ganas de besarlo muchas veces. Estaba guapísimo con el reflejo del color rojo dándole en la cara. Ella hizo como que quería coger la palanca de cambios, pero le tocó el pantalón.

—Ay, perdona, me equivoqué, este no es el manubrio que necesito ahora.

Abel se rio, aún más cuando el coche de detrás tocó el claxon con impaciencia. En ese punto ella le había desabrochado el cinturón del vaquero, y él le estaba acariciando un pecho por debajo de la camiseta, pellizcándole un pezón.

Cuando llegaron a casa, parecía que llevasen toda una vida besándose y tocándose. Así que todo ocurrió muy rápido. Se habían corrido demasiado pronto. Los dos llevaban algo de ropa puesta cuando terminaron. Ella estaba desnuda solo de cintura para abajo y él ni se había quitado los calcetines negros. Apenas les había dado tiempo. Habían buscado una postura ideal para entenderse rápido, sin caricias, como si se conociesen desde hacía mucho, como dos personas que ya habían pasado horas y horas dentro de una cama a lo largo de los años.

Pero lo cierto era que tan solo se conocían de la noche anterior. Este polvo fue brusco, súbito, descarado, como si mordiesen una fresa de un bocado o rasgasen una tela con las manos.

Tras esa breve tormenta, Lía se sintió incluso algo decepcionada. Supo disimularlo. No dejaron de hablar mientras se despojaban de la poca ropa que les quedaba encima. Abel se quitó los calcetines, pero Lía buscó sus braguitas porque no se sentía cómoda sin ellas. Nunca dormía totalmente desnuda, y se las puso rápido, como si escondiese algo. Charlaron un poco más: sobre las ganas que habían tenido durante todo el día de volver a verse; de la luna, que estaba redonda e inmensa, hasta el punto de que Lía cerró la persiana para poder dormir. Porque parecía evidente que ya no habría más, que Abel había terminado con ella. Cruzaron unas cuantas palabras más

y llegó el silencio. Esa noche, Lía se durmió mucho más tarde que él, atormentada por una obviedad que no tenía remedio: lo mucho que le gustaba que Abel la abrazase fuerte al cerrar los ojos.

La despertó una caricia. El vello se le erizó por completo. Lía pensó entonces en lo poco que un cuerpo necesitaba para reaccionar ante la presencia de otro. Sabía perfectamente quién estaba al otro lado de esa mano. Se miraron. Ella respondió despacio, se humedeció los labios. Su boca ahora sí que estaba receptiva. Abel metió la lengua hasta el fondo, inhalando aire por la nariz, y la besó fuerte pero con dulzura. Sabía mezclar ternura y pasión a dosis iguales. Dar y quitar. Al fin y al cabo, eso era el amor.

La saliva densa, el olor del aliento que de pronto no era desagradable…, había algo familiar en esos besos. Tenían que tomárselo con calma. No, no iban a acabar con la rapidez de ese sexo salvaje que habían tenido al llegar a casa, ni hablar. Aún estaban a tiempo, no había amanecido. Abel siguió besándola a dos ritmos distintos, volviéndola loca y devolviéndole la cordura a la vez. Su pene estaba erecto. Lía lo envolvió en las manos siempre calientes mientras él se enredaba en ella con los pies fríos. El yin y el yang, esos dos principios procedentes de la cultura china. Uno negativo, el oscuro y femenino. Otro positivo, el luminoso y masculino. Y la interacción de ambos, que producía y disolvía todas las cosas. ¿Por qué tenía que ser el lado negativo el relacionado con ella?¿Por qué el femenino?

Eran las cinco y cuarenta y cinco de la mañana. Así se leía en la oscuridad, en aquellas letras rojas cuadradas proyectadas por el reloj en la pared. Abel le bajó las braguitas muy despacio, como si adosada a ellas hubiera una bomba a punto de explotar. Sin abrir la

boca, solo hablándole a los ojos, la previno de lo que venía a continuación. Eran las cinco y cuarenta y siete. Tardó dos tensos, largos, minutos en preparar el cuerpo de Lía. La palpó primero con un dedo y luego con otro. Probó con tres y Lía notó una quemazón, pero le gustaba lo que estaba sintiendo. Primero, Abel actuó con delicadeza y se los fue introduciendo despacio. Después aumentó la velocidad del movimiento. Sacaba y metía los dedos con un ritmo desenfrenado, una y otra vez, una y otra vez… Lía empezó gimiendo y terminó gritando de placer, de sorpresa, de incredulidad. Sabía tocarle tan bien. Abel la penetró con sus dedos con tal vigor que la obligó a incorporarse y a ponerse de rodillas sobre la cama. La atrajo hacia él y jugó tan solo con dos dedos. Lía se dejó llevar, como si montara en un caballo. Su cuerpo se zarandeaba sin tregua, cabalgando sobre esos dedos que la manejaban entera. Ambos se estaban moviendo como si llevasen días ensayando. Entonces Abel supo que tenía que detenerse y sacar los dedos. Un súbito torrente de flujo, caliente, inodoro, se desparramó sobre las sábanas mientras Lía convulsionaba.

—Pero bueno, ¿qué tenemos aquí?

Lía no pudo ni contestar. Jadeaba sin parar, apoyada con un brazo en la pared y con la otra mano en la cama. Buscó el pecho de Abel rápidamente, necesitaba contactar con él. Aquello había sido brutal. Algo que no ocurría todas las noches, ni lo experimentaban todas las chicas. A ella le había pasado en alguna ocasión, pero llevaba tiempo sin vivirlo. Abel en aquel momento estaba radiante, más atractivo que nunca. Porque a los hombres también les embellecía el sexo y más cuando sabían que todavía no habían terminado.

A Lía le apetecía masturbarle, no por devolverle nada, sino porque le apetecía que él se retorciese del gusto bajo su influjo. Quiso sorprenderlo. Él creía que le tocaría el pene, pero lo que hizo Lía fue tomar entre las manos los testículos, fríos y rugosos. Los besó y los lamió una y otra vez. Abel dio un respingo porque no se lo esperaba.

Rogó que continuase mientras los músculos de los aductores se tensaban. Ella se separó un poco para mirarla a la cara, sonrió y, sin avisar, volvió a metérselos en la boca. Solo entonces el cantante sexy jadeó. A Lía un pensamiento fugaz le pasó por la cabeza: el placer de un hombre siempre resultaba tan magnético como su llanto.

—Quiero follarte…, quiero follarte ahora. —Abel apenas podía hablar.

Entonces él buscó el condón a tientas y acabaron aquello. «Acabar», ese maldito verbo de la primera conjugación. Se le ocurrían otros tantos… Terminar. Parar. Marchar. Dejar. ¿Y si fuese mejor pensar con los de la tercera? Repetir. Venir. Revivir… Despedirse.

Morir.

16

Abel se levantó para ir al baño. Lía se quedó esperándole en la cama, tumbada bocabajo, desnuda, con las sábanas empapadas del recuerdo del sexo aún palpitando. Pensó en el maremágnum que se había originado bajo el edredón y, de paso, en su vida. Joder, y solo lo conocía de un maldito día. Y lo necesitaba ya tanto como respirar. Apoyó la cara sobre un brazo mientras se miraba en el espejo del armario que tenía delante. Y la imagen que le devolvió la hizo sonreír: el pelo alborotado, la piel roja, la sangre latiéndole bajo las mejillas.

—¡Oye, creo que el grifo está gotean…! —gritó Abel desde el baño.

Ella no le dejó terminar la frase.

—¿Cuándo vuelvo a verte?

Aquella pregunta salió sin pensar de su boca. Transmitía un cierto tono de desesperación… ¿Por qué no había dicho «cuándo volveremos a vernos»? ¿Por qué dejaba que él decidiera? ¿Por qué hacía esa asignación de roles? Pero le salió así, desde lo más profundo. No le importó que Abel pudiera tomárselo mal, agobiarse o llevarse a cuestas la pregunta aplastada contra la cara, sin dejarle respirar. Mierda, ya era demasiado tarde, había abierto una puerta.

—Abel, que cuándo te veo de nuevo…

Lo repitió sin ninguna entonación de interrogación, como esas preguntas que llevaban implícita una orden. No, no podía entrar en

su vida como un vendaval para salir de ella enseguida. No. No podía acostarse con ella de esa manera y alejarse para siempre. Ambos lo sabían. Por eso Abel regresó a su lado y le sonrió. Se sentó al borde de la cama. Una vez más demostró que era de esas personas que parecían saber siempre lo que había que hacer… o que decir. Levantó despacio el brazo y casi a cámara lenta llevó la palma de la mano hasta la espalda de Lía, que lo miraba a través del espejo. Con una caricia tranquilizadora, le rodeó la nuca con la mano, en un gesto firme pero tierno, como quien apresaba un gorrión con un ala rota.

—Pronto, Lía, pronto.

Ella tuvo ganas de romper a llorar allí mismo, delante del espejo y de él, porque ya no había marcha atrás. Porque se había enamorado de un desconocido… Se había enamorado del amor y del deseo, de alguien que aún no sabía quién coño era, pero que estaba ahí, tranquilizándole el corazón desbocado, calmando las ganas de vomitar que tenía, acariciándole la espalda como único consuelo y activando así una nueva remesa de esperanza. Lía quería dejarse llevar, pero sabía que si se enamoraba se activaría en ella el proceso irrevocable de no gustarse a sí misma. Automáticamente dejaría de ser como quería ser y su vida tranquila, solitaria e independiente, empezaría a llenarse con otra persona. No había marcha atrás.

Durante ese rato, mientras Abel se vestía, hablaron de nimiedades, sobre todo él. De que hacía buen tiempo, aunque la mañana estuviera fresca. De que no se oía nada en casa con las ventanas de Climalit con dos capas de vidrio. De cómo llegar a la parada de metro más cercana.

—Ven, asómate y te explico. Bajas y esa calle que ves a la derecha, donde la frutería…, pues ahí doblas la esquina y la parada está ahí. No tiene pérdida.

—Ponte algo, ¿no, preciosa? Te vas a enfriar.

—Bah, no tengo frío. Aunque a algún vecino le voy a alegrar la mañana.

Mentira, Lía estaba a punto de ponerse a tiritar, pero el fresco le haría entrar en razón, le vendría bien para calmar su angustia.

—¿Quieres ponerme celosillo? ¿O cachondo otra vez?

Risas, besos en el cuello, caricias bajo la ropa. De nuevo, algo duro debajo del vaquero. De nuevo, mordiscos en los labios. De nuevo, un «vamos adentro, que esto es un espectáculo». De nuevo, un «¿de dónde has salido, Lía?» y un «¿qué me has hecho?». Frases malditas que, sin embargo, sonaban a música de ángeles. De nuevo, más besos con lengua y los vellos de punta de la cabeza a los pies. De nuevo, un abrazo que terminó en suspiro. De nuevo, un «me tengo que ir, aunque me quedaría. Uf, me quedaría aquí a vivir, Lía, no sabes lo loco que me vuelves». De nuevo, un «anda, vamos, que no vas a llegar». De nuevo, el corazón de Lía latiendo a mil por hora, porque se acercaron a la puerta, donde se robaron los últimos besos. De nuevo, ahí en el puto descansillo de la escalera, donde le crecía la angustia sin poder controlarla.

—Porque, claro, tú lo de venir a Valencia para qué, ¿no?

Lía le sonrió, pero no le dijo nada… Para qué… Esa frase llevaba implícita muchas apreciaciones: la primera de todas, la de dar por hecho que ella no iba a ir jamás a verlo porque él no iba a volver a pedírselo. Era como si él quisiese ser un buen chico, calmar el deseo de Lía, templar esa impaciencia de no saber qué vendría después.

No, la pregunta no le trajo buenas sensaciones. No sabía nada de Abel. No tenía por qué ser diferente a los demás. Los hombres, mientras besaban con el pulso a mil, prometían cosas que quedarían agarradas en las entrañas con palabras que no eran ciertas. O sí, pero solo en esa milésima de segundo en las que habían sido pronunciadas. Y a Lía esos planes de futuro de Abel le explotaron por dentro como un trueno o como un obús, aunque no tuviese ni idea de cómo coño sonaba un obús.

Recordó una frase que había leído no hacía mucho, ¿era de Nietzsche? «El hombre es el único animal capaz de prometer»… «O de mentir», añadió esta coletilla al pensamiento. Aunque se dio cuenta de que algunos animales engañaban a otros para cazarlos.

No respondió nada y se limitó a mostrarse divertida, satisfecha, deseada. No tenía ganas de estropearlo ni de decirle la verdad. Si Abel le hubiese dicho en ese mismo instante que se fuese con él, ella habría cogido cuatro cosas de casa, como si huyese de un incendio, de un tsunami o de un dinosaurio, y se hubiese ido a vivir con él a Valencia sin ningún remordimiento. Podría haber dado un portazo, sin mirar atrás. No le apetecía decirle que, por primera vez en mucho tiempo, entre sus férreos planes de libertad cobraba forma la opción de romperlos.

Abel la rodeó con los brazos. A Lía le pareció aquello una curiosa metáfora corporal. Estaba preparándola para un beso. Lía sintió que las rodillas le flaqueaban, porque se había enamorado. En dos días se había colgado locamente del cantante sexy. Esta vez sí. Estaba a punto de dar un beso de amor después de tres años, once meses, cuatro días, diecisiete horas, cuarenta y tres minutos y dos segundos sin hacerlo.

Tres segundos. La boca de Abel cada vez más cerca.

Cuatro segundos. Su aliento.

Cinco segundos. Su alma.

Tres años, once meses, cuatro días, diecisiete horas, cuarenta y tres minutos y cinco segundos después del último.

El beso retumbó en sus entrañas mientras Abel comenzó a bajar las escaleras sin decir nada más. Ya se iba en absoluto silencio.

Se estaba marchando de su vida. Bajaba ya por las escaleras de aquel edificio sin ascensor. El cantante sexy se separaba de ella. De pronto, Valencia, tan lejos. Madrid, tan grande. Y Lía, tan sola. Allí estaba, apoyada en el quicio de la puerta, aún en braguitas, con el rubor en la cara y la incertidumbre entre las cejas. Sí, Abel se estaba marchando. Y aunque Lía trataba de sonreír, el labio le temblaba. Abel se volvió, como si se hubiese dado cuenta. Se detuvo en el cuarto escalón, justo cuando la escalera tenía un rellano donde girar. Ladeó la cabeza y la miró socarrón, con sus dientes torcidos, tal y como la había mirado horas antes mientras la penetraba.

—No pasa nada, Lía. Vamos a volver a vernos…

Y se perdió por la escalera mientras Lía se iba retirando al interior de su casa con una extraña mezcla de dudas y satisfacción a partes iguales. Otra vez le nació una sonrisa, pues saboreaba la promesa del cantante sexy. Como si por escucharla tuviera que ser real. Y justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, la voz de Abel subió por las escaleras:

—¡Guapa!

17

Las ideas salían a borbotones de su cabeza. Los pulgares se deslizaban por el teclado del móvil. Lía iba escribiendo en el bloc de notas. Sí, estaba inspirada, muy inspirada.

No me gusta el amor.

Hace que el suelo se tambalee bajo tus pies.

Que tengas un nudo en el estómago que no te deja respirar.

Provoca torrentes de llanto, bocados de rabia, despierta miedos dormidos y sueños absurdos.

El amor te aleja de ti misma, te da guantazos de debilidad, despierta al monstruo de las inseguridades y los desvelos.

El amor no te deja dormir por las noches y te condena a andar agotada de día.

Porque, sí, el amor agota, absorbe hasta el hartazgo. Te roba tu oxígeno.

Remueve los celos de otros tiempos, resalta tus torpezas y desata terremotos en todo cuanto tocas y haces.

Porque todo se te cae de las manos, hasta tu voluntad.

El amor te precipita al abismo, te golpea sin piedad, te roba trozos del alma para…

De pronto sonó la voz habitual de altavoz del metro y dejó de escribir: «Próxima parada, Tribunal. Atención: estación en curva. Al

salir, tengan cuidado para no introducir el pie entre coche y andén». Suspiró, cansada. Su inspiración interrumpida de golpe. Aún le quedaban seis paradas para su destino.

18

Mateo
21 de marzo de 2000-19 de febrero de 2004

Hubo un tiempo en que Lía supo ser despiadada con los demás. Todavía no le habían roto el corazón y tenía la seguridad de la indiferencia. Ignoraba lo que era que le hiciesen daño, no sabía lo que dolía. Desde luego no le pasó factura dejarlo con Mateo después de cuatro años.

Eran muy jóvenes. Durante aquellos años, se prometieron mil planes, viajes y futuros de todo tipo. A los dieciocho años estaban seguros de que eran el uno para el otro y se quisieron mucho, como pueden quererse los primeros amores correspondidos.

Lía lo amó como se ama en esas edades: con dulzura, con inocencia y seguridad. Con amistad. Juntos descubrieron la sexualidad, la responsabilidad de la pareja, aprendieron a superar malentendidos y a entenderse con miradas. Se quisieron, cuánto se quisieron.

Y Lía siempre estuvo tranquila con Mateo. Nunca dudó de que se habían encontrado el uno al otro para siempre. Pero entonces tenían una edad en la que los «para siempre» duraban poco.

Un día de pronto, sin que hubiese pasado nada, Lía supo que ya no quería seguir con él. Había ido a la peluquería para ponerse

mechas, pese a que su madre no entendía su obcecación en ponerse mechones rubios sobre la melena oscura.

—Me parece un despropósito, Lía. Te vas a quemar el pelo. Más bien, te lo vas a achicharrar si empiezas tan joven. Vamos, que solo lo digo por ti, porque yo a tu edad…

Por aquel entonces no estaba para milongas, no le hizo ni caso. Tenía esa edad en la que creía que las madres no acertaban en absolutamente nada. No se daba cuenta de que tal vez sí tuviese razón, pero no por el hecho de ser su madre, sino por haber vivido mucho más.

La esperaba una larga tarde en la peluquería. Papel de plata, mechón de pelo, decolorante…, papel de plata, mechón de pelo, decolorante… Luego, un tiempo de espera bajo el secador de casco que tanto le recordaba a su abuela. Todavía no existía el WhatsApp, la gente se comunicaba por SMS y cada mensaje tenía un coste. Se deben toques en el móvil. Un toque era un saludo, «un llámame luego», un tonteo. Pasó las páginas de un *Diez Minutos*, un *Hola* y un *Tp* y solo entonces la pasaron al lavado. Todavía quedaba el corte de puntas y el peinado con secador. Cuatro horas. Cuatro largas horas en las que Lía pudo reflexionar. De pronto tuvo la sensación de que todo se detenía a su alrededor. Fue justo cuando pensó en ellos dos y, sobre todo, en ella. ¿Por qué llevaba tanto tiempo con Mateo? ¿A qué venía haberse pasado prácticamente toda la carrera con el mismo novio? ¿Adónde les llevaba aquello? Y cuando empezaran a trabajar, ¿qué pasaría? ¿Y si decidía irse lejos, a otra ciudad? Era muy posible que esto último ocurriese… El trabajo de periodista era imprevisible. Ella quería triunfar. Tenía que aceptar todas las ofertas y oportunidades que se le presentasen. Tal vez tendría que irse al

extranjero, aprender inglés o conocer a otras personas…, a otros chicos. Otro mundo que se abría más allá de La Cartuja, donde estudiaba cuarto de Periodismo. ¿Y sus ambiciones? Quería ver dónde le llevaba su carrera profesional, deseaba ver mundo, tener experiencias inolvidables, volar lejos…, y todo eso pasaba por ser valiente, por decir sí a trabajos arriesgados. ¿Dónde encajaba Mateo en sus planes?

Había empezado a salir con él cuando tan solo era una niña, por favor. Ahora, en ese momento, tenía todo por delante. Sí, comprendió en ese mismo instante de que tenía que hablar con él.

En eso Lía, aunque no lo sabía todavía, no cambiaría nunca. Siempre sería impulsiva, voraz, inamovible, tozuda. Cuando tomaba una decisión era muy difícil hacerle cambiar de opinión. Quienes la conocían, ni lo intentaban; y los que no, no tenían ni idea de que habían perdido el pulso antes de empezar.

Bastaron tan solo cuatro horas de peluquería para darse cuenta. No hizo falta otra persona, un viaje, un nuevo grupo de amigos, un trabajo, una traición, una mala compañía, un consejo o una lágrima. En esas cuatro horas supo que anhelaba estar sola. Quería a Mateo, porque con él había descubierto lo que significaba compartir la vida con otra persona, pero también quería saber lo que era vivirla siendo libre.

Esa misma tarde, con el pelo recién arreglado de la peluquería y la decisión tomada, quedó con él para ir al cine. Apenas estuvo atenta a la película, no le interesó absolutamente nada, y se pasó la hora y media compadeciendo a Mateo, ajeno a lo que iba a suceder. De pronto sintió cierto rechazo, no se vio capaz de besar a quien tanto había querido, la sensación del vacío, de la nada y de la indiferencia.

En cuestión de cuatro, sí, de cuatro horas, Lía había cruzado al otro lado. Apenas hacía cinco días habían estado celebrando San Valentín por todo lo alto. No supo si la situación era injusta, pero sí inevitable. Esa mañana se había levantado como si fuese un día más y, sin embargo, por la noche iba a dejar a su primer amor.

—¿Qué te pasa, Lía? Estás muy callada y eso en ti es algo muuuy raro…

Ya estaban los dos sentados en el coche, aparcados. Y Lía fue sincera con él.

Le hizo mucho daño. Y no fue porque se mostrase cruel con él, o porque no eligiera bien las palabras; no hubo nada de eso. Fue simplemente porque él no se lo esperaba, porque nunca habían hablado de los temores y desvelos de Lía. Siempre habían hablado de los de él, pero nunca conversaron sobre las dudas de ella. Lía no supo o nunca lo vio necesario. De alguna manera, se dio cuenta de que, tras esa conversación sincera, dos grandes amigos iban a dejar de serlo.

Mateo no la creyó cuando le dijo que todo le había venido de repente, sentada en el incómodo lavabo de la peluquería con el reposacabezas clavándose en la nuca. Pero así fue, la verdad. Lo malo de las rupturas es la incapacidad del otro de aceptarlas.

Luego Lía, tiempo después, se enteró de que él lo encajó como pudo: Mateo se imaginó que había algo más sin haberlo. Se hizo preguntas interminables y sin respuesta los días, semanas y meses siguientes. Adelgazó y sufrió por amor o por abandono, que es peor, y Lía se convirtió en esa chica a la que no sabía si saludar o no después de aquella última conversación que tuvieron.

De seguir juntos, habrían vivido mil experiencias más: penas, mentiras o quién sabe si unos cuernos o infidelidades mutuas. Pero esa noche lloraron por todas esas cosas que ya no iban a compartir.

Lía se bajó del coche y subió las escaleras del portal de casa con una extraña sensación. Lo más cruel quizá fue que no se sintió mal. Se miró en el espejo del ascensor y se imaginó cómo sería su vida a partir del día siguiente, sin Mateo. Entró en casa con ganas de que llegase un nuevo día. No quiso contar nada a sus padres, lo único que deseaba era irse directamente a la cama.

—¿Qué peli has visto?

—Una…, un rollo, una comedia de amores… ¡Me acuesto ya!

Quería acostarse inmediatamente y que pasara ese último día con Mateo. Tenía prisa por vivir, cierta esperanza, algo de miedo y una pizca de curiosidad. Como si fuese la noche de Reyes y tuviese unas ganas tremendas de abrir los regalos a la mañana siguiente.

19

Lía estaba terminando de redactar, corregir, puntuar, de darle forma al texto que había dejado incompleto desde que oyera la megafonía llegando a Tribunal. Continuaba sentada, en ese mismo vagón, y el texto cobraba vida delante de ella. Leyó en el bloc de notas del móvil lo que había escrito desde la rabia más profunda, por estar enamorada de Abel. Quería intentar poner el punto final.

No me gusta el amor. Hace que el suelo se tambalee bajo tus pies, que tengas un nudo en el estómago que no te deja respirar. Provoca torrentes de llanto, bocados de rabia, despierta miedos dormidos y sueños absurdos. El amor te aleja de ti misma, te da guantazos de debilidad, despierta al monstruo de las inseguridades y los desvelos.

El amor no te deja dormir por las noches y te condena a andar agotada de día. Porque, sí, el amor agota, absorbe hasta el hartazgo. Te roba tu oxígeno. Remueve los celos de otros tiempos, resalta tus torpezas y desata terremotos en todo lo que tocas y haces. Te precipita y te golpea. El amor te roba trozos del alma para dárselos a otro, que no vuelven a pertenecerte jamás. El amor te saca de quicio, también de tus casillas, te mete prisa y, en mayor medida, te mete miedo. Te vuelves absurdo e incoherente. También te somete y te seduce. Te inquieta hasta morir un poco más cada día.

El amor te estruja las entrañas, te hace inapetente, irreal e indiferente. Olvidadizo. Te hace sucumbir y debilita tus piernas hasta caer de rodillas. El amor duele. Y, a veces, es capaz de matar. Obnubila tus instintos e irremediablemente te endeuda para siempre con los que te rodean, porque les quitas algo a ellos para dárselo todo a otro.

Pero un día el amor se pasa. El amor se va con la persona que lo trajo, y tú permaneces quieta, rara, como si estuvieses sufriendo mal de tierra. Procesas todo lo ocurrido. Miras a ambos lados y te preguntas qué fue aquello. Se lo preguntas a los demás, por si acaso te lo inventaste y nunca fue real. Hay quien te lo confirma: sí, existió. Hace un par de días, estaba, era…, pero ya no. Por eso no me gusta el amor, porque se marcha de golpe, y tú no tienes más remedio que sobrevivir.

20

A esa hora la Línea 1 estaba abarrotada, como casi siempre. Hora punta en el metro de Madrid. En esa línea en particular, siempre. Fuesen las dos de la tarde, las siete, las diez de la noche o las once de la mañana. Nunca descansaba. Solo alguna vez, sobre la una de la madrugada, en el último metro, Lía había visto los vagones algo más vacíos. Su madre, cuando Lía apenas acababa de llegar a Madrid, se preocupaba mucho de que fuese en el metro por las noches.

—Ten cuidado, Lía, que hay gente muy rara.

—Mamá, ni que esto fuese Nueva York…

No, Madrid no era Nueva York. Y la gente no era rara. Ella fue la extraña cuando pisó por primera vez la capital. Pero enseguida se hizo con ella. Se dejó envolver por su ambiente y empezó a formar parte de sus calles. Sí, pronto supo que era ya parte de Madrid. Y su madre dejó de decirle que tuviese cuidado en el metro.

La Línea 1 recorría de norte a sur la ciudad. Fue la primera que se puso en marcha en España, inaugurada por el rey Alfonso XIII en 1919. Ese primer tramo iba de la Puerta del Sol a Cuatro Caminos. Al año, unos ochenta y cinco millones de viajeros recorrían sus estaciones. Era como la columna vertebral de los subsuelos de Madrid. Treinta y tres estaciones, unos veinticuatro kilómetros de recorrido, cincuenta y cinco accesos a la calle y treinta y ocho vestíbulos. Las entrañas de la capital…, a eso olía siempre la Línea 1:

a víscera, a sudor, a aliento. Aunque nadie parecía advertirlo. Pero ese olor acababa pegado a la piel de forma natural, lo inundaba todo e impregnaba los asientos, las barras para sujetarse, la manilla de la puerta que todos giraban hacia arriba con impaciencia, siempre antes de tiempo, y que no faltaba mucho para que desapareciera en cualquiera de las numerosas remodelaciones del metro.

Un olor tan denso que anulaba el que Abel había dejado impregnado en la piel de Lía. Y que no se iba, que no la dejaba en paz desde hacía dos semanas, como un estigma casi demoníaco que la perturbaba. Lo único que deseaba en esos momentos era calma.

Sosiego.

Control.

Desde que Abel se fue de su casa gritándole eso de «guapa», Lía empezó a sentir la necesidad de escribir a todas horas. El metro era uno de sus lugares favoritos para hacerlo. Siempre tenía a su disposición una libreta o el bloc de notas del móvil. Desde hacía un rato había abierto la aplicación y tecleaba impulsivamente para retocar de nuevo un texto que tenía ya ganas de terminar: «… Por eso no me gusta el amor, porque se marcha de golpe, y tú no tienes más remedio que sobrevivir». Punto final.

Salió de la nebulosa en la que andaba metida de golpe al escuchar la primera nota del acordeón que tocaba un señor dentro del vagón. Una nota desafinada. Observó al músico ambulante. Las uñas negras y la piel oscura. Las arrugas en el rostro describían la pobreza, los desengaños, los abandonos y las mentiras. Tocaba un clásico del metro de Madrid, «A mi manera». La melodía pervertida en cada estirar y encoger de aquel instrumento de viento… ¿O era de cuerda? El acordeón, sí, era de cuerda, como el piano. Lía se quedó

absorta, mientras miraba pensativa aquel desgastado instrumento que entonaba eso de «también lloré, también reí». La duda volvió a su cabeza… Tal vez el acordeón era un instrumento de viento, ¿no?, e imaginó cómo el aire pasaba por las teclas cada vez que las tocaba y estas emitían unos sonidos tristes. Porque los acordeones eran tristes…, siempre le recordaban al circo, a países fríos, a guantes de lana negros cortados a la altura de las falanges, a esquinas ocupadas por alguien que pedía unas monedas para comprar algo de vino y entrar en calor o dormir hasta que acabase ese día. «Próxima estación, Atocha».

Lía salió de su ensoñación justo a tiempo. Iba a casa a pasar el fin de semana. Necesitaba una dosis de familia. Sentirse segura y rodeada en Sevilla. Como era una escapada exprés prefería ir en tren, más rápido, menos lío… Y dejar el coche en paz. Lo hacía muchas veces así. ¿Qué iba a contarles a sus amigas? Tal vez les dijera que el cantante sexy tenía nombre y que podía merecer la pena conocerlo más. O tal vez no. Porque ocurriría como en otras ocasiones, que la relación se chafaría antes siquiera de comenzar a ser algo. Sí, probablemente solo les contara el polvo con Abel y nada más. De hecho, desde el momento en que se fue de su casa, tan solo se habían intercambiado algunos mensajes muy divertidos y ocurrentes siempre, pero nada más. Lía necesitaba desconectar de Madrid. Y salir del torbellino en el que andaba metida después de acostarse con Abel.

Se bajó del vagón del metro y rodó la maleta unos cuantos pasos por el andén, después de salvar el maldito desnivel. Lo tenía todo controlado, se subía siempre en el vagón que daba directamente al ascensor. Nunca entraba la primera, dejaba que el torrente de gente

pasase. Así luego ella salía directa, puesto que era un ascensor con doble puerta. «Los últimos serán los primeros», pensó por inercia.

Iba con más tiempo del habitual, le faltaban unos quince minutos para que saliera su tren a Sevilla. Algo que era bastante raro, porque siempre llegaba con la hora justa, corriendo, arrastrando la maleta sin que las ruedas pudieran casi posarse en el suelo de mármol, dando zancadas y abriéndose paso entre la gente: «Por favor, déjenme pasar. Por favor. Muchas gracias. Perdone, lo siento, que no llego». Siempre se decía a sí misma que no volvería a ir tan apurada. Mentira…, en los viajes, como en el amor, faltaba a sus promesas.

Esta vez intentó tener más paciencia y anduvo entonces hasta el Relay para echar un vistazo a las portadas de las revistas. Los periódicos, no, que los tenía muy vistos. Tomó un *Cuore* entre las manos y sonrió al ver la descomunal espinilla que tenía Kate Hudson en la punta de la nariz. Abajo, en los temas de apoyo, leyó que un cantante de un grupo de moda, de esos que les gustaban a las chicas más jóvenes, estaba saliendo con una actriz de una serie que todo el mundo veía. En la foto se daban un morreo en una calle cercana a la plaza Mayor. No compró la revista, porque tenía muchas cosas que hacer en el tren, pero no pudo evitar pensar en Abel. Y sucumbió a la idiotez de justificar una acción que se moría de ganas por hacer y que de hecho iba a acabar haciendo. El cantante de la portada le había inspirado. Tenía tiempo y estaba aburrida. Todavía le faltaban once minutos para irse. Aquello era una señal. Pensó que era mejor dirigirse ya hacia el tren y escribir a Abel desde allí, tranquilamente sentada. La revista y el universo le estaban pidiendo que le pusiese un mensaje. No pasaba nada, era natural que

quisiese saludarle, no se iba asustar. «¡Vete ya y escríbele de una puta vez, Lía!», vociferó su voz interior.

Las mujeres de más de treinta años con inseguridades y cicatrices hacen eso. Planifican sus actos de amor y evalúan los pros y los contras de enviar o no un mensaje. Analizan todas las excusas, gestionan el tiempo, calculan las consecuencias, extraen las raíces cuadradas de una posible respuesta, repasan las probabilidades del acierto y del error y, cuando encajan los algoritmos de lo que quieren hacer, solo entonces actúan. Eso era lo que le estaba pasando a Lía, que terminaría enviando el mensaje…, el simple y jodido mensaje del que esperaría demasiado.

Sí, las mujeres que han cumplido ya los treinta a base de hostias se meten en el laboratorio horas y días antes del ensayo químico y estudian al milímetro la reacción nuclear resultante de unas cuantas palabras. No pueden fallar. El fracaso no entra en su vocabulario porque es una palabra prohibida, tabú y maldita. El fracaso no es posible porque no serían capaces de soportarlo.

Por eso, las mujeres de treinta años con arañazos en la altura del pecho se lo piensan todo, lo meditan, lo sopesan, lo contrastan, lo ensayan y prevén las conversaciones futuras. Escriben los mensajes y los borran una y otra vez. A veces los cotejan con alguna amiga, porque ellas entienden sus miserias. Sí, porque sus amigas también están llenas de golpes y comprenden a la perfección los motivos de esa locura compartida. Definitivamente, las magulladuras, cuando se ponen en común, duelen menos o igual y no avergüenzan tanto. Y todo eso Lía lo sabía de sobra. En efecto, las mujeres de treinta con daños colaterales acaban mandando el mensaje, pero antes necesitan preparar el entorno, estar tranquilas, comprobar que la

batería está cargada, que su corazón se encuentra en calma, que la maleta está colocada en su lugar y sus nervios bajo control… Así estaba Lía en esos momentos, subida en el tren, sentada en su sitio, con el móvil en la mano. Con el corazón en orden.

Ey, guapetón, qué tal el concierto de Castellón? 19:50

Un minuto…
«No le llega… Ahora sí…».
«No lo ha leído…».
Otro minuto…
«Lo lee…».
Escribiendo…
«Bien, qué poco ha tardado».

Eo, bonitaaaaaa! Fue genial!!! Llenamos bastante. El dueño del local, encantado 19:52

Qué bieeen! 19:52

Ha sido una semana de locos porque teníamos que acabar de grabar el tema
ese que te dije, te acuerdas? Y nos hemos hecho unas fotos nuevas…, locuraaa 19:52

Lía pensó enseguida que había hecho bien mandándole el mensaje. Estaba dicharachero, no le pillaba en un mal momento, y ella no parecía una pesada, una plasta; eso nunca, por favor. Pero pensó que era otra vez esa mujer insegura, loca y ridícula a la que no reconocía. Él seguía escribiendo…

Luego te mando las fotos, a ver qué te parecen…, porque nos van a hacer un repor en una revista de allí, pero las fotos eran aquí, un líooo… 19:53

Un momento…, ¿allí? ¿Aquí? ¿Dónde estaba Abel?

Síií, mándameee! Dónde las habéis hecho? 19:53

Uf, es que vaya días… Estoy ahora en Chamartín!!! Ay, no, en Atocha. Estoy

tan cansado que ya no sé ni lo que
digo, jejejeje 19:54

¡No se podía creer lo que estaba leyendo! ¡Abel estaba en Madrid, a escasos metros de ella! ¡En la misma estación, en el mismo hall! Como en las películas. Él habría ido a por un café, ella habría mirado las portadas de las revistas. Ella se habría agachado a coger un jersey que se le había caído al suelo; él justo en ese momento habría estado mirando los monitores para ver los horarios… Todo ello sin cruzarse.

Lía miró por la ventana hacia todas partes, sentada en su vagón, buscó entre la gente una posible cabeza rapada, un cantante sexy que anduviera por los andenes de aquella enorme estación, escudriñó caras en un microsegundo y dejó caer los hombros cuando se dio cuenta de que los trenes a Valencia salían de la planta inferior, y los de Andalucía, de la de arriba. El encuentro era imposible.

En Atocha? En serio??? Yo estoy
en Atocha también. Acabo de
subirme al AVEEEEEE, porque me
voy a Sevilla.
Muy peliculero habernos cruzao,
jajajaja 19:54

Ooooooooh 19:54

Estoy diciéndote adiós con la
manita
desde el vagón, aunque no te vea.
Jajajaja 19:55

Pues llevo aquí desde las 19:40 o así.
Jajajajaja 19:55

Ups, cinco minutos nos separaron!
Jajaja 19:55

¿Jajaja? ¿Por qué había escrito jajaja? A Lía no le hacía ni puta gracia… ¡Habían estado en el mismo lugar y no se habían visto! Joder, joder… ¡Joder! Pero…, un momento…, Abel había venido a Madrid y ni siquiera se lo había contado… «Joder, gilipollas, pues ¿qué esperabas? Tiene sus cosas, sus líos. Tú no estás la primera de la lista»… «Ooooooooh», había escrito Abel… Lía no pudo evitar sentirse decepcionada. Lo leyó mil veces, como si pudiera leer algo más entre las líneas del móvil. «Pero, claro, tonta, es que no somos nada, no tenemos nada», se repetía. Él no tenía por qué avisarle. Es más, tendría varios frentes abiertos en la misma ciudad. Era de esperar, un tío como él, un cantante sexy. «Por favor, Lía, que pareces idiota».

Voy a echar de menos Madrid y a las
preciosidades que la habitan… 19:57

«¿Ves, Lía? Ha usado un plural: "LaS preciosidadeS que la habitaN". Tiene varios rollos aquí, Lía, ¿qué pretendías? ¿Ser la única? Recomponte. Sé maja. Sé normal. Los tíos no quieren dramas. Muestra indiferencia…».

Jeje… Y yo a los bombones
valencianos que la visitan de cuando
en cuando 19:57

Volveré. Y a la siguiente, te aviso. Lo
juro por el alma de Íñigo Montoya,
jajajajaja 19:57

Eso espero ;) 19:57

No pudo reprimir el dolor de pecho que le invadía. Esperaba algo así, pero no podía evitar sentirse triste. ¿Por qué no la había avisado esta vez? ¿Por qué no tenía ganas de verla? Miró de nuevo la pantalla del móvil, que no se iluminó más. Ella había dicho la última frase y a Abel le había sonado a despedida. Mierda, podría haber puesto una frase menos categórica, algo tipo: «Avísame la próxima, y ya verás lo que te voy a hacer». Eso, mejor alguna guarrada, a los tíos les gustaban y no se resistían a contestar. Habría seguido más tiempo escribiéndose con él. «Eso espero». Había sido muy tajante. «Coño, Lía. Qué torpeza. Vaya mierda de terminar una conversación…».

Estaba claro que a Abel no le había cuadrado llamarla esta vez. Ni mucho menos sacar un rato para verla y follar de nuevo. Tendría otros miles de rollos sueltos por Madrid. Que sí, que estaba claro por lo que le había puesto: «Las preciosidades que la habitan». Preciosidades: sustantivo femenino plural. Joder, estaba claro. Le importaba un pimiento que se hubiesen cruzado en Atocha, casi hubiese preferido no haberlo sabido. Lía hundió los hombros en el sillón duro del tren, se puso a escuchar Coldplay y trató de dejarse de gilipolleces.

Se acordó entonces de lo que decía siempre su amiga Esperanza, que veía señales por todas partes. Buenas y malas. «Si no te has encontrado con él es porque no tenía que ser», parecía que estaba escuchándola decir esa frase en ese mismo instante. Chorradas… Siempre le había parecido una tontería eso de «es que no era para ti», «si no te ha ido bien con él es que no estabas predestinada a ser feliz con él». Nunca había hecho el más remoto caso de esas bobadas, nunca hasta que empezó a hacerlo, porque se convirtió en una persona insegura y vulnerable. Hasta que se volvió tremendamente temerosa. ¿Cuándo cambió todo? ¿Cuándo dejó de ser la mujer segura que siempre fue? ¿Aquella que lo tenía todo tan claro? ¿Esa que marcaba cuándo y cómo se acababa una historia? ¿Cuándo dejó de ser esa mujer que manejaba las relaciones?

21

Juan Carlos
3 de mayo de 2004-27 de
septiembre de 2004

Conoció a Juan Carlos en la facultad de Periodismo. Iban juntos a clase, pero no coincidieron hasta los últimos meses de carrera. Poco tiempo después de haberlo dejado con Mateo, Lía hizo nuevas amistades. Se cambió al turno de mañana y un nuevo mundo se abrió ante sus ojos en el último cuatrimestre. La soltería le sentó muy bien. Lía estaba muy guapa y radiante. Se cambió el corte de pelo. Hizo una nueva pandilla mientras mantenía el contacto con los del turno de tarde.

Juan Carlos era un tipo divertido y popular. Se le daba muy bien imitar personajes, contar chistes y llamar la atención. Lía se partía de risa con él. Se cayeron bien y empezaron a sentarse cerca el uno del otro en clase y se buscaban con la mirada en la cafetería. Desde el principio lo tuvo claro, le gustaba. Lía sentía otra vez curiosidad por un chico a pesar de lo desentrenada que estaba. Solo había estado en su vida con Mateo. Entonces pensó en él, sabía que no lo estaba pasando bien desde que lo dejaron, pero ¿qué iba a hacer? ¿Acaso no vivir el presente ni dejarse llevar?

Se besaron por primera vez sentados en un banco frente al río Guadalquivir. Había una luna inmensa y las siluetas de las casas de

la calle Betis se reflejaban en el agua. A Lía esa estampa del barrio de Triana siempre le había parecido un hermoso decorado, sobre todo de noche. Lía no sabía aún que la luna llena la trastornaba… Eso lo supo luego, tras muchos besos en noches iluminadas como aquella. Hacía frío, se habían alejado del botellón donde los demás bebían vodka, ginebra, whisky o ron, daba igual; alguien tocaba la guitarra y no ocurría nada interesante.

Lo interesante sucedió allí. Ella se quejó de tener la piel de gallina. Él le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia su pecho. Se dijeron tonterías. Juan Carlos estaba nervioso y aprovechó una carcajada de Lía para acercarse un poco más. Cuando ella bajó el mentón, estaban muy cerca. Un beso. La claridad iluminaba todo y había demasiada gente pendiente de aquellas primeras promesas, así que se fueron a pasear mientras Juan Carlos la tomó de la mano.

Fue una sensación extraña. No solo besar otros labios, sino también coger la mano a una persona diferente… Unos nuevos dedos finos, como de pianista. Las manos siempre frías, tan diferentes a las de Mateo. El sabor dulzón de su boca. Y después su cuerpo. Nuevas caricias y nuevas confesiones… De repente su móvil llamando a otra persona. Sus pensamientos, los últimos de cada noche, dedicados a otro chico.

La noche del botellón tuvieron que soportar ser el entretenimiento de la velada, pero no les importó. La luna estaba alta, enorme y hermosa.

Aquella noche se pareció a otra de luna llena, cuando ya habían hecho el amor varias veces, cuando cambiaron el río por una playa de Cádiz… Esa otra noche se metieron en el agua, se alejaron de la orilla y terminaron haciéndolo en el mar profundo y oscuro. Peligroso

y romántico al cincuenta por ciento. Fue extraño, porque Lía todavía no estaba enamorada de esa persona con quien iba pasando las horas y los días, como subidos en una ola de futuros que no tenían nada que ver con ella.

Juan Carlos empezó unas prácticas en un periódico. Lía se dio cuenta de lo pletórico y feliz que estaba, que, más que por trabajar, Juan Carlos parecía preocupado por sorprenderla. Se lo había dicho en más de una ocasión: para él Lía era segura, fuerte y difícilmente impresionable. La veía como una mujer que hubiese recorrido más mundo que los demás, aunque tuviesen los mismos años. De esas mujeres que no se arrepentían nunca de decir la verdad. Sí, era la imagen que proyectaba Lía, que quería comerse el mundo.

Cuando le hicieron escribir su primera crónica de tres columnas sobre la inauguración de una exposición de pintura, habían quedado con todos los demás compañeros en un botellón, en la explanada de Isla Mágica. Juan Carlos apareció con una copia en DIN A3 de la página del periódico que saldría al día siguiente. Se la enseñó a Lía con mucha ilusión.

—¡Lee! ¡Vamos, léela!

No era el sitio ni el lugar. La impaciencia de Juan Carlos le agobió un poco, pero entonces se fijó bien en el texto. «Lo ha bordado esta vez…», así comenzaba su primera crónica publicada…

—Fíjate bien. Mira, fíjate, lee.

Las tres primeras líneas empezaban por L, por I y por A. Había formado un acróstico, las letras iniciales de cada línea formaban su nombre. En su primera crónica, en la primera crónica de su vida. Era un detalle precioso por parte de Juan Carlos. Pero Lía no sintió que las piernas se le doblaran por las rodillas, ni rubor alguno, ni se le

sonrojaron las mejillas, ni el corazón le palpitó apabullado, ni un nudo en el estómago, ni notó esas ganas de vomitar que ponían del revés a una persona enamorada. Por primera vez fue consciente de que no lo estaba. No quería a Juan Carlos, simplemente le gustaba.

Lía se dio cuenta de que solo estaba pasándolo bien con un hombre, disfrutando de una relación en la que no le importaba demasiado lo que la otra persona sintiera. Hasta ese momento revelador, ella había pensado que hacía el amor con él, pero en realidad solo follaba. Fue la primera vez que Lía entendió esa diferencia, ese matiz. Se comportó egoístamente, porque siguió saliendo con él, viviendo un amor de verano, sabiendo que aquello no iba a ninguna parte. Y sin contemplar que quizá Juan Carlos se estaba enamorando cada vez más de ella.

22

Manuel
25 de septiembre de 2007-23
de diciembre de 2007

Años después de Juan Carlos vendría Manuel. Y a Lía le pasó algo similar, eso de descubrir que salía con alguien que solo le gustaba, al que no amaba. Manuel era el típico chico que encantaba a las madres (la suya incluida): alto, guapo, educado e inteligente. Ingeniero, todo un cerebrito. Encima, se trataba de un tipo humilde y buena persona. Las conversaciones que mantenían resultaban largas, intensas e interesantes. En la cama también todo era largo, intenso e interesante…, pero Lía, sin saber muy bien por qué, se aburría soberanamente.

Manuel nunca perdió la calma ante las desapariciones de Lía. Ella dejaba de escribirle, y él allí seguía. Ella lo llamaba, él acudía. Ella le dejaba los mensajes sin contestar, él no se enfadaba. Todo era muy sencillo. Pero el ser humano estaba hecho para complicarse la vida. Si Manuel hubiese dejado de estar ahí, si Manuel hubiese sido un insensible, un déspota o un cabrón, quizá a Lía se le habría despertado la chispa.

Así que Lía un día, en vísperas de Nochebuena, se despidió de él. Le dijo que no se verían más, sin dar demasiadas explicaciones,

porque no quería herirle. Ella se sorprendió un poco, porque Manuel solo dijo:

—Vale, lo que tú quieras.

Con él, Lía fue sincera. Con Juan Carlos, fue cruel. A este último un día le decía que no estaban bien, que no sabía si quería que siguieran juntos…, y, al siguiente, le decía que lo echaba mucho de menos, que lo intentasen de nuevo, cuando ella sabía que no había mucho donde rascar y que simplemente era domingo, hacía frío y deseaba compañía.

A Manuel nunca le mintió. Manuel se amoldaba cada vez que ella se acercaba y se alejaba. Así que sin traumas acordaron no seguir con aquella relación en la víspera de Nochebuena.

Manuel aprendió mucho antes que Lía que a veces era mejor no seguir haciendo el gilipollas y decir «vale, lo que tú quieras», que empeñarse en detener los huracanes que entraban por puertas que uno mismo abría. Lía lo aprendería mucho después, pero, en aquella época en que volvió loco a aquel chico alto, desgarbado e inteligente, ella se puso un reto: siempre sería la que rompería las relaciones, la que decidiría cuándo terminar. No se dio cuenta de que se equivocaba del todo, porque en un futuro no muy lejano serían ellos los que acabarían las relaciones prácticamente siempre. Y de la peor forma posible: simplemente desapareciendo.

23

Unas tres semanas después, Abel volvió a Madrid. Y esta vez sí la avisó. Desde que se marchó a Sevilla sin que se vieran en la estación de Atocha, ella luchó por aparentar que no había pasado nada. Pero los fantasmas, las inseguridades y los miedos regresaron, sin darle tregua.

Lía había sobrevivido sin sentirse así durante un largo periodo de tiempo, se había cuidado para ser feliz…, pero, cuando se enamoraba, se convertía en otra persona, en alguien a quien aborrecía. Sí, arrastraba heridas y motivos. Entraba en esa mierda de dinámica de no dejar de mirar el móvil cada tres segundos, esperando que cada mensaje fuese suyo. Espiaba y cotilleaba nombres, apellidos, calles por internet, cada vídeo que caía en sus manos de YouTube o Vimeo…, todo lo relacionado con él. Hasta rastreaba por Google Earth para ver dónde estaría su casa, por las pistas que él le había dado, por no hablar de cómo estudiaba cada palabra de las publicaciones que Abel hacía en su Instagram.

Y, con la certeza de saber que se equivocaría una y otra vez, sacaba conclusiones sobre las personas que salían en sus fotos. Estaba obsesionada. Últimamente veía Valencia por todas partes. Y ella atendía a las señales. Buscaba excusas para escribirle, esperaba impaciente y angustiada las respuestas. Respiraba aliviada cuando comprobaba que él contestaba. Pensaba mal cuando lo veía conectado, pero no recibía una respuesta rápida. Luego recuperaba

el aliento porque él escribía. No tenía dudas, Lía enfermaba por días, enfermaba de amor.

Sentía celos de las amigas de Abel, a las que aún no conocía. Imaginaba todos los líos que tenía con ellas. Luego se convencía de que era ridículo, porque de hecho ella misma seguía quedando con Álvaro (siempre estaba ahí) cada cierto tiempo para tomar una cerveza, contarse sus últimos viajes y echar un polvo. La vida seguía sin Abel, tenía que continuar sin él. Sin embargo, no soportaba que se estuviera acostando con otra, o con otras, en Valencia, Castellón, Gandía, Barcelona o en el baño de una discoteca. Se sentía frágil o estúpida. No paraba de mirar si estaba conectado o no. Vigilaba todas las frases que él escribía a otras chicas en las redes sociales para ver si les ponía lo mismo que a ella, si hacía un corta y pega cada vez. Se imaginaba todo tipo de historias tórridas, y ninguna era con ella. Estaba loca de remate, de amor.

Se lo callaba, claro. Ante los demás, Lía mantenía el control. Decía que Abel era un rollete al que tan solo había visto un par de veces. Que solo era el cantante buenorro al que se follaba. Ella repartía su discurso a quien lo quisiese escuchar: «Mira, mira su foto, ¿verdad que está bueno? Pues no veas cómo folla, pero vamos, que yo paso, que no me voy a pillar, porque estos son todos unos guarros y paso…».

No contaba nada de su locura a nadie. Eso jamás. Tiempo atrás había aprendido a no reconocer la flaqueza, ni la miseria de sentirse dependiente del amor. Pero en el fondo eso le hacía sentirse tan sola… Cuando estuvo con sus amigas de Sevilla ese fin de semana exprés, simuló indiferencia cada vez que recibía un mensaje de Abel. Ni siquiera se atrevió a contarle a Rocío que creía estar

enamorándose de nuevo, a ella que lo sabía todo de Lía. Después, de regreso en la capital, con sus amigos en Madrid, hacía lo mismo.

Porque los recibía, sí. Él le mandaba arrumacos y todo tipo de piropos que viajaban trescientos cincuenta y cinco kilómetros hasta ella. O mucho más, pues volaban al exterior de la tierra, viajaban hasta los satélites que separaban el móvil de Abel (que siempre se quedaba sin batería) del suyo y, después, regresaban hasta su WhatsApp, que siempre estaba en línea. No podía entender por qué se sentía tan vulnerable, tan absurda. Mantenía el drama bien alto, hasta que de pronto él aparecía o le escribía algo. Entonces, solo entonces, se tranquilizaba un poco.

Señorita periodista, está usted ocupada? 18:03

Estoy escribiendo una entrevista, pero puede esperar ante tanta intriga 18:07

Tengo que comunicarle que iré a Madrid el martes. Reunión con el tipo aquel de lo de la banda sonora. Igual sale. Oooooooeee!!! 18:08

Y qué quiere usted decirme??? 18:08

Que luego tengo tiempo para una
comida con una sevillana guapísima
18:08

Lía se lo pensó o, mejor dicho, hizo que se lo estaba pensando. Abel se merecía que ella lo hiciese sufrir, pero enseguida rectificó esa actitud tan pueril. ¿Y si lo espantaba? La Lía implacable y dura se desmoronó en dos minutos.

Ole, ole, ole, Cholo Simeone. Me
guardo el día 18:10

Pues perfecto! Te dejo, que no tengo
batería! 18:10

Hechooo! Bss 18:10

Apenas tenía tres días para preparar el reencuentro. Esta vez la regla que iba a incumplir era la de su amiga Carmen: nunca cambiar los planes por un tío. Lía removió toda su agenda para tener libre el martes…, y el miércoles también, por si acaso. Dos días para él, por si quería quedarse más o le proponía un cambio de última hora.

Pidió cita en el láser.

Cambió las sábanas.

Mintió a las amigas.

Aparcó una vez más a Álvaro.

Y se pidió dos días de vacaciones. De sus putas vacaciones.

Lo estaba haciendo, apostar todo al rojo con montañas de fichas. Seguramente perdería y sufriría una vez más, pero ¿y si ganaba algo por una vez?

24

Te devora
la inseguridad.
Crece con los años,
la muy hija de puta.
Crece, al mismo ritmo que tu fuerza para reponerte de los golpes.

Es curioso este fenómeno de la naturaleza femenina:
eres cada vez más capaz de afrontar los palos,
te recuperas asombrosa y rápidamente de las decepciones,
pero, sin saber por qué, el tío y el tiempo pasan,
y llega otro,
y sientes de nuevo,
miras otra vez la pantalla del móvil
y vuelves a sonreír aunque llueva al otro lado del cristal.

Vuelves, sí,
a caer en la absurda química de los amores incipientes
y aunque sabes lo que es,
aunque sabes lo que viene,
sufres, padeces, masticas el momento casi como si fuera el primero.

Y te desesperas,
porque ahí llega la inseguridad, maldita zorra,
para revolverte aún más las entrañas y enredártelas de dudas.

Para devorarte,
porque el tiempo te ha hecho fuerte para el post

pero infantil, absurda y miedica en el pre.

Poema inacabado en un
documento del ordenador de
Lía

25

Lía planificó la tarde perfecta. Se le hizo raro quedar a comer con él a plena luz del día. Sin el arrullo de la noche, sin la complicidad de la oscuridad y la sordidez que daban los faros de los coches y la luz de los semáforos.

El cantante sexy le había dicho que tenía el AVE de vuelta a las siete. Podrían ir a tomar algo y luego ir a casa para follar hasta que el reloj digital de la pared, con sus grandes números rojos, les avisase.

Ella se dirigía a la cita con una idea en la cabeza, la de pedirle que se quedase un día más. Pero no se atrevía porque estaba segura de que no iba a ocurrir, que no iba a ceder. Ella se había pedido el puto día de vacaciones, pero no era capaz de pedirle a Abel que hiciese lo mismo por ella… Idiota.

La idiota estaba radiante. Se había puesto unos pantalones vaqueros muy ajustados, una camisa blanca y una chaqueta de cuero. Se había rizado el pelo y no se lo había recogido, aunque las ondas le durarían poco. Había jugado a cambiar de look. A priori, nada sexy, como si su *outfit* fuese improvisado, casual, aunque se hubiera pasado tres horas pensando qué ponerse.

Justo habían quedado en Callao. Allí siempre había miles de personas, maldito sitio para verse. Lía tenía miedo de que él la encontrase primero y notase su impaciencia, su agonía y su necesidad de verlo. A un lado de la plaza, unos chicos hacían su

show. Les rodeaban decenas de personas y estaban pidiendo al público que diesen palmas. Lía, de pronto, creyó estar en una película donde todo ocurría por ella. Imaginó que era protagonista de un musical y que, cuando se abriese el corro que ocupaba esa zona de la plaza, se encontraría con Abel. Salió de su fantasía cuando notó un cosquilleo húmedo en el cuello.

—Hola, ¿estás sola?

Lía lanzó un grito. Abel la había asustado. No le esperaba por la espalda. Él soltó una carcajada, siempre tenía la sensación de que se reía mucho con ella. Después, la miró y se sintió desnuda. Lía pensó entonces en la ironía de haberse esforzado tanto en elegir modelito cuando lo único que quería Abel era quitarle la ropa.

Abel le dio un beso en la mejilla, solo uno, lento y cariñoso. Se apartó y la miró de arriba abajo. Le hizo que girase sobre sí misma, cogiéndole la mano como si fuesen a bailar un vals.

—Pero ¿y este pelito rizado? ¿Nuevo look? ¡Estás tremenda!

Lía sintió que podía bailar de felicidad alrededor de toda la plaza, interrumpir el show de los chicos que entretenían a los transeúntes, abrazar a cada uno de los perros de adopción que aguardaban un dueño, pero solo sonrió y le pegó un manotazo en el pecho.

—Calla, anda. ¿Cómo ha ido la reunión esa?

Le importaba una mierda la reunión, pero por algo tenía que empezar. Además, se dio cuenta de que él en ningún momento le preguntó qué hacía ella sin trabajar a las 13:30 de un martes. Estaba segura de que ni se le había pasado por la cabeza. Lía eligió dónde ir, para eso lo tenía todo preparado. Tapearon en un asturiano por la zona de Santo Domingo y Ópera, un local de barra estrecha y ambiente recargado. Siempre estaba lleno de gente y tuvieron que

luchar para hacerse un pequeño hueco en un rincón. Pero mereció la pena, ella lo sabía. Disfrutó del momento, Abel era tan divertido… Se hizo amigo de los vecinos de barra. Habló con ellos y, como si conociese el lugar de toda la vida, les recomendó qué pedir. Lía no daba crédito. Acabaron compartiendo tapas y conversación. Eran dos muchachos del País Vasco. Parecía un chiste: dos vascos, un valenciano y una sevillana… Y es que en Madrid nadie era de Madrid, pero todos se sentían en casa. Lía se sentía en casa con Abel.

Pidieron chorizos a la sidra y patatas con salsa cabrales, con dos cojones. Les dio igual, se arriesgaron. Y si les repetía el chorizo sería a los dos. Se rieron un montón con los vascos y, mientras se comportaban como si fuesen una pareja, hablaban, se daban algún que otro beso con sabor a cabrales. Lo pasaron bien y se despidieron con pasión de sus nuevos amigos, a los que probablemente no volverían a ver en la vida.

El café se lo tomaron en un pequeño bar por Mostenses. El local parecía que se iba a caer a pedazos, pero así eran los bares madrileños, repletos de historia, con suelos de serrín y taburetes despellejados, las máquinas tragaperras siempre ocupadas, las puertas del baño que no cerraban bien, las fotografías de platos descoloridos, las barras de aluminio llenas de arañazos, los vasos que nunca se rompían, los clientes habituales y las cartas de menú plastificadas llenas de salsas. Bares en los que la máquina de café gritaba a todas horas. Lía se dio cuenta de pronto que el amor era un café en todas sus formas. Podía beberse a sorbos o de un golpe. El café, como el amor, se servía, se enfriaba e incluso se podía invitar… Podía tomarse solo y en compañía. El amor, o el café, podía ser muy claro o muy oscuro. Y a veces se pagaba. Lía estaba

sentada en un taburete frente a Abel. Sus rodillas encajaban, parecían una única figura. Él había pedido el café bien caliente, con leche y dos terrones. Lía había preferido uno solo, aguado, esta vez sin edulcorar y en taza grande. Mientras Abel comentaba que estaba delicioso, a ella le sabía amargo. De repente Lía se dio cuenta de la hora que era. No les iba a dar tiempo a ir a su casa y follar, pero no le importaba si no se acostaba con él ese día, porque solo deseaba su compañía. La jugada le estaba saliendo bien. Abel la sorprendió con unas palabras totalmente inesperadas:

—¿Sabes?, estoy pensando en cambiar el billete… y me quedo esta noche. Es un poco locura, porque mañana voy a estar muerto, pero voy a follarte toda la noche. ¿Qué dices? ¿Te parece? ¿Puedes?… ¿Quieres?

«¿Que si quiero? ¿Está loco?», pensó Lía mientras se preparaba para recoger el botín.

—Me parece una idea estupenda.

Sí, le salió bien. Pum. Todo al rojo.

Apenas una hora después estaban haciéndolo en el probador de Stradivarius de Preciados. En la última planta nunca había nadie. Abel la persiguió hasta el interior del último habitáculo, tras comprobar que la dependienta no estaba mirando. La subió de pie al taburete cuadrado para bajarle los pantalones vaqueros, ceñidos, difíciles, a prueba de sexo…, pero él no tuvo problema alguno, porque no eran unos pantalones a prueba de cantantes guapos. La besó entre las piernas mientras Lía se agarraba al perchero, intentando no hacer ruido ni arrancarlo de la pared. A continuación,

Abel la ayudó a que se bajase y le dio la vuelta. Mientras la miraba, serio, a través del espejo del estrecho probador, la penetró a pelo, sin condón y con urgencia. ¿Estaban dando un paso más en lo que demonios fuese aquello?

Él no paraba de decirle que la deseaba, que le ponía a mil, que no había dejado de pensar en ella y que la había echado de menos todos esos días. Con cada frase, una embestida. Ella apenas tenía voz para balbucir: «Y yo, y yo, y yo…», porque con cada empujón lo único que Lía deseaba era gritar de placer. Abel la estaba penetrando con fuerza, pero se tomaba un descanso después de cada embestida, como si quisiera amortiguar el sonido de la carne contra la carne. Lía se sujetó de nuevo al perchero para no perder el equilibrio. El ritmo cada vez era más veloz, los empujones más fuertes. Estaba a punto de gritar sin cordura cuando Abel le tapó la boca con una mano. Lía sintió que estaba a punto de desfallecer. Y mientras tanto pensaba en lo violento que era follar con ganas y con deseo. En lo excitante que era hacerlo así, como si el mundo se acabara. Parecían dos animales en celo. Se moría de ganas por ponerse a cuatro patas, pero no había espacio.

Mientras Abel se vació totalmente dentro de ella, Lía pensó que le daba exactamente igual que entrase en ese momento la dependienta, una clienta o un guardia de seguridad. Solo tenía ganas de aullar. Ni siquiera se dio cuenta de que le dolían las palmas de las manos de agarrarse al perchero.

El dolor y el placer a veces no entendían de fronteras. Sobrepasar sus límites le resultaba sexy. Abel le estaba pellizcando fuertemente los pezones. Antes le había mordido dentro del muslo, cerca de la

vulva. Aquel cardenal, aquel sello estaría ahí durante semanas. La había marcado como se hacía con los animales de granja.

Ella no había podido correrse, pero había disfrutado como nunca, o como siempre. No le había hecho falta soltar todo lo que tenía dentro, explotar. El sexo en las mujeres duraba mucho más que un orgasmo. Cada embestida, cada mordisco, cada caricia, cada vello de punta, cada lametón en el clítoris, cada soplido en el cuello era una fuente de placer indescriptible.

Abel no había dejado de emitir gruñidos que venían desde dentro, desde lo más profundo, pero en ese momento se estaba reprimiendo porque dos chicas habían ocupado el probador vecino y estaban diciendo algo de una camiseta que era «lo más». Y ellos quietos, congelados como si formasen parte de una misma estatua, una de esas del Museo del Prado… ¿Dido y Eneas? ¿Dafne y Apolo? ¿O eran Venus y Marte?

Lía recordó entonces una de sus visitas guiadas a la pinacoteca en la que le explicaron que Venus, diosa del amor, estaba casada con Vulcano, pero se enamoró perdidamente de Marte, el dios de la guerra. Se amaron en secreto hasta que Vulcano, que estaba seguro de que su mujer lo engañaba, mandó tejer una red invisible y la colocó en el lecho. Cuando Marte y Venus se dispusieron a hacer el amor, la red invisible los atrapó y pudo descubrir su traición.

Lía se preguntó si habría alguna red debajo para protegerla del golpe, porque quería saltar. De pronto decidió que sí, que se atrevería por primera vez en mucho tiempo, porque sabía que Abel sí estaba ahí. Y en ese pequeño probador sintió que los miedos se disipaban, que podía sacudirse todo lo que le sobraba: las cargas, los temores, los pánicos, los ecos, la nada, el abandono… No tuvo

dudas, Lía iba a lanzarse con todas sus fuerzas. Estaba empezando a creer que sí, que aquella vez no tenían por qué hacerle daño.

Pasaron las horas, los chorizos a la sidra, el sexo duro en el probador, los paseos cogidos de la cintura, las risas. Eran más de las siete, la hora en la que Abel debería haber cogido el tren de vuelta a Valencia, ese tren que se iba a ir sin él. Y todo por pasar más tiempo junto a ella.

Él le dio un beso en el cuello, porque había notado que eso a Lía le encantaba…, que la excitaba mucho. ¿Empezaba a conocerla más? Frente a ellos, el templo de Debod. La luz del sol caía sobre Madrid. Los ocasos siempre ayudaban a los amores que comenzaban. La silueta del templo egipcio del siglo II antes de Cristo dibujó un contraluz precioso. Ella, como anfitriona, había recurrido a un clásico. Aquel lugar junto a la plaza de España tenía algo mágico. Fue donado a España por el gobierno egipcio para evitar que se inundara tras la construcción de la gran presa de Asuán. Y lo curioso es que fue trasladado hasta Madrid y levantado de nuevo en su ubicación actual, piedra a piedra. Igual que se construían las relaciones. Era evidente que allí había energías. De hecho, el sitio donde ambos estaban sentados era en realidad la montaña del Príncipe Pío. Mucho antes de que llevaran hasta allí el mamotreto egipcio en 1972, aquel mismo lugar fue el escenario real del fusilamiento retratado por Goya, ese famoso y triste 3 de mayo. Ese mismo día de 1808, las tropas de Napoleón fusilaron a los sublevados del alzamiento que se había producido un día antes. Mataron a más de cuarenta madrileños en esa montaña. Y a muchos más en otros tres lugares diferentes de la ciudad.

Lía le contó toda esta historia a Abel, que la miraba con mucho interés. Cuando terminó el relato que había aprendido en un tour que hizo al llegar a la ciudad, años atrás, él guardó silencio, sin dejar de observarla. Y añadió:

—Eres un bombón. En serio, eres… tremenda.

Lía se ruborizó. Abel sacó una foto al templo, que estaba a contraluz sobre un fondo rojizo. Y antes de subirla a Instagram, Lía se lanzó al vacío definitivamente:

—¿Me etiquetas y la comparto?

Y Abel no pestañeó siquiera.

—¡Por supuesto!

Ambos entendieron lo que aquello significaba…

Nueve líneas punteadas de sol entraban por la ventana a través de la persiana, iluminándole el rostro. El reloj marcaba las ocho de la mañana. Lía se dio la vuelta en la cama, que aún olía a sexo. Abel se acababa de marchar. Su tren salía a las nueve y pico de la mañana. Le había dicho adiós desde la cama, con el pelo revuelto y las piernas entumecidas. Esta vez no se había levantado hasta la puerta ni le había visto desaparecer en el puto rellano de la escalera. Adiós otra vez, pero Lía no se lo había dicho con miedo en esta ocasión. Era la tercera vez que acababan los dos en su casa y no había sentido ese vacío, ese pavor al verlo marchar.

—Te escribo luego, en el tren —le había dicho él, con naturalidad.

Fue tan familiar en su manera de hablar que se quedó tranquila. Porque iba a continuar escribiéndole. No tenía ninguna duda. La primera fase, la del no saber, la de las dudas y la del enganche, esa

había que superarla ya. Le había prometido que le escribiría, siempre lo hacía, pero también era la primera vez que ponía una fecha para volver a verse. Y eso a Lía le calmó el alma. Abel y su grupo tenían tres bolos, así como una minigira que lo tendría ocupado… y lejos.

Lo más probable era que estuviese rodeado de chicas locas por follarse al cantante sexy. Lo entendía, a ella también le había pasado lo mismo. Pero esta vez era diferente, estaba dispuesta a dejar de pensar en eso porque el último concierto lo tenían en Madrid y él le había hecho una propuesta firme. Le había dicho alto y claro:

—¿Me guardas un sitito ese finde en esta cama? Me está empezando a gustar dormir aquí…

Para eso faltaba casi un mes, pero era una promesa. Eran planes. Abel iba a pasar ese fin de semana entero con ella en casa. Se lo había pedido, se lo había asegurado. Él estaría allí con su maleta y su cepillo de dientes; tal vez le pediría que le dejase una percha, también la plancha y que hiciesen el desayuno juntos. Lía soñaba con jugar a las casitas. Lo vería comiéndose sus cereales con leche de soja. Algo había cambiado en Abel. Antes de irse le había dicho:

—Pórtate bien en este tiempo.

Y ella se dio cuenta súbitamente de que ya no tenía ganas de quedar con Álvaro, ni hablar. Ay, Álvaro, siempre disponible, siempre a mano. Es curioso cómo las mujeres suelen ser fieles cuando están enamoradas de alguien, aunque ni siquiera sea su pareja. «¿Qué somos, Abel?», le habría encantado preguntarle. Pero esa era otra premisa que Lía debía mantener a rajatabla o su amiga Carmen nunca se lo perdonaría: estaba prohibido hacer esa pregunta, jamás…, aunque se hubiesen pasado toda la noche follando, hablando y riendo. Sin embargo, la pregunta había estado

sobrevolando todo el rato por el techo de la habitación durante esa noche. Fue Abel el que quiso saber más:

—Oye, tú ya sabes que estuve años viviendo con mi pareja…, pero ¿y tú? No me has contado mucho… ¿Has tenido pareja, Lía? ¿Cuál ha sido la relación más gorda que has tenido?

Y Lía se quitó las telarañas del pecho y le contó a Abel la historia más importante de su vida hasta entonces. La relación más intensa que vivió, que más amor le robó. Justo la relación que nunca fue…

26

Ismael
4 de enero de 2012-27 de febrero de 2014

¿Quién había inventado aquello de que las mujeres eran las despiadadas, las más calculadoras, las más frías en el amor? ¿Era tal vez porque siempre fueron ellos los que escribieron los poemas o los que compusieron las letras de las canciones y encontraron quienes las cantaran? ¿Por qué funcionaban más y mejor las historias de desamor si la mala era la chica?

Hasta que conoció a Ismael, Lía solo había tenido una vez la sensación de estar enamorada hasta las trancas. Y fue con su primer amor, Mateo. Las otras historias que había vivido habían sido menores. No había sufrido por amor, ni por abandono, ni por indiferencia. Sí, quizá solo se enamoró esa primera vez y en las otras no tenía ni idea de lo que había llegado a sentir por el otro. Pero desde luego no era amor.

«Si tienes dudas, es que no hay dudas», le decía siempre su madre. Lo que no había experimentado hasta entonces era el dolor o el daño. No había amado sin ser correspondida. Tampoco había querido a una persona que se hubiese aprovechado de ella. Lía no supo cuánto daño podía hacer un tío… hasta que llegó Ismael a su vida.

Aquella historia comenzó mientras trabajaban juntos. Ella, redactora. Él, fotógrafo. Ismael no tenía un carácter fácil. Era obstinado, exigente, huraño, serio, correcto… y muy guapo. Le apasionaba su trabajo, todo lo que encuadraba con esos increíbles ojos azules.

Trabajar con él era complicado, pero Lía comenzó a pensar que Isma era distinto cuando ella estaba delante. Es más, creía que ella le haría cambiar. Algo peligroso, porque era el primer paso para engancharse a otra persona. Aunque no se equivocaba del todo, él se relajaba cuando estaban juntos y no intentaba tener todo bajo control. Con ella, delegaba. Estaba más tranquilo con Lía a su lado. Con ella sí sabía trabajar en equipo; es más, hacían un muy buen equipo. Ismael sonreía con mayor frecuencia si estaba ella delante…, y definitivamente sonriendo era aún más guapo. Pero a Lía le pilló de sorpresa el hecho de que las personas no cambiaban nunca, a pesar de sus encantadoras sonrisas y sus ojos de mar.

De pronto empezaron a poner excusas para cubrir los eventos juntos. Miraban la pizarra del *planning* y se las ingeniaban para coincidir siempre. El amor se hizo muy poco a poco, impensable al principio, sigiloso. Era de esos que iban a un ritmo distinto, invisible.

—Te metí el retrovisor del coche hacia dentro… Vaya, dónde has aparcado hoy, ¿eh? En toda la curva… ¡Fatal, Lía, fatal!

Lía se fue dando cuenta poco a poco de sus mimos. Su condescendencia le divertía. Se percató de las miradas. Le empezó a ahogar su presencia, la voz suave. Le abrumaba que él supiera cómo quería el café: solo, americano, en vaso y no en taza, con dos sobres de sacarina y un vaso de agua aparte. Cuando un día Ismael se

adelantó y pidió ese café por ella, Lía supo que sentía algo por él. Y fue consciente de que estaba entre aterrada y feliz.

—A ver, deja que pruebe la luz contigo.

Ismael le pedía que se colocara en el lugar donde en pocos minutos aparecería el futbolista de turno. Descargaba entonces una ráfaga de miradas a través de la cámara, comprobaba la luz, o lo que fuese que estuviese haciendo, y, sin mirarla, añadía:

—El rojo te queda muy bien, Lía.

Un día pasó por detrás de su ordenador sin que él se diese cuenta. Ismael estaba viendo en pantalla grande las fotos del Facebook de Lía, quien siguió su camino con el corazón palpitando a mil por hora. Lo que sentía ya era algo físico. Le faltaba el aire y también notaba una presión en el pecho. Detectaba siempre la presencia cercana de Ismael por su olor. Siempre era el mismo, le delataba. Ese olor que desataba todos los procesos químicos del cerebro de Lía.

Su conexión era cada vez más magnética y despiadada. Se vestía para él, a menudo de rojo, esperando que volviese hacerle otra foto de prueba. Pero además se empezó a tomar la licencia de tocarle la mano al ir a coger algo de la mochila. Le divertía lanzarle indirectas al aire sobre otra gente que vivía amores inconfesables o sobre la imposibilidad de la amistad entre hombres y mujeres. Cuando tenían que comer fuera, pedían platos para compartir. Se aprendían los gustos del otro. Recordaban todas las conversaciones comunes y convergentes, tampoco olvidaban los comentarios que hubieran pasado inadvertidos para cualquiera. Se entendían al mirarse, no les hacía falta hablar para acordar cuál sería la mejor localización donde montar el set de una entrevista, fijarse en que entraba demasiada

luz por una ventana o ser conscientes de que el entrevistado tenía el cuello de la camisa mal puesto.

Lía disfrutó todos y cada uno de los momentos en los que se amaron en silencio, sin confesárselo. Esos instantes en los que jugaron a que nadie a su alrededor se enteraba de lo que estaba pasando. Se divirtió como una niña traviesa, incluso cuando estuvo asegurándose de que Ismael no tenía nada serio con otra chica de la que había oído hablar (por cierto, nunca a él). No, seguro que no había nada entre ellos, que solo estaban ella y él. Los dos.

—Lía, nos han felicitado por el reportaje del otro día —le dijo Isma una tarde cualquiera—. Formamos un buen equipo, ¿verdad? ¿Sabes? A veces creo que…

Les interrumpieron. La frase se quedó congelada y ella se sintió a punto de desfallecer. ¿Iba a decirlo? Estaba cansada de esperar. Así que Lía pasó a la acción cuando volvieron a quedarse solos.

—Creo que tenemos que hablar.

Quedaron en el barrio de Los Bermejales, en un bar neutral. Una urbanización nueva en la que a cada paso había una cafetería o un bar de copas. Una zona franca. Un terreno desconocido para ambos donde no pudiesen encontrarse con nadie haciendo las últimas compras de Reyes. La conversación no se demoró demasiado. Lía recordaba a trozos aquel intercambio de secretos y verdades. No importaba quién había dicho cada frase, todas tenían valor. Cada una de ellas caía como en una cascada.

«¿Desde cuándo sientes esto?».

«Yo no sé cómo me di cuenta, pero ya no podía pararlo».

«Siempre hacemos por trabajar juntos, ¿verdad? Nos conocemos tanto».

«Es que cada día es más fácil ir al periódico si te voy a ver, si voy a estar contigo».

«¿Crees que alguien se ha dado cuenta?».

«Es imposible que nadie más vea lo que nos está pasando».

«Pero ¿es verdad entonces?».

«¿Por qué llevamos sin decirnos esto tanto tiempo?».

Cada frase parecía sacada del diálogo de una serie, pero eran reales. Así que pagaron las cervezas y salieron de la zona franca sin cenar. En las trincheras de la realidad, en plena calle, se dieron su primer beso. Se olieron de cerca por primera vez. Se abrazaron sin tregua en aquella guerra de sentimientos comunes, entremezclados y nuevos. Se miraron a un palmo y se sorprendieron de lo equilibrado que era todo mientras las bombas de lo nuevo y lo desconocido caían alrededor. Se cogieron de la mano y decidieron no frenar hasta llegar a casa de Lía, a su cama, a sus sábanas, aprovechando que sus padres se habían ido a esquiar y habían dejado a Lía en Sevilla para salir con sus amigas.

Lía no le preguntó nada sobre la otra chica. No era su problema, ni su lucha. No le molestaba, porque era verdad que existía, pero en ese momento no había nadie entre los dos. No podían parar lo que allí había comenzado. No le preguntó nada porque sencillamente no le preocupaba. No merecía la pena.

—A la vuelta de las vacaciones veremos qué ocurre, ¿no, Lía?

Esto le preguntó Ismael besándola mientras se desnudaban, mientras la ropa caía haciendo un puzle sobre el suelo. Lía también estaba recomponiendo las dudas que había tenido cada noche, durante meses, en aquella habitación donde se había pasado toda su infancia.

En un principio, no consiguieron encajar, pero no les importó. Les costó moverse con soltura en su cama individual. Cuando el amor era tan potente a veces ocurría eso. Pero para Lía eran nervios, no algo premonitorio. Después de un rato de besos, caricias, miradas eternas, después de abrazarse y olerse, Isma por fin la penetró despacio, con calma, con curiosidad y respeto. Como quien tanteaba en la oscuridad, más torpe al principio, pero más seguro después. Siguieron abrazados un buen rato más y hablaron de todas aquellas veces en las que se dejaron mensajes sin saberlo, en las que se dijeron esas cosas que nunca se decían, en las que se revelaron todo aquello que esa noche sí se atrevían a contarse, sin miedo alguno, sin tapujos ni prohibiciones. Hablaron durante horas, durmieron un rato y no dejaron de acariciarse. Él se marchó casi al alba. Lía pensó en la suerte que habían tenido de que sus padres se hubiesen ido de casa. Entonces escribió a Rocío, que sí lo sabía todo, porque para las demás su amor por Isma aún era un secreto: «Vas a flipar. Acaba de irse de mi casa». Se sentía la mujer más feliz del mundo, se notaba tan inmensa que temía caerse por alguno de los lados de aquella cama que aún olía a su colonia. Supo que cada mañana, durante un tiempo, tendría la sensación de que las sábanas olerían a él… Maldito ese olor del recuerdo, que nunca la dejaba en paz.

Se habían encontrado por fin en un camino común, pero las cosas a veces no eran tan sencillas. La vida entre dos era más difícil. Las decisiones compartidas corrían el peligro de separar a quienes las tomaban. Tal vez no se entendieron demasiado bien aquella noche o hablaron idiomas distintos. Porque tras el fin de semana de Reyes, no vino nada nuevo. Al siguiente lunes se encontraron en el trabajo

y se miraron como siempre. Bueno, tal vez como siempre no, sino con una nueva, súbita y despiadada información con la que antes no contaban: sabían que se querían.

Lía cayó en el segundo error de su vida. El primero fue amarlo. El segundo, no decirle nada más. No le exigió nada por miedo. No se plantó ante él y le pidió explicaciones. Tenía pavor a que la rechazara con palabras, aunque ya lo hubiese hecho con los gestos. Él no dijo ni hizo nada. Sí, siguió con aquella chica con la que salía y no se habló nada más. Esa chica que siempre supo que existía, que estaba ahí.

Lía cometió la equivocación que cometían todos los enamorados, la de suponer por la otra persona o rellenar los huecos incompletos de las conversaciones que no se tenían. Así construyó su relación o no relación con Ismael, porque se convenció de que él estaba intentando romper con la chica aquella, pero que era complicado. Él era bueno y no le resultaba fácil dejarla en la estacada, aunque otra mujer, ella, estuviese esperando una respuesta. Era la primera vez que no la elegían, y no supo entonces que eso le ocurriría muchas más veces en el futuro.

Pasaron algunos meses y Lía siguió queriéndolo igual, o más. Le bastó con lo vivido. Se conformó con una noche y con el silencio que trajo consigo. De nuevo, compartieron días de trabajo, él continuó pidiendo el café raro para ella y ella posó siempre para que él calibrara la luz de la cámara y el encuadre. Y siguieron aparcando en la misma acera para caminar unos cuantos pasos juntos hasta que cada uno tomaba su camino.

Lía decidió entonces que podía ser menos doloroso dejar de amar al hombre para empezar a querer al amigo. Y le preguntó por ella. Por la chica. Abrió las vedas que estaban absolutamente cerradas y los cotos prohibidos en los que ninguno había sabido moverse con soltura. Pero Lía sacó esa naturalidad que siempre había tenido para empezar a normalizar todo aquello.

Él no movió un dedo. Lía se empezó a acostumbrar a esa situación de quererlo sin esperar nada más. Tal vez era más fácil amar sin ser correspondida… Tal vez se conformaba con que Isma fuese un cobarde y no la eligiese a ella. Todo fue bien, o eso era lo que pensaba. Lía pudo encajar un derechazo, los vio besándose un día en que coincidieron los tres en un cumpleaños, alguna vez tenía que pasar. Ese puñetazo se lo esperaba y los golpes que no pillaban de sorpresa dolían menos. Los que más escocían eran los desprevenidos… Después de besarse con su chica, él agachó la mirada y se hundió en su cerveza, como si hubiese hecho algo horrible. Y es que realmente lo era. Aunque esa noche lloró en el taxi, de vuelta desde aquel bar de La Alameda, a Lía le bastó ese gesto para darse cuenta de que Ismael estaba avergonzado. De algún modo, le estaba dando la razón. En el fondo, ella era la primera, aunque estuviese besando a otra.

Hasta que Lía conoció a alguien que le gustó lo suficiente para empezar de nuevo.

—He conocido a un fisio monísimo… La cosa va bien, oye, y masajitos gratis.

Lía lo contó en voz alta en la redacción para que Isma lo escuchase y liberarse de la culpa que sentía. Él en un principio se rio con aquella ocurrencia de su compañera. Pero enseguida se le agrió

el carácter y empezó a hablarle mal. Lía no entendía la conexión entre una cosa y otra, incluso fue incapaz de asociar que los malos humos de Ismael tenían que ver con ella y con su relación con el fisioterapeuta guapo con el que quedaba un par de veces a la semana.

Lo supo más tarde, porque él mismo se encargó de decírselo. Con algunas copas en el cuerpo, le reprochó cosas del trabajo, tuvieron una discusión subida de tono a punto de entrar en la discoteca Caramelo, delante de todos sus compañeros, que no entendían nada, y Lía se dio cuenta de que tenía un ataque de celos. Un ataque de celos porque ella, la mujer que le había querido durante año y medio, la mujer que esperó una respuesta, esa, esa misma mujer que le había confesado cuánto le amaba, había tomado por fin las riendas de su vida.

Y no le llegó a contar que lo suyo con el fisio no había funcionado. Que dejó de cogerle el teléfono y contestarle a los mensajes cuando una noche Lía notó cómo una lágrima resbalaba por la sábana. Estaba en la cama con un chico maravilloso y lloraba porque no era Ismael. No pudo curarla aquel chico que parecía sacado de una revista y que le hacía el amor como nadie, con cariño, experiencia y deseo. Ese fisioterapeuta con la fuerza perfecta, capaz de penetrarla mientras le susurraba sus planes al oído, él, que sí que contaba con ella. Así que prefirió seguir con su duelo sola.

Intentó otras estrategias con Ismael, como no volver a dirigirle la palabra. Le daba igual que le preguntaran qué había pasado entre ellos. Le evitaba, le contestaba con monosílabos, se pasaba ocho horas sin cruzar con él ni media sonrisa. Lía encontró la fórmula perfecta para odiarlo, discrepar en todo en lo que antes sí coincidían.

Si él pedía tal entrevista, ella decía que no podía hacerla, que tenía que regresar pronto o tarde, lo que mejor le viniera. Le castigaba con cambios de última hora. Le torturaba pidiendo otro compañero que no fuese él. Trastocaba su trabajo para joderle la vida. Pero de lo que no se daba cuenta la inconsciente de Lía era que el odio no era sino otra forma de seguir amándolo. Y se cansó de ese juego, porque Lía sabía que no le proporcionaba la paz que necesitaba. De hecho, empezó a sentir cierta indiferencia cuando pasó algo que lo cambió todo.

Se encontraba en una de esas noches eternas de juerga en el paseo de Colón y, de pronto, sonó su móvil. Era una amiga de la redacción, una buena amiga que sabía más de lo que ella hubiese deseado. Le pareció tan raro que llamase que lo cogió.

—Lía, Lía, ¿dónde estás? ¿Con quién estás?

—Estoy aquí, en Colón, ¿qué pasa? ¿Qué ha pasado?

—Lía, ¿has bebido mucho? ¿Estás con gente?

La voz al otro lado del teléfono sonaba tremendamente desesperada. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué había ocurrido? ¿Qué era tan importante un sábado a las tres de la mañana? ¿Por qué era tan crucial que estuviera acompañada y que no hubiera bebido demasiado?

—Lía…, es Isma.

Algo le golpeó el pecho, algo parecido a un cañonazo. Lía se sorprendió de lo rápido que era el cerebro o el corazón. Clavó la uña en el interior de la oreja para hacer vacío y poder oír en aquella discoteca donde sonaba una canción de Marc Anthony.

—¿Isma, qué? Por favor…, no.

—Lía, nos acaban de llamar unos amigos. Ha tenido un accidente con la moto. Está mal.

Todo lo que ocurrió a continuación se mezcló en su memoria: las imágenes, los sonidos y los recuerdos. Parecía una película. Ella se derrumbó, solo sabía que lo habían llevado al hospital, pero nada más. Se echó a llorar, con una pena inmensa. Al menos estaba con su pandilla de siempre, menos mal que sus amigas la arroparon, la sacaron de la discoteca, la sentaron en un bordillo mientras empezaba a clarear y se reflejaba la luz del alba sobre el río e hicieron las llamadas que ella no era capaz de hacer… Para Lía aquella noche se quedó para siempre en una especie de nebulosa extraña.

Del parte médico se enteró más tarde. Una herida muy fea en el costado, contusiones, dos costillas rotas, los huesos de la pierna derecha machacados. En un principio pensaron que perdería la movilidad para siempre, pero después fueron más optimistas. Necesitaría mucho tiempo, paciencia, fuerza y amor. Todo dependía de una dura rehabilitación. La persona que más amaba en el mundo en aquel momento iba a pasar por uno de los trances más duros de su vida sin que ella estuviese dentro.

Isma desapareció del mapa durante un mes, no cogía el teléfono a nadie de la redacción. A nadie…, menos a Lía. Fue la única persona con quien habló. Ella estuvo ahí siempre, no porque necesitara oír su voz, sino porque estaba absolutamente convencida de que él la necesitaba a ella. A veces, descolgaba el teléfono y solo oía su llanto a través del auricular. Con ella, Ismael se desahogaba, pero Lía no

sabía si era por amor o por amistad. Tenía ganas de verlo para abrazarlo, pero él no quería que nadie lo viese. Deseó confesarle que su amor estaba intacto, que había vuelto a florecer de nuevo. Se sintió más sola que nunca en el trabajo, nadie, ni siquiera su compañera que lo sabía todo, podía entender por qué tenía ganas de llorar cada vez que pedía el café. Su amor era silencioso y secreto. Ismael era la única persona que podría haberla comprendido. Sus buenas amigas de toda la vida se limitaron a estar a su lado, no preguntaron porque sabían que Lía necesitaba su espacio, su duelo, su silencio y gestionarlo ella sola. Ella era así. O se contenía o explotaba.

Ya ni siquiera le importaba que siguiese saliendo con aquella chica porque sentía que Ismael también le estaba dando su lugar, aunque fuese al otro lado del teléfono…, y eso, por ahora, seguía bastándole. Sí, así continuaba su relación con Isma, dos años después de que todo empezara… Aunque Lía sabía que esa historia aún no había terminado.

27

Los tres bolos que tenía Abel se le hicieron interminables a Lía. Se prometió a sí misma que no miraría fotos, etiquetas de Instagram, ni horas de conexión. Que no pondría fotos para darle celos o para desatar sus comentarios. Le costaba la vida misma reprimirse. «¿Por qué hacemos eso? —se preguntaba—. ¿Por qué la mayoría usamos las redes sociales para que alguien en concreto las mire?».

Para Lía, un like de Abel en una de sus fotos, de sus comentarios o de sus historias actuaba de calmante. «Ahí está. Ahí sigue. Le importo. Está pendiente»… Se escribían, sí. Abel seguía alimentando el enganche de Lía con mensajes, fotos, recuerdos… Con alguna que otra llamada… Pocas. Siempre estaba corto de batería.

—Yo es que no soy muy de hablar por teléfono, Lía.

A veces practicaban sexo online. Se grababan vídeos y se los enviaban. Lía se corría como si él fuese quien le estuviera introduciendo los dedos, acariciándole los pechos o el clítoris. Nunca le había gustado hacer esas cosas vía móvil, pero era increíble el poder que Abel ejercía sobre ella. Temía cortarle el rollo o decepcionarle, así que accedía. En algunas ocasiones, cuando terminaban y se decían adiós, a Lía le invadía una nostalgia terrible. La distancia era una putada. Y el sexo, una forma de mantenerlo atrapado.

Los días en que Abel tenía los conciertos, ella apagaba el móvil y hacía como si se hubiese ido pronto a la cama. Se imaginaba de

todo y nada era bueno para ella, aunque él le mandara un selfi o le escribiera a las cinco de la mañana.

Notaba que se cabreaba más a menudo. Su humor cambiaba en función del caso que le hiciese Abel. Si desaparecía tres días, Lía tenía un humor de perros, estaba triste y no quería quedar con nadie y mucho menos chatear con sus amigas sevillanas, porque le preguntarían por él y tendría que mentir. De hecho, se dio cuenta de que cada vez participaba menos. No quería leer sus avisos y advertencias: «Lía, es como todos. Ya se está cansando de ti», «Se estará follando a más de una», «¡Es cantante, tía! ¿Qué esperabas?». A veces le resultaba difícil aceptar esos comentarios que ella misma haría a las demás si se estuviesen liando con un cantante guapo que vivía además en otra ciudad. Le hacían daño, pero no tenían la culpa, realmente no sabían el infierno en el que Lía se había metido. Ella solita.

Pero de repente Abel reaparecía y le mandaba una foto de algo que le recordaba a algún momento que habían pasado juntos. Le hacía comentarios cariñosos, sutiles. O, de pronto, subía la letra de una canción y la etiquetaba a ella, delante de todos. Y entonces recuperaba el humor, y le apetecía contarlo, y se sentía la persona más poderosa del mundo. Su vida dependía de Abel y del caso que le hiciese. Y se estaba volviendo loca. Así que hizo lo que tenía que hacer y reanudó otra vez sus quedadas con Álvaro, el sustituto buenorro.

28

Álvaro
15 de febrero de 2017-21 de abril de 2018

Le habían dicho que venía un chico nuevo a sustituir a un compañero que estaba de baja. Todas en la redacción pensaron lo mismo:

—Joder, podría estar bueno…

Aunque lo más seguro era que el sustituto fuese un friki joven y futbolero con espinillas. Pero no. Los deseos del escaso grupo de mujeres del periódico se cumplieron: el sustituto estaba bueno, muy bueno. Alto, ancho de espaldas, moreno, con pelazo, labios preciosos, mandíbula cuadrada y ojos ligeramente hundidos hacia dentro, que hacían que su mirada tuviese un halo misterioso. Rocío, la inteligente del grupo, decía que las personas con un pequeño, mínimo, toque de estrabismo resultaban siempre muy atractivas.

Lía mandó presurosa un wasap a las chicas para contarles novedades.

Joder, nenas, qué bueno está el nuevo! 🔥 17:32

Rocío

Qué nuevo??? 17:32

El sustituto, el sustituto buenorro

que ha

pisado la redacción para darnos un

poquillo de vidilla, jajajaja 😈 17:32

Así se quedó, con ese nombre. Siempre lo hacían desde que Lía se fue a Madrid: ponían motes a los chicos para que todas lo recordaran. Si eran motes duros, jocosos o despiadados, mucho mejor. Mejor hacer daño a que se lo hicieran a ellas. Solidaridad femenina. Tenían toda clase de ejemplos: «El otro día me encontré con pene doblado», «A mí me ha escrito el vecino pesao», «¿Sabéis quién ha vuelto a aparecer en mi vida? El casado cabrón»…

Con este último precisamente Lía había empezado la ronda de motes. El casado cabrón fue eso, un casado cabrón. Lo conoció en La Posada de las Ánimas casi al terminar la noche. En la planta de arriba, donde acababan las veladas más sórdidas, donde se guardaban los secretos. Se miraron en la discoteca y se sonrieron. Él ladeó la cabeza, señalando hacia la puerta. Una vez fuera, se besaron. Amanecía en la calle Lagasca. Perdieron el pie y sin dejar de besarse se tambalearon hasta encontrar apoyo y refugio en una cabina de teléfonos. En aquel momento a Lía le hizo gracia que siguieran existiendo. Con el ajetreo descolgaron el auricular y sonó fuerte contra el cristal. Rieron a carcajadas. Siguieron besándose y apretando sus cuerpos contra la cabina.

—Vamos a tu casa, vamos a tu casa —le dijo aquel tipo con un lunar junto a la boca.

Lía no se lo pensó. Veinte minutos después se estaban quitando la ropa. Después de follar, Lía se dio cuenta de que no sabían sus nombres.

—Oye, somos un desastre. No nos hemos dicho cómo nos llamamos.

—Hay algo más que no te he dicho, aparte de mi nombre.

—Ah, ¿sí? ¿Qué?

—Que estoy casado.

Lía jamás supo cómo se llamaba el casado cabrón. No se lo preguntó, sino que le invitó a que se fuese de su casa. No lo echó porque tuviera mujer, ya se había acostado antes con tíos casados o con tíos con novia… Lo que no soportaba es que la engañaran. Y que además lo hiciese con tal sensación de impunidad. Lía lo tenía claro:

—Si estás casado, lo dices antes. Y así jugamos, pero sabiendo a qué.

—Tienes razón —dijo al vestirse—. Si quieres te digo mi nombre…

—No hace falta, ya te he puesto uno.

Otro del mismo estilo fue el calvo mierda. A él lo conoció en Pamplona durante los sanfermines. Era un amigo de amigos que estaba de despedida de soltero. En efecto, Lía tendría que haber salido corriendo, pero en aquella época de su vida solo quería rellenar casilleros, conseguir quesitos de colores, colgarse medallitas o, simplemente, tener cosas divertidas que contar al día siguiente. O, por ejemplo, recordar veinte años después que echó un polvo en un cajero de Pamplona, con la nostalgia de tiempos pasados y locos.

Lía lo conoció vestido de blanco, manchado de vino, lleno de mierda y con ganas de sexo. Se besaron en los bares, se lamieron los restos de calimocho sobre la piel, se perdieron de sus respectivos grupos y se manosearon entre la muchedumbre que esperaba el concierto de Los Rodríguez en la plaza del Castillo.

En «el beso y una flor», él la miraba con esos ojos sucios que a Lía le hacían sentir la tía más deseada y única de aquella plaza abarrotada, en una ciudad que quintuplicaba su población en una semana. En la «rumba tarumba», se pegó a ella haciéndole sentir su pene erecto, diciéndole guarradas al oído. En «acuarela» se metieron mano por debajo de la ropa mientras bailaban agarrados como si fueran chavales de instituto. Pero en el «comerranas» se soltaron y él se marchó a pedir algo, acompañado de dos tías, vecinas de concierto, a las que iba a enseñarles dónde se podía mear en la calle. Lía se quedó sola. Después de cantar como una loca el «quiero tener tu presencia» y el «salta conmigo» («Dios, cuántas canciones me sé de estos tipos», pensó sin dejar de bailar un segundo), miró a su alrededor y se dio cuenta de que ese tío no iba a volver o, peor, iba a hacerlo habiéndose revolcado con alguna de aquellas chicas o con las dos. Así que escuchó el «chiquilla» alejándose de la plaza, de camino a la parada de autobús. Lo mejor era marcharse a casa y dormir algo para ver el encierro del día siguiente, que para eso entraban gratis y en primera fila, invitados por un apoderado de la plaza de toros. Sí, el mote del calvo mierda era el apropiado, porque tenía poco pelo, muchas entradas y una cara dura tremenda.

Luego, llegaron el profe sin culo, el camarero guapo o el barbita que pincha. Algunos motes eran previos al polvo, otros, posteriores.

Como el picha lápiz o el botellín. Abel al principio había sido el cantante sexy…, pero con el paso del tiempo cambió de rango, había escalado posiciones y ahora, simplemente, era Abel.

En fin, el sustituto buenorro se llamaba Álvaro. Cuando Lía lo vio pensó que ya tenía diversión para las próximas semanas. Se ofreció para contarle cómo iba todo. No tuvo pegas en eso de acercarse a él y tocarle ligeramente la mano para coger el ratón («uy, perdona»), ni en acompañarle adonde la gente fumaba, aunque ella aborreciera el tabaco, ni en decirle dónde estaba el cuartito, oscuro y discreto, de los fotógrafos. El sustituto buenorro era algo más joven que ella, luego supo que cinco años. Tenía pinta de empotrar bien. Era de Bilbao y los vascos tenían buena fama por algo. Podría haberle cambiado el mote después a sustituto empotrador, porque Álvaro la empotró tanto y tan bien que una vez incluso rompieron la cama. Para más información, la Neiden de IKEA. Claro, que por 39 euros qué se iba a esperar… Se partió por la mitad, destrozada por un polvazo. Le duró poco la Neiden, un asalto de Álvaro. Se divirtió tanto ese día, como muchos otros.

Con Álvaro estuvo quedando más de un año. Él no lo sabía, pero el sustituto buenorro fue sirviendo a Lía de bálsamo entre ausencia y ausencia del cantante sexy. Cuando Abel irrumpió en la vida de Lía para volvérsela del revés, ya llevaba un tiempo acostándose con Álvaro. Con él tenía una relación puramente sexual. No había sobresaltos. No había dramas. Se llamaban a cualquier hora y, si podían, quedaban, cenaban, hablaban y follaban. Sin más. No había líos, ni última conexión, ni «escribiendo…». Con él era con uno de los pocos que había repetido más de una noche.

Lía no lo supo entonces, pero tal vez su relación con Álvaro fue la más de verdad que tuvo en mucho tiempo. No era tóxico para ella. No la hacía sentir necesitada o sucia porque la llamara a las dos de la mañana y ella acudiese sin remordimiento adonde estuviese. No se daban explicaciones. Tampoco se las pedían. Lía le hacía un hueco en su cama si la llamaba borracho y caliente a las seis, después de una juerga y después de no haber pillado cacho. Se hablaban con sinceridad. «Uy, hoy no, Lía, que no me viene bien, que mañana madrugo». Y nadie se enfadaba. «Uy, Lía, estaba pensando en llamarte justo ahora». Ninguno se rebajaba. «Anda, ven tú, que no tengo ganas de salir de la cama». Y nadie creía que hubiera falta de interés.

Porque Álvaro era de esos tipos que no juzgaban a las mujeres a las que les gustaba follar tanto como a ellos. Con Álvaro no lo pasaba mal ante una negativa. No había fechas. No había un «cuándo nos vemos», ni agobios, porque sabía que habría una siguiente vez. Había confianza. Con él, Lía no se depilaba, no se maquillaba, no recogía su habitación desordenada, no se ponía las bragas monas de Oysho, porque ella sentía que a él le gustaba tal y como era. Sí, con las bragas color carne del Primark, del paquete de cinco. Habían quedado mil veces y no había tenido que hacer labores extras de seducción. Tan solo al principio, antes de llegar al nivel de follamigos. Con Álvaro follaba incluso con la regla.

Alguna vez durmieron juntos, y eso que a Lía no le gustaba. Se ponía los tapones para dormir. Le daba igual que la viera babear la almohada. Incluso una vez Álvaro se tiró un pedo. Y le divirtió. Si él roncaba mucho, Lía se levantaba, se vestía y se marchaba. Si estaban en la casa de Lía, ella se llevaba una manta al sofá.

—¿He roncado mucho? —preguntaba Álvaro, algo agobiado.

—Como un puto mamut —decía impasible ella.

Durante meses compartieron muchas cosas juntos por las que cualquiera habría puesto etiquetas, pero ellos aprendieron a no hacerlo y a no hablarlo. Se acompañaron en alguna cena, en convalecencias y hasta en una boda. Y nadie se agobió, ni huyó, ni desapareció. Probablemente no estuvo enamorada de él (por aquel entonces seguía a rajatabla su juramento), pero sí lo quiso mucho. Y nunca se lo dijo. A un follamigo no se le decía eso. Y fue una pena, porque él se merecía esa frase mucho más que otros.

El día que rompieron la cama, Álvaro fue a verla como otras muchas noches mientras Lía aparcaba a Abel en un ladito de su cabeza. El cantante sexy estaba en una ronda de bolos. ¿En Barcelona? ¿En Denia? ¿En León? ¿En Nueva Zelanda? ¿En Siberia? Ella estaba histérica, esperando noticias. Solo Álvaro la devolvía a la realidad. Así que disfrutó con el empotrador como nunca, o como siempre, y en una de las embestidas se hundieron al golpe de un crujido brutal. «¡Dios, la cama nueva!». Y se murieron de risa.

Lía no le contó más tarde a Álvaro que las tablas de la cama se acabaron convirtiendo en un huerto ecológico para tomates cherry de un amigo suyo, no le dio tiempo porque, unas semanas después de aquello, Abel le pidió exclusividad.

29

Hoy 1:17

Has respondido a su historia

Quiénes son estos bellezones???

Bueno,

el tío ese me sobra, jaja

Lía acababa de meterse en la cama. Miró el móvil, victoriosa. Abel le había hecho un comentario a una foto en la que ella estaba con sus amigas sevillanas en un concierto de flamenquito. Hacían lo posible por cuadrar agendas y acudir juntas cada cierto tiempo a un concierto, bien en Sevilla, bien en Madrid. Trataban de acortar las distancias siempre que fuese posible, hacer juntas alguna escapada. A veces, todas o solo las que pudiesen apuntarse. El grupito tocaba versiones de canciones de todos los tiempos. Eran cuatro chicos, como los Expresso Lovers. Y al acabar, Lía se acercó al cantante y le pidió que se hiciera una foto junto a ella y sus amigas. Clic. La había subido a propósito, pensando en Abel, en cuanto llegó a casa. Estaba harta de esperarle, de aguardar a que pasasen los bolos y regresase a Madrid. A la mierda. ¡Pum! Había disparado a matar. En la foto salían todas juntas, rodeando al solista. No era tan guapo como su cantante sexy, pero había surtido efecto. Abel había picado. Había mordido el veneno. Estaba segura de que le haría un comentario…

Hoy 1:17

Has respondido a su historia

Te hemos sustituido por otro, jiji

Puntos suspensivos… Pausa. Un momento. Abel estaba borrando el mensaje. De nuevo puntos suspensivos… Pasó otro rato y parecía que no terminaba de escribir.

Hoy 1:20

Has respondido a su historia

Pero… no serás capaz???

Bingo. «Abel está celoso», pensó Lía. Había escrito algo, pero se lo había pensado mejor y había rectificado, intentando parecer majo. Hasta dos veces había escrito algo que no convenía. Lía volvió a dar una estocada: «Ahora que espere un poquito… Ocho minutos, para ser exactos».

Hoy 1:28

Has respondido a su historia

Les he dicho a las niñas lo del concierto de Madrid y se apuntan. Lo van a flipar

Qué concierto habéis visto? Quién es ese?

Uf, no sé ni cómo se llaman… Tocan flamenquito

Nada que ver con nosotros, jeje

Vosotros (o tú) me gustáis mássssss
Hombreeeeee, por favor! Oye, tengo ganas de verte. Te mando una foto de buenas noches por el WhatsApp, va.

Lía minimizó la ventana de Instagram y se pasó rápidamente a la otra aplicación para abrir la imagen que Abel le había enviado. Estaba desnudo, empalmado. Miraba a la cámara del móvil mientras se mordía el labio, sujetándose la polla oscura. Ahora sí estaba en casa. Lía reconoció su habitación, por las fotos y vídeos que se habían intercambiado otras veces… Ella empezó a prepararse.

No me hagas estoooooo. Que estás mu lejooos! 1.31

Jajaja. Te lo has buscao 1.31

Lía contraatacó y se sacó una foto con un pezón al aire mientras se chupaba un mechón de pelo. Ahora iba a ser ella la que le pidiese

sexo online. No como siempre, no al revés.

Me has puesto burraco 1.31

Ella le contestó con el emoticono con corona de ángel. Él le envió una berenjena.

Qué buenísima que estás, hija mía
1:31

Cinco pajas NO son un polvo, y
eso es
lo que querría yo ahora. 1:31

Te comía a bocaos… 1:32

El cantante sexy últimamente se había aficionado a imitarle su peculiaridad andaluza en los mensajes… Abel le envió un vídeo. Estaba acariciándose el glande. Lía se puso en acción, colocó el móvil sobre la cama, se aseguró de estar en una postura sexy y se introdujo dos dedos en la vagina. Quería además que sonase todo, cuanto más erótico y sucio, mejor. «Pon el volumen alto, imagina que eres tú el que entra», le susurró Lía mientras se grababa para enviarle el audio.

Joder. Estoy malísimo 1:36

Yo estoy muy cachonda 1:37

Buuufff. Me encanta imaginarte 1:37

Y qué más te gusta de mí, Abel? 1:37

No es obvio? 1:39

El cantante sexy envió un vídeo mucho más largo. Abel había cambiado de postura, estaba de rodillas frente a la cámara del móvil, masturbándose. Iba cogiendo ritmo hasta que finalmente se corrió… Controlaba el semen para que ella lo viese bien, en primer plano, saliendo del glande a pequeños borbotones, mientras él exhalaba el aire por la boca con los dientes apretados. La cámara del móvil se desenfocó de repente. Lía le escribió:

Espera, un momento… 1:43

Ella se masturbó y se encargó de que quedase bien grabado. Gimió como si él estuviera allí. Comenzó con dos dedos, pero estaba tan mojada que probó con tres, como formando un racimo. Lía

empujó y empujó, su cuerpo se removía, y sintió algo que vino de dentro, como el magma. Estaba a punto. Entonces retiró la mano y notó caer una cascada de líquido transparente. Se desplomó sobre la cama mientras se grababa todo. Aún no había leído que Abel esperaba impaciente al otro lado.

Lía, bonita, mándame lo que estás haciendo 1:49

Estás ahí? No seas mala 1:49

Lía, te estás tocando para mí? 1:50

Lía estaba dispuesta a inocular el único veneno que tenía desde la distancia y, cuando le envió el vídeo, supo que Abel no tendría dudas y dormiría en su casa el siguiente fin de semana, cuando volviese a Madrid. Ya era suyo. Envió el vídeo y esperó la respuesta de Abel.

Lía, me vuelves loco. En serio. LOCO 1:52

Dime más cosas, qué te gusta de mí…? 1:52

Me encanta follarte y ver cómo
disfrutas
y te quedas sin voz con los gemidos
1:52

Qué más… 1:53

El veneno estaba entrando...

Y cuando te corres y lo mojas todo…
y
sonríes 1:53

Contigo me corro como hacía
tiempo
que no conseguía hacerlo, cómoda, y
caliente 1:53

Te creo 1:53

Hay gente que no me hace sentir
del
todo bien o cómoda 1:54

Y tú a mí. Me encantas, Lía. Eres una mujer maravillosa, difícil de encontrar 1:54

Te habrán dicho mil veces lo maravillosa que eres. Bueno, ya son mil
y una ;) 1:54

Abel, me haces sentir taaan sexy 1:54

Joder, es que lo eres. La última vez que
follamos me sentí afortunado a tu lado,
sabes? 1:54

Qué??? 1:55

Abel tardó unos minutos en volver a contestar. Lía estaba expectante y volvió a preguntarle.

Qué??? 1:55

Ahora más que follarte…, me encantaría hacerte el amor. Fuerte, suave, con cariño y guarrería 1:59

No me digas eso que me lo acabo creyendo… 1:59

De verdad te lo digo. Ahora mismo es lo que siento 1:59

A mí hace mucho que no me lo hacen. El amor, quiero decir. Pero probaría… Voy de chica dura, pero probaría, jeje 2:00

Eso se te nota 2:00

Ah, sí??? 2:00

Mmm. Un poco… 2:00

Es que es más fácil así, solo follar 2:00

Sí. Eso seguro. Pero como siempre
nos
acaba gustando más lo difícil… 2:01

Pues sí, porque tú me gustas, pero
es
difícil… 2:01

Claro. Y un poco suicida. 2:01

JODER!!! Iba a utilizar esa
expresión
2:01

Jeje 2:01

Miedooo 2:01

Química, también. Jajajaja 2:01

Iba a decirte que es como tirarse
por
una ventana 2:01

Nos hemos pisao. Hasta en eso coincidimos 2:02

Sí, en mucho, parece… 2:02

Bueno, bonita. Debo dormir algo. Me levanto a las 6 de la mañana 2:03

Buenas noches, cantante sexy 2:03

Buenas noches, chica preciosa 2:03

Descansa 2:03

Que descanses 2:03

Que no escribas lo mismo que yo!!!
Jajajaja 2:04

Eeeh. Para ya! No me copies! 2:04

Jaja, nooo, cuelga túúú! 2:04

Jajajajajajaja, besazo!!! 2:04

Un beso! 2:05

Le gustó saber que Abel se iba a la cama pensando en ella como algo más que un polvo a través de una pantalla.

30

Holaaaaaa, guapo! Preparando ya
tu
vuelta a la capital??? (Y a mi
camaaa???, jijiji) 12:38

Lía miró su móvil. Otra vez sin respuesta. Siempre la misma canción, la misma espera. Abrió el documento de su ordenador y continuó retocando un texto. Estar enamorada le inspiraba, se abría en canal y las palabras no paraban de fluir.

Esperas, esperas la respuesta de un mensaje. Lo has hecho, lo has mandado plagada de dudas, aterrada e ilusionada a partes iguales. Ya está.

Un gerundio.

ENVIANDO.

Ahora no hay marcha atrás, porque ya es un participio.

ENVIADO.

Y luego vuelves a esperar. Esperas paralizada mientras haces que te mueves, aunque tus manos estén dándote de comer, aunque tus pies caminen hacia el gimnasio, aunque te cambies de ropa, te subas a la bici o hagas pesas.

Haces como si no esperaras, pero te abalanzas con el corazón y las manos sobre la taquilla para buscar el móvil. No hay nada. Y

sigues esperando. No hay nada, aunque haya otros mensajes. Son de otras personas que estorban en esa espera. Los otros mensajes pueden esperar, pero el que no, el que sí esperas, no llega.

Tu cabeza busca excusas. Estará liado. Estará ensayando. Estará con una tía. No pasa nada… Descubres que no te importa que se folle a otra con tal de que vuelva a follarte a ti. Eso consume cada uno de sus besos: doscientos gramos de dignidad. Cinco extracciones de amor propio. Ochenta y dos centímetros cúbicos de autoestima.

Esperas, porque no tienes otra cosa que hacer, aunque el mundo siga girando, tú has decidido que vas a esperar. La espera como estado vital, como estado de ánimo, como estado civil… Esperante, esperadora. ¿Existen esas palabras? ¿Qué nombre recibe la persona que espera? No hay palabras para ese estado. Ni tampoco hay mensajes en el móvil.

Y tú sigues haciendo como que no pasa nada, que todo está en su lugar, cuando en realidad te pasa de todo y nada encaja. Él cambió todo de sitio hace unos meses. Te revolvió los cajones, te saqueó las venas, te secuestró las entrañas y te movió el asfalto bajo los pies. Eso hizo, sin que tú te lo curraras demasiado, más bien nada, como si lo merecieras. Pero ¿y esto? ¿Lo mereces acaso? ¿Qué has hecho para obtener tanto silencio?

¿Dónde estás, Abel?

Han pasado ya cinco días y sigues en silencio. Autoexcusas, mentiras ante tus amigas que te preguntan por él. Y empiezas a cambiar. Esperas sin esperanzas. Miras el móvil. Joder, lo ha leído ya. Ya sí. Empiezas la segunda fase, esa en la que haces planes de lo que NO harás. Cuando él escriba, tú NO vas a contestarle. O si lo

haces, será después de los mismos días, cinco, que él te tuvo esperando. Cinco putos días, cabrón.

No se merece ni una respuesta. O sí, le pondrás algo para que sepa que estás molesta. Vas a decirle cuatro cosas bien dichas…

Y lo escribes incluso en Notas para probar cómo queda. Lo relees. No estás segura… Esto sí. Esto no. Ay, no, no es buena idea. Sabes que en el fondo no tenéis nada. Lo ahuyentarás. No le pongas nada, hazte la guay. Vas a hacerte la indiferente. Cuando aparezca, le pondrás: «¡Qué tal!», de buen rollo, que se descoloque. Él espera una reprimenda. Y tú no eres como todas. En cuanto vea que eres una tía de puta madre te querrá aún más en su vida.

Eso harás.

Y de pronto te invade por primera vez el buen humor. Porque sabes que volverá. Porque ellos siempre vuelven. Hagas lo que hagas. Te traten como te traten. Abel regresará porque sabe que puede hacerlo. Porque sabe que estás esperándole. Porque, aunque vuelva tarde, habrá vuelto a tiempo.

31

Habían pasado cinco días desde que hablaron por última vez. Desde que se mandaron vídeos sucios y se dijeron cosas bonitas. Y justo antes de que Abel tuviese el concierto en Madrid, apareció. A pesar del silencio, Lía había mantenido ese día en barbecho, dentro de su calendario. Había hecho que sus amigas siguieran con la idea de ir a Madrid ese fin de semana para ver a Abel en concierto y, por supuesto, para presentárselo. Y allí estaban todas, no le habían fallado. Claro, que no tenían toda la información, porque Lía les mintió y se inventó conversaciones con Abel que en esos días no existieron. Era absolutamente incapaz de confesarles la verdad, ni siquiera a Rocío: que Abel no había dado señales de vida.

De nuevo estaba faltando a la premisa de Carmen de no cambiar planes por un tío. Y había hecho algo mucho peor: mentir a sus amigas.

Ya estaba rendida, quería verlo, lo necesitaba. Quería saber qué había pasado durante esos cinco días de silencio. Después de ese maltrato recibido y de la rabia contenida que albergaba, él parecía que quería verla.

Eyyy, y mi guapa? Cómo estás?
Perdona que no te hablara casi estos
días, bufff, vaya lío… 10:07

Me lo he imaginado, que tendrías

lío

10:07

¿Casi? Abel había estado totalmente ausente durante esos días. Para Lía había desaparecido mucho tiempo y estaba demasiado enfadada, pero no se lo iba a decir. Solo había quedado con Álvaro para vengarse de sus vacíos. Estaba muy extrañada, porque la última conversación de WhatsApp había sido tan…, tan reveladora… Con Abel nunca estaba segura de tenerlo enganchado, ni con el veneno más potente.

Aún no tenía claro si Abel iba a quedarse con ella ese fin de semana o no. No se lo preguntó. Si tantas ganas tenía de hacerle las cosas que decía que le iba a hacer, que se lo ganase. No sabía si vendría a su casa, pero ella lo había preparado todo. Les había dicho a las chicas que se cogieran un apartamento. Había limpiado más a fondo. Había comprado flores. Había llenado el frigorífico de cervezas y vino. Y había elegido el pijama casual que seguramente no se llegaría a poner porque dormiría desnuda junto a él. Todo por si acaso Abel cumplía su promesa. No podía dejar de pensar, Abel la desgastaba tanto.

Quedaron directamente donde el concierto. Era un nuevo espacio habilitado en el Mercado de la Cebada y Lía no sabía muy bien por dónde se accedía. Se ponía muy nerviosa cuando no controlaba la situación. Cuando la situación la controlaba a ella. Cuando era Abel quien controlaba su puta vida. Había enredado a sus cinco amigas y

ahí estaban con ella, al pie del cañón. Una vez llegaron todas desde Sevilla, reunió el valor y les contó que estaba harta y triste, que llevaba unos días sin saber de él y que les había mentido. Sus amigas la animaron. No le riñeron, no le advirtieron, no la juzgaron.

—Bah, Lía, a veces no escribimos tan seguido…, suele pasar.

—Míralo, está aquí y os vais a ver, ¿no?

—Eso, cero dramas, nena.

—Está tan bueno que, si fuese tú, se lo perdonaría todo, Lía, qué hombre…

Solo Carmen, la más recelosa con los tíos, torció el morro y puso una cara rara, pero Lía agradeció que simplemente se callase. En el fondo, tenía razón, no fiarse del todo del cantante sexy, por mucho que le prometiera, era lo más sabio.

Abel le envió un mensaje para decirle que les había reservado una zona cerca del escenario, que se lo comentara a los de seguridad. «Diles que eres tú, que eres Lía», le escribió. De modo que ella era «alguien»…

Cuando se acercaron a la puerta, sonó una música enlatada, pero Lía creyó que era su corazón lo que se estaba escuchando desde la plaza Mayor. Estaba muy alterada otra vez. Algo le hacía sentir nervios y también ganas. Abel le provocaba todos los sentimientos que pudiesen existir a la vez y también todos los síntomas de todas las enfermedades que existían: vértigo, mareos, picor, náuseas, sudor, palpitaciones, diarrea. Abel la había convertido en un jodido prospecto de efectos secundarios.

Una vez dentro, ahí estaba él, acomodando el micrófono a su altura, cuando levantó la mirada. Entonces se vieron. Él sonrió y a Lía le pitaron los oídos. ¿Por qué estaba tan nerviosa como si fuese

la primera vez? ¿Por qué le latía el corazón tan fuerte? ¿Era porque estaban sus amigas delante? ¿Por qué se había tropezado con un escalón? Sentía que iba a desmayarse allí mismo. Pero Abel la rescató de ese estado. Bajó del escenario de un salto y la cogió fuerte de la mano mientras le dio una vuelta, como hacía siempre. Un gesto como para inspeccionar a su presa, controlar el perímetro, para verla mejor, como el lobo de Caperucita. Sí, un lobo dispuesto a comérsela después. Lía, en esos momentos, se sintió una auténtica gilipollas por haber dudado tanto…

—Ven aquí —dijo mientras la abrazaba—. Madre mía, Lía, qué ganas tenía de verte —le susurró al oído.

Lía le señaló a sus amigas, que se habían quedado un poco más esquinadas cogiendo sitio. Abel estaba exultante, guapo, arrebatador. Todo fluía. Hizo un gesto amable de «luego nos vemos y os saludo». El concierto estaba a punto de comenzar. Rocío, su hermana de sangre, guiñó el ojo a Lía, como diciendo: «Tíaaa, es un bombón»… Lo era, lo estaba siendo. Le hablaba acariciándole la barbilla, sonriendo con sus dientes torcidos. Abel se dirigió entonces hasta un tipo que estaba en una esquina, sin soltarla de la mano, para decirle que dejase a Lía y a sus amigas en ese lugar, algo apartado del resto, a un lado del pequeño escenario donde casi podían tocarse. Lía no quería ni pensarlo y mucho menos decirlo en voz alta, pero sí, aquel sitio era el típico de las novias de los del grupo.

El concierto empezó y el batería miró a Lía, levantando la baqueta al aire, como un saludo. Estaba claro que la recordaba de la otra vez, o que Abel le había hablado más veces de ella. Él cantó pletórico, estaba más guapo que nunca, divertido, descarado,

afinado, como si le sentara bien que Lía lo estuviera exponiendo ante sus amigas, como si aquello fuese una exhibición de cantantes sexis… A ella le invadió una inevitable sensación de orgullo y ambición. Miró a todos los desconocidos que les rodeaban y que movían la cabeza al ritmo de la música, y pensó: «Eh, a ese me lo estoy tirando yo». Le gustaba pensar que todos deseaban lo que ella tenía, sin ni siquiera saber si era suyo…

Y entonces sonaron los primeros acordes de una canción que a Lía le encantaba, «Águila». Le agradaba que Abel cantase en castellano y no en valenciano, pero no por nada, sino porque le gustaba entender la letra y sentir que esa canción hablaba sobre ella:

Subo a los tejados y con la vista te sigo.
Como un águila, me lanzaría para atraparte.
Pero tú no eres mi presa, eres mi destino.
Eres mi destino…

Y por poco desfalleció cuando Abel se volvió hacia ella y le dijo, le escupió, la embistió y la acarició con esas palabras. La miró fijamente, con todo el descaro del que fue capaz, que no era poco. Le cantó mientras sonreía con su boca de dientes torcidos y le guiñaba un ojo, cómplice. Lía sintió de pronto que las piernas se le doblaban. Joder, estaba coladísima por él, pero también empezó a tener la certeza de que Abel sentía lo mismo.

Eres mi destino…

El concierto terminó y Lía y sus amigas tuvieron que desalojar aquel patio que por un día se había convertido en sala de conciertos.

«Esperaremos fuera. Supongo que tomaremos algo juntos ahora», pensó Lía en un primer momento, diciéndoselo a las chicas. Pasaron varios minutos y Abel no aparecía. Miró el móvil más de cuatro veces, y nada. Le había escrito que esperaría con sus amigas en la puerta. ¿Qué diablos estaría haciendo? De golpe, un mazazo… Ese mal presentimiento que tanto la agotaba.

—Vamos a algún bar y ahora le digo dónde estamos.

Eso propuso Lía a sus amigas porque empezaba a sentirse incómoda y a notar que ellas también lo percibían. Sí, repartir cervezas entre las chicas era la mejor opción para no parecer desesperada. Entraron en el primer local que vieron. Se pidió una caña, pero estaba muy mal tirada. Solo veía malos augurios a su alrededor. Y Abel sin dar señales… de vida. Pero qué coño le estaba entreteniendo tanto. Lo peor era tener que disimular ante sus amigas, fingir que todo iba bien. Ana ya le estaba frotando el brazo como susurrándole un «lo siento». Y Carmen ya no pudo reprimir decir en voz alta:

—Pues vaya gilipollas.

—¿No le llamas? —le aconsejó Esperanza.

Lía contestó con media sonrisa, entre el disimulo y las ganas de echarse a llorar:

—Tía, tiene cuatro llamadas perdidas mías…

—Ya las verá, cariño, estará liado recogiendo y todo eso… —Esta vez fue Macarena la que aportó tranquilidad.

—Yo insisto, ese tío es un gilipollas… —repitió Carmen, que a veces se pasaba de realista.

—Carmen…, ya.

Rocío y las demás no sabían muy bien qué hacer ni qué decir, pero miraron a Carmen con un gesto de que fuese más cariñosa, que tuviese paciencia. Trataron de no dar más importancia al asunto y seguir hablando de otras cosas en ese anodino bar.

Lía estaba a lo suyo. Debía haber una explicación, no era posible que Abel no fuese a contestarle nada. Además, estaba en línea. No hacía más que preguntarse que dónde estaba. No soportaba que le estuviese haciendo eso delante de todas sus amigas. «Contesta, maldito cabrón. Mira el puto móvil…». Lía no iba a escribirle más. De pronto, dos rondas de cervezas mal tiradas después, Abel apareció con un mensaje escueto:

Humilladero, 4. 0:32

¿Aquello era una broma? ¿Qué cojones quería decir esta dirección? ¿Por qué era tan lacónico? ¿Tanto le costaba ser más explícito? ¡Tenía cuatro llamadas perdidas! En serio, ¿era una broma? ¿Por qué cojones no le había dicho nada antes?

—Niñas, os lo pido, por favor… Vamos a la calle Humilladero, es aquí al lado. Me ha dicho Abel que están todos allí…

Utilizó el plural como si todo el grupo importara, cuando lo único que quería era que Abel volviese a ser el de siempre. Una puta palabra y un puto número, eso le había escrito…, y ella se había tenido que inventar una conversación ante sus amigas a partir de ese mísero y rácano mensaje. Algo no iba bien. ¿Dónde estaba el Abel del escenario? ¿Dónde estaba ese chico que le había cantado mirándole a los ojos «eres mi destino»?

Llegaron al bar y Lía sintió que iba directa al matadero. Estaba allí, en una esquina, arrinconado, sentado a una mesa bastante inaccesible, al fondo del salón interior. Nunca una silla estuvo tan lejos del corazón de Lía, que tuvo que abrirse paso entre la gente, buscando al hombre al que creía amar o venerar. Se dio cuenta de que ese hombre no la estaba esperando a ella, no estaba mirando hacia la puerta, ni estaba pendiente del móvil, sino que estaba atento a un jodido plato de croquetas. Se vieron y él le saludó con la mano, como podría haber saludado al portero de un edificio.

Humillación, 4.

Abel torció la boca con gesto simpático y sonrió señalando hacia las croquetas y las patatas bravas que tenía delante, como diciendo «estamos comiendo, pequeña, y esto es de primera necesidad»… Lía tenía otras necesidades, pero se las calló y contestó, rápida, con otro gesto de «estamos fuera, tomando una» («bueno, cuatro ya, hijo de puta», le hubiese encantado añadir y que lo entendiese el muy capullo).

Esta cerveza se la tiraron algo mejor, pero Lía tenía un nudo en la garganta y no le bajaba. Le estaba costando beberse la caña porque tenía demasiada espuma, y las cosas densas en ese momento se le hacían un mundo. Sus amigas estaban hablando de otras cosas y casi habían olvidado qué hacían allí o más bien intentaban disimular, las pobres. Lía trató de tranquilizarse y no sentirse mal por ellas, al fin y al cabo, no esperaban nada de Abel ni de esa noche. No como ella, que se había pedido libre el fin de semana entero, como si tuviera la boda de su hermana, un viaje a Punta Cana o la misa del año de la muerte de su abuelo. Sabía que no tenía que sentirse culpable por ellas, sus amigas la acompañaban porque querían,

porque siempre estaban dispuestas a arrimar el hombro. De hecho ahí estaban, arropándola, mimándola, bebiendo cervezas hasta decir basta. Lía sintió en el alma no estar entregada al cien por cien a ellas.

Su mente retrocedió a esa misma tarde, cuando se había probado medio armario. No solo eso, se había hecho un tratamiento de queratina que le había obligado a estar más de tres horas con el pelo envuelto en una toalla caliente, que tenía que cambiarse cada dos por tres. Para no aburrirse se había puesto a todo volumen la música de Expresso Lovers mientras pensaba en todo lo que harían después del concierto. Imaginó que él diría a los demás algo así como: «Mirad, ella es Lía. Os acordáis, ¿verdad?». Después beberían, bailarían y recorrerían las calles de Madrid hasta acabar en la cama o tal vez lo harían en el sofá, en la mesa de la cocina, en la bañera o, por qué no, en el ascensor.

Pero nada de eso estaba ocurriendo. Volvió al planeta tierra, con su caña de cerveza. Y de pronto una voz amiga, la de Rocío, dijo:

—Lía, ahí viene…

Abel había salido de su encierro en el rincón de aquella tasca, pero no la buscaba a ella. Salía para hablar por teléfono y ni siquiera fue consciente de que Lía y sus amigas estaban allí, en la parte delantera del bar, situado en el número cuatro de la calle más humillante de todo Madrid. Pero al volver, sí. Abel le dio un susto de muerte, como solía hacer siempre.

—Pero ¿dónde está lo más bonito de Madrid? —le dijo efusivo, pellizcándole el culo.

Ella estaba seria y triste, y se vio obligada a recomponerse.

—Uy, señor cantante, está usted muy solicitado…

—Uf, perdona… Vaya noche. Teníamos un hambre. Llegamos esta mañana, hemos tocado sin haber almorzado ni cenado, y no veas… Muertos. Bueno, ¿qué os ha parecido?

Abel se dirigió entonces a las chicas.

—De verdad, perdonadme… ¡Muchas, muchas gracias por venir, por cierto! Lía me tiene frito con vuestras historias. Bueno, y he visto miles de fotos. A ver, tú eres Ana, la que tenía en breve un examen para mejorar la plaza, ¿no? Joder, y te has venido a Madrid… ¿Cómo lo llevas? Bueno, bueno… Rocío, es como si te conociera de toda la vida. Y tú eres Espe…, buah, tu gato me flipa…

Él se acordaba de cada uno de los nombres, de los detalles, de las cosas que Lía le había contado sobre ellas… De nuevo, estaba ahí. El Abel encantador de serpientes había vuelto. El relaciones públicas, el prestidigitador, el vendedor de casas o de biblias a domicilio. Lía se hizo miles de preguntas, a la vez que él se mostraba agradecido y amable. Sus amigas sonreían eufóricas y hablaban con él perdonándole el tremendo desplante…, o minidesplante… ¿Y si ella estaba exagerando? Abel invitó a una ronda. Madre mía, siempre se ganaba a todo el mundo. Había otras dos chicas en la barra y terminaron pasándole todas las bebidas. Él les pagó dos más a ellas. Se gastó una pasta de golpe, a lo tonto. Y Lía pensó que todo eso lo estaba haciendo por ella, para que no se enfadase, para pedirle perdón… Todo el mundo encandilado con el cantante sexy. Incluso Carmen, siempre reacia. Abel se volvió hacia Lía y la cogió de la cintura. Y le empezó a contar que si algo de un viaje, del móvil, que si la tercera canción no había entrado a tiempo, que si se había dado cuenta o no, que si tenía que recoger unas llaves en casa de alguien esa noche… Lía no entendía qué pintaba ella allí o qué pintaba él en

su vida. No tenía nada claro que Abel fuese a quedarse a dormir con ella. Uno del grupo se acercó y le dijo algo al oído. Abel se disculpó con Lía, porque tenía que pasar otra vez adentro, pero añadió que luego se iban al Berlín Cabaret, que fuesen adelantándose ellas. Cuando Lía se lo planteó a sus amigas, Rocío, Carmen y Espe decidieron acompañarla. Ana y Maca se despidieron porque estaban cansadas y querían exprimir el día siguiente para hacer compras en las tiendas de Gran Vía.

Como siempre, la cola del Berlín Cabaret era infinita. Había que pagar dos copas para entrar. Veinte pavos. Por cojones. Aunque bebieses Coca-Cola o un puto botellín de agua de veinte mililitros. A todo esto, Abel no escribía. Lía lo llamó para ver si se lo pensaban mejor, porque ese sitio estaba petado, pero su móvil parecía apagado. Sus tres amigas estaban impacientándose y Lía se dio cuenta de que era momento de retirarse.

Ellas le dijeron, algo preocupadas, que se fuese a casa, que se merecía un descanso, que no esperase más. Les hizo caso. Más besos, abrazos y mimos. Sus amigas le pidieron que les mandase un mensajito nada más llegar para quedarse ellas tranquilas en el apartamento donde todas se hospedaban por Antón Martín. Lía sabía que esa preocupación no era precisamente porque le fuesen a atracar en su propia ciudad. Sus amigas querían asegurarse de que no se tirase por el puente de Segovia.

Otra vez sintió que tenía el corazón como un papel arrugado, hecho un gurruño. No estaba siendo la mejor noche de su vida, desde luego. Se preguntó si le compensaba vivir así cada vez que Abel pisaba Madrid. Tuvo la tentación de escribir a Álvaro por si andaba despierto por ahí. Pero no tenía ganas de que otro hombre

la abrazase, ni siquiera él. Se marchó a casa como si le hubiesen dado una paliza. Aunque nunca le hubiesen dado ninguna, esa noche comprendió lo doloroso que debía ser.

Abel apareció a las cinco menos veinte de la mañana.

Guapaaa, me quedé sin batery. He cargado un poco. Un tres por ciento solo pa ti. Sorry, sorry, sorry. Podrás perdonarme? Voy a tu casa. Te recompensaréééé. 4:40

Lía estaba enfadada. Se había hecho todas las películas posibles en la cabeza, todas. Y todas eran perversas, crueles y atroces consigo misma. Había llorado al llegar a casa. Había roto otro puto juramento. Como si fuese una niña a la que le quitaban un juguete en el patio, aunque ni siquiera fuese suyo. Estaba cansada de lo que le agotaba su historia con Abel o, mejor dicho, de cómo se tomaba ella su historia con Abel. Era un sufrimiento continuo. No sabía gestionarlo. ¿Y si no era para tanto?

De pronto él estaba a punto de aparecer por la puerta y Lía no podía dejar de pensar que una vez más se equivocaba pensando cosas terribles. Porque a veces el camino más corto, el de las cosas sencillas, era el real: Abel se había quedado sin batería. No estaba pasando de ella. Iba hacia su casa. Fin del tema.

Escuchó el timbre de la puerta y abrió.

—¿Ha pedido un Telepizza?

Una chorrada de comentario, sí, infantil e inapropiado, y, por un momento, Lía pensó que tal vez se había quedado sin saber qué decir, que estaba arrepentido de la espantada de esa noche.

—Ha sido un milagro que viera tu mensaje. Estaba dormida —dijo ella, seria.

—Normal, Lía, no sé si yo te hubiera recibido… No lo he hecho bien, perdona. Era una noche con mucha gente, encuentros, y, para colmo, me quedé sin móvil. Lo siento. Pero estoy aquí, ¿no?

Le había recibido despeinada y sin mirarse al espejo. Tal vez con los ojos algo hinchados y con desgana. Llevaba un pantalón de pijama fino, una camiseta de tirantes que ni mucho menos iba a juego, pero que dejaba intuir sus pezones. Un tirante le resbaló por el hombro. Él se lo recolocó con dulzura y la besó fuertemente en la boca. Lía le rodeó el cuello. Al acercarse, lo notó más delgado. Había pasado bastante tiempo desde que se despidieron la última vez. Abel sonrió, con sus dientes de niño malo. Arrugaba los ojos como si enfocara mejor, como si así se fijara aún más en cada milímetro del rostro de Lía, como redescubriéndola de nuevo. Ella tenía el pelo alborotado y le caía sobre los hombros. La cara lavada, sin maquillaje. Sus mejillas sonrosadas por las ganas y el deseo, pero, sobre todo, por el enfado.

Follaron o hicieron el amor, no estaba muy segura. Eso le había dicho él que harían la siguiente vez. Lía estaba rabiosa y Abel era todo dulzura. Los papeles se habían intercambiado hasta volver a complementarse. El yin y el yang de los cojones. Abel estuvo cariñoso, tierno, como si tuviera delante un cuerpo magullado. Tal vez era consciente del daño que le había hecho su indiferencia. Lo mismo se le notaba demasiado. Lía no quería pensar más. No

mientras lo hacían. Abel la guiaba para cambiar de posturas como si estuviesen interpretando una danza oriental. Lía se acordó, sin saber muy bien el porqué, de la gente que practicaba taichí en el parque del Retiro. Ella se dejó hacer, como una inexperta que sentía deseo y miedo a la vez. Él establecía contacto visual, la miraba a cada momento, como revelándole que estaba ahí, pendiente de ella. Le acarició el costado con el dorso de la mano. La besó en la cara, en la frente, en la nariz, mientras la penetraba con mimo y cuidado, sin las embestidas a las que estaban acostumbrados. Sí, él estaba haciéndole el amor. Lía sintió que era como una muñeca de porcelana y reprimió sus ganas de llorar de amor. Abel se corrió de una forma suave, pausada, dulce… Sin dejar de mirarla. Ella no pudo. Abel se dio cuenta entonces de que tenía la cabeza en otra parte.

—Venga, Lía, qué te pasa —dijo con ternura.

Y, por primera vez, lo hizo. Se atrevió a decirle algunas cosas que sentía. Le confesó que lo pasaba mal cuando no sabía si volverían a verse. Le explicó que ella estaba segura de que era un entretenimiento pasajero y que le jodía un montón saber que tendría otras chicas por todas partes, seguramente también en Madrid. Y decidió hablarle de Álvaro. Le dijo que lo llamaba cuando le echaba de menos…, pero que sufría cuando pensaba que él estaba acostándose con otras.

—Lo sé, Abel, sé que, si yo lo hago, tú lo harás también, esto es así. No tenemos una relación exclusiva. No tenemos una relación…

Abel evitó que siguiese hablando y le puso el pulgar sobre los labios. Después, siseó. Lía intentó gestionar ese gesto. Era un

tanto… posesivo. La estaba mandando callar. Estaba claro que Abel no quería hablar de qué eran o qué tenían entre manos.

—Lía, nosotros nos gustamos, ¿verdad?

—Sí, mucho. Cuando nos vemos nos gustamos mucho.

—¿Crees que solo me gustas cuando vengo a Madrid?

Lía estaba lanzada.

—No sé, a veces creo que sí, que es eso lo que pasa. Que todo se queda en tus visitas. Pero tú a mí me gustas siempre, no solo cuando vienes a Madrid.

—¿Eso es lo que te parece?, ¿que solo pienso en ti cuando vengo?

Lía asintió. No tenía la más remota idea de adónde quería ir a parar Abel. Ella solo quería ser sincera. Estaba harta de contenerse.

—Pero tú me gustas mucho, Lía.

Ella se encogió de hombros sin mirarlo a la cara mientras intentaba arrancarse el esmalte de la uña de un dedo del pie. Abel continuó:

—Ese Álvaro…, ¿viene mucho a tu casa?

Lía asintió con la cabeza. Tal vez dijo sí con un hilo de voz.

—Llevo meses, prácticamente un año, acostándome con él…

—¿Y te gusta?

—Últimamente cuando él viene, pienso en ti, pero con rabia. Y follo con él enfadada —le mintió.

Ni le contó lo de la cama rota, ni lo bien que se lo pasaba con Álvaro, ni que le había acompañado a la boda de un amigo, ni cómo le hacía olvidarse de él por momentos… Ella prosiguió el relato doliente, porque notó que algo estaba cambiando en Abel.

—No sé si estoy enfadada por lo lejos que vives, enfadada por haberte conocido o enfadada conmigo misma por lo que descubro

mientras me acuesto contigo.

—¿Qué, Lía? ¿Qué descubres?

—Que igual esto no va a ninguna parte y que se acabará… Y seguramente yo acabe más jodida que tú.

El silencio era brutal en esa cama. Lía volvió a preguntar.

—Es así, ¿verdad? ¿Es lo que va a pasar?

Permanecía vencida boca arriba, con las piernas flexionadas. Él, recostado de lado, apoyaba la cabeza en el hueco de su axila. Ella tenía el pelo revuelto, como las ideas. Con su mano llegaba hasta el pie y se rascaba el esmalte compulsivamente. Pensó por un momento en lo reveladoras que eran las conversaciones que se colaban entre las sábanas en una habitación cerrada donde olía a sexo. Ella quería respuestas y Abel hizo un primer intento de dárselas.

—A ver, Lía, te voy a decir algo. Una regla que te va a valer siempre. Cuando tengas preguntas que hacerle a un hombre, de todas las respuestas posibles, de todas las que imagines en tu cabeza, siempre siempre siempre elige la más fácil. La primera.

Lía retuvo el impulso de sonreír. Se trataba de eso…, era así. Así de sencillo. Los hombres eran básicos. No había que pensar más allá, ¿para qué? Sin embargo, sumida en esa oscuridad de la habitación y de su alma, torció el gesto, porque seguía haciéndose miles de preguntas a pesar de saber ese axioma tan fácil, tan útil y tan veraz. Es más, se negaba a acatarlo. ¿La respuesta más fácil? No era suficiente. Ella no podía renunciar al placer de darle vueltas a todo y de pensar por los dos. ¿Se equivocaba? Probablemente. A las mujeres no les gustaba que la respuesta a una pregunta fuese la primera opción porque entonces las dudas, los secretos, las

elucubraciones, los celos y las conclusiones se esfumaban. Esos jaleos que la cabeza buscaba se marchaban tras ese axioma. Y no quedaba nada. A la primera respuesta, la más rápida, la más sencilla, le seguía un vacío. Y el corazón de una mujer no se daba por satisfecho. Y no, Abel no había contestado aún a su pregunta o a sus preguntas.

—No me has contestado. ¿Es lo que va a pasar? ¿Esto va a acabar en nada?

Abel contestó con otra pregunta. Y eso no valía:

—¿Por qué tenemos que hablar de acabar nada cuando estamos aquí, abrazados, desnudos?

—Y yo qué sé, Abel… No quiero que esto se acabe sin más.

Abel se acercó para abrazarla y ella no lo rechazó. Se había arrancado ya el esmalte de al menos dos uñas. Él entonces le dijo con dulzura:

—Yo tampoco. Sigamos gustándonos, ¿vale?

¿Qué era aquello? ¿Qué quería decir? Abel apostilló, al notar que Lía aún no sonreía:

—Vamos a seguir así, gustándonos, y hasta podemos hacer cosas por el otro… O dejar de hacerlas. Como, por ejemplo, acostarnos con otras personas. Me gustas, Lía, y no me gusta ninguna otra. No quiero acostarme con ninguna…, ¿y tú, Lía? ¿Quieres acostarte con ese Álvaro?

—No, no quiero.

—Pues no lo hagas, no te acuestes más con él. Y ven aquí, que vas a ver cuánto me gustas.

Y esta vez Lía tardó solo tres minutos en correrse.

32

Ismael
4 de enero de 2012-27 de febrero de 2014

Ismael no volvió a la redacción hasta mucho tiempo después. Tanto, que Lía cambió de trabajo. Le había contado que se iba del periódico, porque hablaban mucho por teléfono. No podían comunicarse de otro modo desde que Ismael se había cerrado las cuentas de sus redes sociales tras el accidente.

A Lía se le partía el alma al pensar en el día en que él volviese al trabajo y ella no estuviese. Era como si lo hubiese abandonado. Esa misma semana quedaron para verse. Era la primera vez en mucho tiempo. Ismael estaba muy delgado, iba con las muletas. De hecho, tendría que dejar de trabajar con la cámara y pasaría a hacer otras cosas, como digitalizar las fotos. Él le decía por teléfono que era mucho mejor así, que hacía frío y llovía mucho en invierno en los estadios de fútbol. Pobre…

Quedaron en el mismo lugar en el que se confesaron sus sentimientos, media vida antes. Era increíble cómo pasaba el tiempo cuando ocurrían cosas graves. Lía le esperaba en la puerta de aquel pequeño bar de Los Bermejales, sin dejar de sonreírle. Ismael pasó con destreza las dos muletas a una mano para que pudiesen abrazarse.

—Ven aquí, anda.

Fue un abrazo dulce, el más suave que jamás había recibido, pero a Lía la partió en dos, como una sierra mecánica. Todavía lo quería tanto… Probablemente estuvieron abrazados, sin decir nada, solo respirando, más de siete minutos.

Después hablaron y hablaron y hablaron. Isma sonreía todo el tiempo, pero estaba muy triste. Por eso, Lía seguía contándole chismes, moviendo mucho las manos, como ella solía hacer.

Ahí estaban, como dos nuevos amigos, como dos amantes viejos, como en una primera cita, como en un encuentro tras regresar del exilio… Fue como tener muchas conversaciones a la vez, como ser muchas personas diferentes. Lía se encargó de contarle todo lo que se había perdido durante esos meses, aunque más o menos ya lo supiera. Tenía mucha información que ofrecerle, pero Ismael solo tenía una noticia que darle y era la más importante.

—Lía, lo dejé con… Bueno. Que ya está. No podía seguir. No puedo estar preguntándome qué hubiese pasado sin intentarlo contigo.

Lía no se esperaba aquello. Era lo último que podía imaginarse. Se quedó muda. Esperando a que alguien le dijera lo que tenía que hacer. No sabía qué responder, porque Ismael en realidad no le había hecho ninguna pregunta.

—Te lo repito por si no te ha quedado claro: yo quiero que lo intentemos. ¿Tú quieres?

Ahora sí que había una pregunta. Y Lía dijo que sí. Isma le pidió que esa noche se marcharan cada uno a su casa. Era como si tuviesen seis años y jugasen a ser novios. «Vale, lo somos —pensó Lía—, pero tenemos que ir despacio». Ismael estaba herido de

guerra y ella tenía que aplicarse a fondo. Había estado esperando más de dos años, y su impaciencia no iba a echarlo todo a perder. Isma necesitaba espacio.

La primera vez que hicieron el amor, en aquella nueva fase, fue en casa de Ismael. Siempre se veían allí, porque él se lo pedía. Le explicó que había desarrollado cierta agorafobia y que le gustaba sentirse seguro. Ella lo notaba, Isma no estaba bien, a pesar de que se esforzaba…, pero los ruidos del tráfico, el sonido intermitente del semáforo de peatones, un derrape, el rugir de una moto, todo le exaltaba. Cuando eso pasaba, Lía le ponía una mano sobre el antebrazo, sobre la rodilla o sobre la espalda. Se tocaban poco en público. No eran una pareja que se cogiese de la mano porque Ismael necesitaba asirse a las muletas.

Se desnudaron como si fuese la primera vez, la primera de todas. Lo hicieron con vergüenza. Ismael, porque tenía feas cicatrices a la altura del pecho y la pierna recosida. Lía, porque le daba pudor hacer el amor queriéndolo tanto.

Fue más bonito que excitante, pero Lía notó que Ismael estaba en otra parte. Tal vez aún tirado por los suelos, ensangrentado en el asfalto. Lía se dio cuenta de que estaba fumando mucha marihuana. Cada noche, cuando se veían en su casa, Isma siempre se encendía un porro tras otro. En la penumbra de esa vida ermitaña, parecían dos delincuentes. Y Lía nunca se quedaba a dormir.

Una noche salieron a cenar, pero él estuvo nervioso, agitado y hasta de mal humor. Así que Lía prefirió proponer a partir de ese momento que pidieran la cena a domicilio. Después, veían películas

y se besaban hasta que él encendía un pitillo y Lía se acababa marchando, dejándolo a veces dormido, porque ni siquiera se le levantaba.

Una de esas noches, mientras lo tapaba con la manta, Lía comprendió que aquello no la hacía feliz. Él la estaba arrastrando hacia algo muy oscuro, además, se comportaba de manera extraña: desaparecía algunos días y, cuando Lía le preguntaba, Isma le decía que eran cosas de médicos, que no iba a hablar con ella de eso. Cuando se le ocurrió proponerle llevarlo a un concierto de Celtas Cortos, que sabía que a él le gustaban mucho, dijo que ni hablar, que él no podía estar de pie. Ni siquiera le dio opción a plantearle que podían comprar entradas en la grada. Lía lo entendió, pero le dolió, ella solo quería ayudarlo.

Un día los invitaron a casa de unos amigos que inauguraban su piso, pero él le dijo que no quería ir, que lo entendiera, que no tenía ganas de estar con gente, que todo el mundo le preguntaría y que no estaba preparado. Lía de nuevo quiso ser comprensiva, pero sintió que tenía que esconder otra vez un amor que se le había negado durante dos años y no entendía por qué. O sí lo sabía: la depresión era un monstruo horrible. Ella no quería dejarlo en la estacada, pero no podía más. Acudió sola a la fiesta y se sintió como si se arrastrara por un desierto en busca de agua. Ismael estaba ajeno, distante, y Lía lo intentaba todo, pero un día no pudo más.

—Lo intentamos, eso nos prometimos, Isma, pero no va bien. Ha pasado ya más de un mes y no avanzamos. Aquí no hay nada, solo estás tú. O peor, no estás.

—¿Qué quieres decir, Lía? No te entiendo.

—Pues que yo no soy feliz. Estar contigo no me hace feliz. Es más, estoy triste, Isma, más triste que siendo simplemente tu amiga.

Lía se lo soltó todo sintiéndose fatal, egoísta, depravada, pero se estaba ahogando entre tanta soledad y olor a marihuana. Encerrada en la casa de Isma, como si se escondieran. Él lo entendió enseguida, le dijo que ella merecía algo mejor, que tenía razón. Lo comprendió demasiado rápido…

—Es verdad, Lía. No era el momento quizá…, no estoy bien. Y no es justo.

Pactaron que él tendría que mejorar, que tendría que esforzarse por resurgir de nuevo, aunque fuese solo. Ella le dijo que no se iría muy lejos, que sería la amiga que siempre fue. Y cuando se marchó de su casa, un extraño sentimiento se apoderó de ella: se sentía liberada. La historia más importante de su vida, la que más amor le había arrancado del pecho, fue la historia que nunca pudo ser. Y terminó con un beso, de esos que se daban queriendo a la otra persona.

Se tomó unos días, antes de caer en la tentación de preguntarle a Isma cómo estaba. Cuatro días sin saber el uno del otro. Les vendría bien a ambos. Pero Lía no sabía que, como en todas las grandes historias de amor, todavía quedaba un epílogo.

—Niña, vamos a quedar, que te tengo que contar una cosilla…, una cosa. Es importante.

Le extrañó mucho la llamada solemne de Rocío, pero Lía acudió. Más le sorprendió aún ver en la terraza del Café Central a la pandilla completa. Se dio cuenta de que todas sabían una noticia que no pintaba nada bien para ella. Y es que Sevilla no era una ciudad tan grande. Los rumores volaban. Era difícil no tener amigos comunes o

encuentros nocturnos en los bares. Era difícil no enterarse de las mentiras, tarde o temprano. Se sentó, se pidió un tinto con limón, tomó aire y esperó el mazazo, pero dolió, cuánto dolió…

En todo aquel tiempo, Ismael nunca había dejado a su novia. Solo le había pedido un tiempo. Ella había cedido ante la petición de un desgraciado que solo necesitaba margen para recomponer su vida. Entonces el fotógrafo acudió a Lía. El acicate, el aire fresco, la cuenta pendiente.

Ismael quiso saber qué pasaba con una sin dejar a la otra, porque la vida le debía mucho, porque había estado a punto de morir y porque creía que tenía ese derecho: los demás no tenían una pierna inerte medio colgando. El mundo le debía algo, por las operaciones, el dolor, los medicamentos, el cambio de rumbo en el trabajo, la pérdida de carreras populares, de entrenamientos, de cervezas de pie en la barra de un bar. Ismael sentía que pedía muy poco, el amor de dos mujeres, a cambio de todo lo que se le había negado a él. Pero, claro, había más gente implicada.

Lía entendió de pronto por qué ese hermetismo y por qué esa obsesión por estar en casa, por pedir comida china, por no querer hacer ningún tipo de plan en la calle. Se le rompió el corazón cuando supo que él sí había llegado a estar en el concierto de Celtas Cortos con su novia o exnovia, o lo que demonios fuese. Se lo había ocultado e hizo además que se sintiese mal por haberle planteado ese mismo plan. Entonces comprendió todo: ella lo había querido mucho, pero él no la había querido nada, porque eso no se le hace a la persona que amas.

«Me he enterado de lo obvio». Ese fue el mensaje que le escribió Lía a Ismael. Sin más preámbulos, sin más explicaciones. Lo iba a

entender perfectamente. Seis palabras. E Ismael no contestó jamás. Ni siquiera eso le dio. Ni siquiera una respuesta. Lía se había pasado más de dos años de su vida queriendo a aquel hombre… Y él no le concedió ni otras seis míseras palabras devueltas en un mensaje. «Lo siento mucho, no lo merecías». O siete: «Nunca quise hacerte daño…, soy un egoísta». O mejor, ocho: «Nunca quise hacerte daño…, soy un puto egoísta». O simplemente una: «Perdón». No respondió. Como contestación le dejó el eco, la nada más absoluta, y le robó algo peor: las ganas de querer a nadie más. Así que Lía hizo ese primer juramento que tanto la marcaría a partir de ese momento: «Nunca, jamás, volveré a enamorarme».

33

«Un juramento es una declaración para ofrecer la máxima garantía personal sobre la verdad de un hecho o el cumplimiento de un propósito», así se define el tecnicismo en el argot judicial. Lía solo se lo había prometido a sí misma. Tampoco es que estuviera delante de ningún tribunal. Habían pasado casi cuatro años y ella se perdonaba el hecho de faltarse a sí misma. Se había enamorado de Abel con todas las consecuencias y los agravantes posibles, y sin atenuantes. Porque había «nuncas» que estaban para cumplirlos y otros para desobedecerlos. Si Lía había incumplido con su promesa de no enamorarse jamás y de no llorar por un hombre era porque tenía una razón de peso: Abel.

La historia de Abel estaba ocurriendo y no debía seguir teniendo miedo. ¿Que era un cantante sexy? Vale. ¿Que podía romperle el corazón? Pues sí, también…, pero ¿por qué no vivirlo? ¿Por qué no disfrutar de aquello, durara lo que durase?

Qué? Ya habéis cerrado las vacaciones? Ah, bueno, claro, no queda tanto 14:10

Claro, es que tenemos que organizarnos en la sección con

tiempo,
aunque en verano no haya fútbol
14:10

Joder, pero no se puede cambiar
algún
día? 14:10

Fue Abel quien sacó el tema. «¿Qué harás este verano, Lía?», le había escrito de sopetón. Él se sorprendió porque el resto del mundo se organizara con cierto tiempo. Quería proponerle algo, pero Lía ya había cerrado el cuadrante con sus compañeros. Ella puso los ojos en blanco porque no sabía muy bien de qué iba aquello. Le había dicho que tenía dos semanas en julio, una en agosto y que se guardaba otra para Navidades. «¿Por qué me lo preguntas?», dijo. A él de pronto le había parecido una buena idea que Lía pudiera acompañarlos en algún momento a una gira de varios bolos que tenían en Levante: Denia, Sagunto, Calpe, Xátiva… Los Expresso Lovers + Lía.

De hecho he compuesto algo que
igual te gusta escuchar en directo…,
mmm 14:12

No sé, Abel, veré si alguien me
cambia

algunos días, pero es un poco
tarde 14:12

Venga, seguro que lo consigues y te
vienes, estaría… tan biennn 14:12

Lía estaba contentísima… ¿Ella, acompañándolos? ¿Ella, con el grupo? ¿Ella, siendo «algo» de ellos? ¿Siendo «algo» de Abel? Mientras le contestaba que ya vería, que intentaría hablar con algunos de sus compañeros, mientras se hacía la dura, o la desinteresada, o la poco impaciente, buscaba el calendario como si el móvil le quemara entre los dedos. ¿Cómo podría conseguir cambiar esos días? ¿Cómo iba a desaprovechar esos planes… juntos? Ella cogería un tren a ¿Valencia? ¿Alicante?… Y Abel la recogería. Saldría de la estación y ahí estaría él, apoyado en el capó de su coche (¿cuál tendría?), con las piernas y los brazos cruzados, esperando a que llegase con su maleta llena de ilusiones y de tangas preciosos a estrenar. Le daría un beso en la mejilla y le preguntaría por el viaje. Y entonces la llevaría con él al primero de los bolos, se la presentaría al resto del grupo, que ya sabrían de sobra quién era ella y qué lugar ocupaba. Era Lía, Lía, la de Abel…, y ella se ocuparía de que tuvieran agua, birras o bocatas.

Y un día ella invitaría a todos a un arroz para ser educada y enrollada y agradecida. Para caerles bien y que Abel no tuviera ya ninguna duda, si es que la tenía. Y cantaría las canciones de Expresso Lovers casi entonando igual que Abel, y se infiltraría entre

el público para escuchar los comentarios que la gente hacía sobre ellos, y se encargaría de grabar y subir fotos y vídeos a las redes.

Tal vez Abel, en alguno de los conciertos, se aproximaría a ella y le daría un beso delante de todos, cogiéndola de la barbilla, para marcar un territorio que ya era totalmente suyo, conquistado por derecho y en son de paz. Un momento, ¿y dónde dormirían? ¿Volverían a casa de Abel cada noche en Valencia o tal vez alquilarían alguna habitación para follar mirando hacia el mar azul intenso que tenían esas playas de Levante? Y definitivamente subirían muchas fotos juntos de aquellos tres o cuatro días tan divertidos, tan esperados. Y por fin diría a sus amigas que sí, que lo del cantante sexy iba en serio. Callándole la boca a la escéptica de Carmen.

Pero, claro, siempre existía la posibilidad de que aquello no acabase bien, o simplemente, de que Abel se echase para atrás. Porque había hombres que eran los primeros en mostrar entusiasmo para enseguida ser los primeros en dejar de sentirlo. Había quienes llenaban el barco de víveres para luego saltar ante una pequeña crecida. Quienes aceleraban y ponían el coche a doscientos para luego pisar el freno hasta el fondo, en un coche sin ABS. Hombres que se aferraban al volante mientras la otra persona salía disparada por el cristal de delante, dejándole la cara hecha añicos.

34

Miguel
1 de agosto de 2016-31 de octubre de 2016

Conoció a Miguel porque él le escribió un mensaje. Ella ya vivía en Madrid. Se habían visto en una fiesta y había pedido su teléfono a un conocido de Lía. En un primer momento, Lía no había reparado en él, pero le hizo gracia recibir noticias suyas:

—Este tío tiene las cosas claras.

Sí, le gustó el arrojo con el que decidió escribirle que era Miguel, amigo de no sé quién, y que le apetecía tomarse un café con ella… Ah, y que le perdonase por ser tan directo. Si no hubiese sido tan atractivo, Lía habría pensado que era un puto acosador, pero eso era lo que tenía ser tan mono: estaba eximido de toda sospecha.

El primer día que quedó con él sintió como una especie de revuelo interior, pese a que la situación estaba clara. Lía 1 - Miguel 0. Pero estaba hecha un flan y no sabía bien el porqué. Tal vez porque le hacía mucha falta esa quedada, le venía bien que alguien la subiera a un pedestal y tenía ganas de que de ahí saliera algo bueno. No siempre le escribía un desconocido guapito, poco tiempo después de que le hubiesen convertido el corazón en un papel de regalo roto, pisoteado, inservible e imposible de reutilizar.

Había pasado ya un tiempo desde que Ismael le hiciese tanto daño y desde que Alfonso desapareciera de su vida (sí, otro más que le había rasgado un poco más el corazón y la autoestima). Lía no estaba en condiciones de nada. Tenía el ego debajo del felpudo, el feo subido y las ganas ausentes.

Así que esta tarde decidió ponerse guapa, eligió un modelito sexy y se pintó los ojos. Ya era hora. «A Dios pongo por testigo que no volveré a pasar hambre», se dijo como una Escarlata O'Hara cualquiera. Y acudió a la cita con aquel misterioso tipo del mensaje…

Miguel hizo algo por ella que no olvidaría jamás. Él ya estaba sentado en la cafetería, aquella que daba al río Manzanares, y, al verla, se levantó y se dio con toda la frente en la lámpara que pretendía crear algo de intimidad, pero que solo estorbaba. Fue muy cómico. Lía soltó una carcajada y Miguel soltó un «¡coño!», que retumbó en todo el local mientras se rascaba la cabeza. Eso marcaría todo lo que vino después. Siempre se reirían en las citas siguientes.

Como en otro restaurante, esta vez sin lámparas, pero con velas, donde Miguel se quemó la mano con la cera. O como en el pequeño pisito de Lía, donde lo hicieron por primera vez y donde Lía descubrió que a Miguel no le valían los preservativos de tamaño normal. O cuando follaron en el Seat León de Miguel, porque él aún vivía con sus padres y no tenía casa que ofrecer, y se abrasaron las rodillas con la tapicería antigua, que iba a durarle poco.

Se rieron mucho en esas primeras citas y se conocieron un poco mejor. Miguel le contó que hacía muy poco tiempo que lo había dejado con su novia de muchos años y Lía no le dio la más mínima importancia. «Mejor, así no quiere otra relación», pensó enseguida.

Y como precisamente ella había prometido no enamorarse después de lo de Isma, ni llorar después de lo de Alfonso, se prometió a sí misma que se lo pasaría bien con el siguiente que llegara a su vida, y se dejó llevar.

Así que dijo que sí cuando Miguel le propuso hacer una escapada juntos al que, decía, era uno de los pueblos más bonitos de España, y no le importó dormir con él en el hotelito rural que reservaron, y estrenar su coche nuevo, y poner los pies descalzos sobre el salpicadero, y conocer sus gustos musicales que ponía en el equipo nuevo, sus gustos en los restaurantes y, por supuesto, sus gustos en la cama. No sintió pánico por estar bien con él sin más, sin preguntarse nada. Lía no tuvo reparos en jugar a las parejas en esa visita a Pedraza. No vio peligro alguno.

Tampoco se asustó cuando un día Miguel la invitó a pasar a casa de sus padres, sin ellos dentro, por supuesto. Solo quería enseñarle dónde y cómo vivía en el barrio del Pilar. Y en lugar de salir a comer fuera, Miguel se empeñó en calentar un pollo al ajillo que su madre tenía en el frigo. Lía no comprendió tanto empeño, pero, como se estaba dejando llevar, simplemente asintió. Aquel día, que era un jueves, se le atravesó algo en el estómago, y no precisamente el ajo. Porque muy pronto algo cambiaría en la actitud de Miguel. Concretamente esa misma noche iban a acudir al cumpleaños de no sé quién, el amigo en común que meses atrás le había facilitado a Miguel el teléfono de Lía. Acordaron que irían juntos y que sería su aparición estelar en sociedad, como si fuesen diplomáticos o embajadores y la fiesta fuese el nombramiento de un primer ministro.

Eso hicieron, entraron al local juntos y Lía no se fijó en si la gente cuchicheaba o no. Seguramente les importaba un pimiento a todos si estaban liados o no. Pero se dio cuenta de que Miguel estaba tenso. Lo estuvo cuando ella se acercó y le cogió la copa (bebían lo mismo) y le dio un sorbo con total naturalidad. O cuando ella se acercó a Miguel, que estaba sentado en un taburete en la barra, y se acomodó entre sus rodillas. Solo cruzaron unas palabras y, unas horas después, Miguel se acercó y le preguntó al oído si se iba con él, que ya se marchaba a casa.

—Voy saliendo ya, te espero fuera.

OK, Miguel estaba sufriendo un APS, un ataque de pánico social. Lía no tenía ganas de movidas, de discusiones, de explicaciones…, ni siquiera tenía ganas de sexo. Así que por si acaso a Miguel se le había ocurrido quitarse el APS con un polvo en el descampado aquel cerca de casa de sus padres, al que ella jamás sabría llegar, Lía se apresuró a decir al subirse al coche:

—Tengo la regla. Llévame a casa, porfa.

Al día siguiente, Miguel se iba de viaje con sus padres y su hermano a Punta Cana. No hubo un polvo de despedida final, porque eso era lo que creía Lía, que después de aquella desastrosa noche que había empezado con un pollo recalentado de la madre de Miguel y que había seguido con una presentación oficial fallida, lo suyo se había acabado. No hacía falta darle vueltas: él se había cagado vivo y ella no estaba tan enamorada como para pedir explicaciones. Ya estaba, fin de la historia. Cuando volviese del viaje, hablaría con él. Ahora no iba a estropearle las vacaciones. No era tan cruel.

Por eso se sorprendió cuando Miguel comenzó a escribirle todos los días desde la playa. Buscó los horarios perfectos para poder hacer videollamadas y a Lía le gustó su apego, su morriña… De repente tenía ganas de que llegara la hora acordada para saber qué cóctel se estaba tomando, para ver la impresionante playa de fondo o para que le contara alguna batallita del bufet libre… Le gustó que le escribiera a menudo, que le revelara que le había comprado un detallito… y, definitivamente, se alegró de que Miguel se estuviera aburriendo como una mona en ese viaje con su familia. ¿Qué eran entonces en ese momento? ¿Más pareja que el día del pollo recalentado y del cumpleaños de no sé quién? Era algo que tendría que descubrir a su vuelta… ¿Cuándo regresaba? ¿El lunes? Ah, sí el 31 de octubre, la noche de los muertos.

Todos los escaparates, los locales, los restaurantes estaban decorados para la gran fiesta de Halloween. Lía no entendía desde cuándo esa costumbre americana de celebrar el día de los muertos disfrazados de fantasmas y brujas se había instaurado en España, como una plaga zombi. Pocos sabían que esa festividad tenía unos tres mil años y sus raíces se hundían en un antiguo festival celta. Pero todo eso había quedado enterrado y absorbido por otro tipo de celebraciones. Y era inevitable, lo americano vendía y el día 31 de octubre era una excusa más para hacer caja. Al negocio le daba exactamente igual que fuese cierto que los pueblos gaélicos pensaran seriamente que esa noche, que era la víspera del festival de la cosecha, los espíritus, las hadas y los demonios paseaban por la tierra junto a los vivos y así despedían al dios del Sol para dar la bienvenida a las noches frías que traía el otoño.

A Lía la habían invitado a una fiesta, pero no sabía si ir o no… Miguel llegaba esa tarde, y a lo mejor se veían. Había ganas, claro. De fiesta, de polvos en un coche o de caricias en público, a ella le daba igual. Sí que le apetecía verlo. Aunque llevaba dos días sin saber de él porque había coincidido con el vuelo de vuelta y con que se quedaba sin wifi.

—A las dos de la tarde de Santo Domingo son aquí las…

—¡Lía, vamos! ¿Vas a bajar o qué?

Al final se había decidido a ir a la fiesta. La recogían en casa e iban todos de negro, con unos colmillos del chino y maquillaje con un *gloss* rojo. Después se beberían unos chupitos de Baileys, que con un poco de granadina parecería que se estaban bebiendo unos cerebros del vaso de cristal. Una noche cojonuda.

Lía no dejó de mirar el móvil todo el rato. Le pareció raro no saber nada de Miguel… Tal vez había llegado y se había quedado dormido por el jet lag. Tal vez no había podido escribirle aún porque el móvil se le había tostado… Su cabeza se llenó de razonamientos, pero ella no estaba cómoda. La fiesta cutre continuaba con telas de araña que se enredaban en los pies y estaban llenas de mierda y de alcohol derramado. Lía cada vez tenía más miedo, y no precisamente por Halloween, sino porque no sabía si su maltrecho corazón iba a soportar que le hiciesen otra vez daño. Ese miedo que había conocido bien por culpa de Ismael y de Alfonso.

Lo comprobó una hora después. En el móvil de Miguel había seis mensajes y tres llamadas. En el de Lía, nada. Hasta que una de sus conocidas en Madrid le escribió un wasap revelador: «Oye, Lía, estoy en un garito en Chueca, y a qué no sabes quién está aquí? Miguel!!! Dónde te metes túúú?». ¿Que dónde se metía? Lía estaba en una

fiesta, sí, pero quiso meterse bajo la tierra o directamente envolverse en su edredón. Miguel había vuelto sin contratiempos, no tenía jet lag. Lo que tenía era mucha cara y muy poca vergüenza.

Nunca supo qué pasó. Si, al pisar tierra, Miguel volvió a sufrir un ataque de pánico social, si simplemente la utilizó durante el viaje para no aburrirse o si un amigo le dijo esa noche: «Anda ya, ¿por qué vas a tener que llamarla y pasar la noche con ella?, ¿es tu novia, acaso?». Pudo ser cualquier cosa, y en el fondo le importaba un pito, pero el silencio y el vacío de Miguel hicieron que Lía se sintiera traicionada, molesta, incómoda… y hasta culpable.

Y no podía pasar otra vez por eso. ¿Qué cojones había hecho ella? Simplemente se había dejado querer, envolver, animar. Y todo se le había vuelto otra vez en su contra. No, no estaba enamorada de Miguel, pero se sintió tan mal esa noche que al primer juramento de no amar jamás a otro hombre, y al segundo de no llorar, se sumó uno nuevo: nunca celebraría Halloween.

35

He fantaseado con que me quieres, con que nos queremos.
También con que cuando me dices «guapa»
hay en esa palabra un mensaje encriptado,
de noches sin dormir, caricias, endorfinas y sexo,
pero también de futuros juntos.

He fantaseado con que nunca más vendrás de visita.

Me recreo en el día en que me besas
y me dices que quieres vivir conmigo,
aunque ya habitemos en un lugar común.

Sí, fantaseo. Por qué no…
Es gratis.
E imposible de frenar (e irrefrenable).
Fantaseo porque me da la gana
y porque soy feliz mientras las cosas no se estropeen.

Fabrico diálogos y beso las almohadas
cuando me contestas con el icono del corazón.

Imagino peleas y discusiones
cuando simplemente pones un pulgar hacia arriba.
Ahí me decepcionas.
Me castigas.
Pero luego vuelves con un nuevo like a mi foto del desayuno.

Fantaseo. Sí.
Qué más da si nunca pasa…
En mis fantasías siempre me quieres.
Y me quieres para siempre.

Y en ellas disfruto imaginando cómo empezará lo nuestro,
sin importarme cómo acabaré yo.

Notas de Lía a mano en la
libreta del trabajo

36

¿Por qué no decirle a Abel que tenía un partido en Valencia y que iba a pasar allí un día ese fin de semana? ¿Por qué no pedirle que se vieran en su territorio? ¿Por qué no proponérselo, si él ya andaba haciendo y deshaciendo planes de Lía para verano? «Me gustas, Lía, y no me gusta ninguna otra. No quiero acostarme con ninguna…». Eso le había dicho Abel la última vez que se habían visto, apenas dos semanas antes… ¿Qué podía salir mal? Se lo preguntó sin pensarlo, sin reescribir cien veces el mensaje. «Por amor de Dios, ya está bien», se dijo a sí misma.

—¿En serio? ¿Vienes a Valencia? Joder, qué alegría me acabas de dar, Lía.

No resultó tan difícil. Lía respiró tranquila. Había aceptado el trato. Iba a ser un buen ensayo, si finalmente acompañaba al grupo en la minigira en julio… Claro, que Lía aún necesitaba que algún compañero le cambiara la semana. Lo primero que había podido conseguir Lía era hacer ese viaje a Valencia. Ella no solía ir a los partidos, pero vio una oportunidad de ofrecerse y rogó, mintió y casi extorsionó para poder ir. Era la penúltima jornada de liga y el Valencia se jugaba contra el Alavés un puesto para entrar en la competición europea.

Lía iba a estar poco tiempo en la ciudad. El partido era a las 18:30 y solo se quedaría esa noche. No le habían dado opciones en el trabajo para cambiar el billete y prolongar su estancia. Se alojaría en

el NH Las Artes, siempre lo hacían cuando había partido en Mestalla, uno de los estadios más vertiginosos que conocía. Subir hasta los pupitres de prensa era una tortura. Le pareció un buen símil: ir a ver a Abel también le daba vértigo.

No sabía cuántos trenes había cogido ya en su vida, con tanto ir y venir de Madrid a Sevilla y viceversa, pero se sentía extraña yendo hasta Valencia. Sí, iba a trabajar, pero también a encontrarse con Abel en su propia ciudad. Estaba ya tan cansada de sentir miedo, además Abel se estaba tomando su relación en serio, de eso estaba segura.

Había llegado a la estación Joaquín Sorolla con el tiempo muy justo. Sorolla, el pintor de la luz, del mar, del color de la arena sobre la piel y del brillo del sol en las olas… Sorolla, que pintó tantas veces a su mujer, su inspiración. Ella, Clotilde, que vivió tantas veces separada de su marido, pero que lo amó hasta el último de sus días. Ella, que escribió cartas eternas, alimentando cada semana su amor desde la distancia… Clotilde y Joaquín, Lía y Abel.

No estuvo nada centrada durante el partido, pero el fútbol no le ocasionaba demasiado estrés. De hecho, de los deportes de equipo, probablemente fuese uno de los más aburridos. El Valencia ganó al Alavés 3-1 y Lía envió rápidamente al periódico las transcripciones de las ruedas de prensa de ambos entrenadores y las declaraciones que los futbolistas hicieron tras el partido, en lo que se llamaba Zona Mixta. Lo hizo muy rápido, pero ya casi eran las diez de la noche.

Le indicó al taxista la dirección del NH: avenida de l'Institut Obrer de València, 28. Tardaron apenas once minutos en llegar.

—Deme usted el tíquet, por favor —le pidió Lía, educadamente y con muchas ganas de llegar ya a su habitación.

Al final de la avenida se perfilaba la cúpula iluminada del Hemisfèric, uno de los edificios diseñados por Santiago Calatrava en la Ciudad de las Artes y las Ciencias. La construcción representaba al ojo humano, el que todo lo veía, el que observaba al mundo. Lía sintió como si algo o alguien la espiase.

No había pasado todavía por el hotel, así que había llevado todo el día una bolsa de deportes con una muda y algunas cosas de aseo. Pensó que le gustaría lavarse un poco antes de que Abel le quitara la ropa. Habían quedado en la recepción del hotel y se pegó un alegrón de verlo ahí, tan formal y puntual.

No sabían cómo hacer el *check in* de la habitación y eludir la presencia de compañía. La reserva estaba a nombre de la empresa y esas cosas la ponían muy nerviosa.

—Abel, vamos a dar tu DNI y punto. Me importa un comino que el de la recepción sepa que vamos a follar…, pero hagamos las cosas bien, porque me pongo histérica.

El cantante sexy se partía de risa. No sabía que Lía era tan… correcta.

—Buenas noches, tengo una reserva. Yo me alojo en el hotel y él… solo viene de visita.

De repente a un polvo se le llamaba «visita»… Abel no iba a quedarse a dormir, al día siguiente Lía cogía el tren de vuelta muy temprano (puta empresa) y él no iba a salir de la habitación después que ella. Tampoco había puesto muchos inconvenientes, ni la había invitado a su casa. En fin, el hotel era lo más práctico.

El tipo de la recepción fue realmente simpático, le agradó que fuese con la verdad por delante y solo les cobró un suplemento que

Lía pidió, por favor, que le fuese facturado aparte. El empleado se guardó la sorpresa para el final.

—Ah, disculpen… No les he dicho que le hemos aplicado un *upgrade*. Tiene usted una habitación junior suite.

Le faltó guiñar un ojo, como los personajes simpáticos de las películas románticas, cómplices de la pareja protagonista. Lía se acordó de pronto del recepcionista de *Pretty Woman*.

Subieron a la cuarta planta y en el ascensor Abel ya jugó a introducirle la mano por el vaquero. Lía se escabulló como pudo, pero no le fue posible. Le hubiese apetecido ducharse antes. Al entrar en la habitación junior suite se llevaron la sorpresa: era un dúplex. Un sofá les daba la bienvenida al entrar, a la derecha, con una enorme alfombra en el suelo. Había un escritorio al otro lado, junto a la puerta de un pequeño cuarto de baño. Al fondo, una escalera de caracol subía a la segunda planta, donde estaría el dormitorio con una cama de dos metros y medio. No llegaron a verla, no aún… Lía intentó alcanzar el baño, pues seguía soñando con una ducha, mientras Abel la perseguía.

—Abel, me siento muy puerca de todo el día, déjame un momento.

Él no estaba dispuesto. Quería hacérselo ya, como siempre que la veía. Abordarla, embestirla, manosearla, disfrutarla. Estaba muy excitado.

—Me gusta que huelas, que huelas fuerte —le susurró al oído.

La había acorralado entre la pared y el mueble del minibar, de espaldas a él. Ya le estaba bajando los vaqueros con ansiedad y ganas.

—Ven aquí, que te vas a enterar de lo que es estar puerca.

Abel le bajó los pantalones mientras Lía notaba su bulto en el trasero. De pronto la hizo girar sobre sí y la sentó en la cómoda que tenían detrás. Le dio un bocado en la vulva, sin quitarle aún las bragas. Ella estaba muy mojada. Mientras le arrastraba los vaqueros por los tobillos, no le importó nada que no se hubiese duchado. Él le mordió el interior de los muslos una y otra vez, Lía ya no se acordaba de que había pasado mucho calor durante el partido. Mientras Abel le lamía su sexo empapado, Lía no cayó en la cuenta de que había hecho pis en el estadio y ni se había podido siquiera limpiar.

—Me encanta cómo te huele el coño, Lía, necesitaba olerte. Joder, cómo me pones.

Ya no importaba nada. Ni el calentamiento global, ni la capa de ozono, ni el descenso de la natalidad mundial. Abel necesitaba olerla como las madres a sus bebés.

Lía se daba con la cabeza en la pared cada vez que arqueaba su columna hacia atrás. Abel succionaba su clítoris una y otra vez. Ella estaba sentada sobre ese mueble que a duras penas resistía su peso. Él, de rodillas, parecía que suplicaba que se mantuviese con vida mientras disfrutaba del sabor del sexo. «No me voy a ir a ninguna parte, Abel, estoy aquí, en Valencia, soy tuya. No me voy a marchar», pensaba Lía mientras jadeaba.

—Te gusta, ¿verdad? ¿Te encanta que te ponga así de loca? —decía Abel mientras Lía apenas podía susurrar un sí—. Pues ahora verás…

Abel se separó de ella bruscamente, no sin antes darle un cachetazo con toda su manaza abierta en el muslo izquierdo. Lía sintió el picor en la piel.

—Túmbate ahí —le ordenó.

Señaló la enorme alfombra que cubría la primera planta de la habitación junior suite que el recepcionista simpático les había dado. Lía tampoco se acordaba ya del recepcionista simpático cuando Abel prosiguió con su ritual sexual:

—Quítate la parte de arriba.

Ella obedeció sin dejar de mirarle a los ojos mientras él se tocaba la polla dura, oscura, con unos movimientos lentos, pausados. Las manos de Lía obedecieron y se quitó la camiseta, se desabrochó el sujetador. Abel se acariciaba sin parar, se mordía el labio con sus dientes torcidos. Entonces ella se reclinó hacia atrás y dejó que el pelo le cayese como una cascada sobre esa alfombra donde Abel iba a penetrarla o no sabía qué otras cosas podría hacerle. Y él, que se masturbaba sin pausa, fue acercándose a ella. Le separó con un pie una de las piernas; de esta manera, Lía se abrió de par en par ante él, dejando totalmente al descubierto su vulva. Ante tal visión, Abel se mantenía en pie, pero aceleró el ritmo de sus tocamientos, empezando a jadear cada vez más fuerte.

—Tócate, Lía, tócate para mí.

Ella colocó las manos en los pechos y los atrapó para él. Pasó lentamente el pulgar sobre los pezones y cerró las piernas para notar cómo se rozaban los labios y lograr una mayor excitación. Pero el cantante sexy no permitió que las cerrase porque quería ver su vulva roja. Él se tocaba cada vez más rápido, conteniendo el grito. Lía se llevó las manos al clítoris y se tocó para él, actuó para él. Entonces Abel eyaculó todo sobre ella, sobre su piel, sobre sus pechos, sobre sus muslos. Abel se arrodilló en la enorme alfombra de la junior suite. Lía permanecía tumbada, jadeando. Eran dos y

eran mejores, juntos. Él se acurrucó formando una diagonal sobre Lía y ella pensó en la *Pietà* de Miguel Ángel. Él estaba cansado, pero no había acabado aún. De hecho, solo había comenzado la partida. Estuvieron en silencio unos cinco minutos. Luego hablaron del partido y de cosas banales otros diez o quince, pero ambos eran conscientes de que tan solo era una pausa. Y Abel retomó el rol de antes. El de ordenarle a Lía lo que tenía que hacer.

—Lía, vete hacia la escalera. Quiero mirarte.

Ella (¿acaso tenía otra opción?) volvió a obedecer. No se dio cuenta de que Abel tenía el móvil en la mano. Puso una canción de Björk. Lía no la conocía. No sabía que se llamaba «Vokuro», una palabra en islandés. No entendía lo que decía la letra ni lo que había detrás de esa poesía. «Estamos despiertos como la fe en la vida». Lía ignoraba de qué iba aquello, solo se movía a su ritmo, bailando para Abel. Y no era fácil… Empezó a moverse mientras subía por la escalera de caracol, al ritmo de lo que parecía un coro, que cantaba detrás de la voz de Björk… La mirada de Abel la traspasaba y ahora la desnudez por fuera era lo de menos. Lo peor para ella era lo que él estaba tratando de averiguar y lo que podría descubrir a través de su cuerpo, que ascendía por la escalera.

Lía cerró los ojos para no sentir vergüenza, porque lo amaba y se le notaba. «Tus ojos intrépidos y serenos sonríen, encienden para mí la esperanza». Abel la alcanzó en la escalera. Ella prefería no mirar. Él entendió el acertijo. Y, allí mismo, empezó a penetrarla suavemente, al compás de la voz de Björk que acababa de pronunciar eso de *stülkan mín*, mi pequeña niña.

La canción empezó a sonar de nuevo. El bucle continuó sin tregua y durante dos repeticiones follaron al ritmo de ese mantra,

sorprendentemente cómodos en esa escalera de caracol, encajados como en un puzle. Dos repeticiones de la canción después, algo más de seis minutos, Lía alcanzó el orgasmo. Abel salió de ella y se dejó caer de nuevo entre sus piernas, y la *Pietà* volvió a la cabeza de Lía. ¿Era posible que lo quisiese tanto? ¿Como una madre a un hijo muerto en sus brazos? ¿Tenía sentido todo eso que estaba viviendo junto a él? ¿Sentía Abel lo mismo?

Y de repente sí que fueron conscientes de dónde estaban. Se estaban clavando la madera de los peldaños y sintieron en la espalda el frío del metal de las juntas. Björk continuaba sonando, pero no hablaron. No hacía falta. Los dos completaron una coreografía de movimientos: Lía llegó a la segunda planta y fue al baño; Abel apagó la música del móvil y también subió el último escalón. Solo entonces se metió en la cama de dos metros y medio y la esperó con la piel fría y el sexo derrotado. ¿El corazón? Ni idea de cómo lo tenía.

Ella regresó y buscó su calor. Tenía la piel erizada. No iban a repetir, ahora venía otra parte que también era hacer el amor. Les tocaba abrazarse, acariciar la pierna del otro con la yema de los dedos, amoldar su pelo, calentar sus pies, reírse mirando el techo. Lía se encontraba tan bien que no sintió ningún temor. Ya no. Estaba con Abel y nada malo podía pasarles.

37

Lía seguía recostada en su pecho, haciendo churritos con los pelos de la barriga de Abel. Él le acariciaba el brazo con el dedo índice, con un leve contacto que casi quemaba. Desde la planta inferior, subía un ruido intermitente. Tal vez el estor que golpeaba la pared a causa del viento que entraba por una rendija de la ventana. Pero ninguno quería levantarse. Ninguno iba a moverse de allí. Si hubiese sido por Lía, no se hubieran ido jamás de ese cuarto. Ni siquiera se dieron cuenta de que no habían cenado nada.

—Vamos a jugar —dijo de pronto Abel.

—¿A un juego?

—Mmmmmm… Sí. A ver, se llama El abecedario. Empezamos por la A y enumeramos palabras que tengan que ver con esto que estemos haciendo ahora…

—No lo entiendo, empieza tú, pon un ejemplo.

—A ver, pues… A de… ¡acostados!

—Ah, vale, A de… arrumacos —contestó de un impulso Lía, que se echó encima de su cuerpo, aplastándolo a propósito.

—¿Ves? Lo has pillado perfectamente. Me toca: B de beso —añadió él buscando su boca.

—Baaah, ese era fácil. Pues entonces yo te digo otro chupao: C de cama.

—Podrías haber dicho coño o clítoris… ¡O cosquillas en el coño o en el clítoris! —se carcajeó Abel, que empezó a perseguir a Lía por

aquella inmensa cama de la habitación junior suite.

—¡Deja eso quieto ya! Está guay este juego. Me toca. Ahora yo, con la D…, uf, no se me ocurre nada… Espera, a ver…

Lía estaba bloqueada… ¿Diente? Eso no tenía nada que ver, no tenía gracia. ¿Dedo? ¿Por qué pensaba en partes del cuerpo? Abel le había llevado por ahí, pero no se le ocurría nada más.

—¿La ayudo, señorita periodista? Vaya poco «don» de palabra. Con D…

Abel se movió un poco y de un solo gesto la colocó de espaldas a él. En cucharita. Le mordió la oreja y Lía se arqueó. Abel ya estaba otra vez empalmado y se estaba moviendo contra ella.

—D de… ¿darte fuerte?

Ambos se activaron rápidamente, como si le hubiesen dado al botón del sexo. Solo era un juego, pero ya no podían pararlo. Se deseaban continuamente, D de deseo.

—Te toca, Lía, te toca la E, aunque dímela rápido, porque no paro de pensar en la F de follarte que viene ahora —susurró Abel mientras la penetraba suavemente por detrás.

—E de erizarme todo el cuerpo —dijo jadeando Lía—. Mira, toca. —Sentía los vellos de punta en cada penetración.

Estaban cogiendo más ritmo cuando Abel paró en seco. Le tocaba jugar con la F. Salió de su interior y se puso de rodillas encima y gateó hasta que su pene quedó a la altura de su boca.

—Uy, uy, señorita… —dijo, travieso—, lo de F de follar era muy fácil… Aquí tienes la F, F de…

No le dejó hablar y hundió su pene hasta la garganta. «F de felación», pensó Lía. Abel soltó un gemido enorme.

—G… de…, uf…, G… de gemir —logró decir con dificultad—. Joder, Lía, no vamos a llegar al final del juego.

Ya estaban empezando a perder el hilo…, ¿por dónde iban? Con el abecedario a menudo pasaba que había que empezar de nuevo, o retroceder hasta dos o tres letras anteriores, porque el cerebro estaba diseñado para recitarlas en conjunto. Había que decirlas de corrido, como si formaran parte de una cadena. Tal vez Lía y Abel empezaron a ser eso. Letras que formaban sílabas. Juntos. Y no solos. A-b-c-d-e-f-g…

Lía había perdido la oportunidad de jugar con su punto G. A-b-c-d-e-f-g… Hache, venía la hache. H de himen. No, esa no. H de habilidad, tampoco. H de hielo. Si estuvieran en casa de alguno de los dos, Lía podría haber parado un momento para ir a la cocina, coger un hielo del congelador y pasarlo por el cuerpo del Abel hasta que se derritiese, como en aquella famosa película. Fantaseó con que se lo introducía por el sexo y que hacía todo tipo de cosas, todo lo que la imaginación (ahí estaba la letra I) les permitiese.

Dejaron de jugar con la J para seguir follando. Ninguno hablaba ya. Solo jadeaban. J de jadeos. La K…, difícil, imposible… Todas infantiles: kiwi, kiki… ¿Kilos? Los que perderían esa noche. ¿Karma? Demasiado seria. Siguiente letra. Lía y Abel jugaban al abecedario sin ser ya conscientes. Con la L de lamerse, con la M de meterla, de mamada, de masturbarse, con la N de nalgas…, se perdieron en la nebulosa que lo empañaba todo dentro de aquella habitación de hotel. Ñ. Imposible. Y la palabra que surgía, un poco grosera pero que también valía, ñaca ñaca. Estaban a punto de correrse, de llegar a la O de orgasmo. Orgasmo doble. Ahora sí, compartido. Lía sintió más placer, con P, que de costumbre. Y se quedó…

Quieta.

Relajada.

Satisfecha.

Abel dejó caer todo el peso sobre su hombro derecho y Lía sonrió. O-p-q-r-s…, t. Ella no dejó de jugar.

—Te quiero.

Lo dijo en voz alta. De pronto se hizo un tremendo silencio. Abel no separó la cabeza de su hombro. Se hundió en él, pero parecía como si no pesara, como si su cuerpo se hubiese esfumado, levitando en la habitación junior suite. Lía mintió:

—A ver, quita, que me hago pis.

Salió disparada al baño y cerró la puerta. Algo que nunca hacía. «Dios, Lía, eres gilipollas. ¿Has dicho eso en serio? ¿Te quiero? ¿En voz alta? Aunque lo pienses, aunque quieras que lo sepa. Eres imbécil… Le has asustado». La mente de Lía iba a mil por hora, su cuerpo se volvió torpe. Se dio con el lavabo en el codo.

—¡Ah, joder!

—¿Estás bien?

—¡Sí, sí, me he dado en todo el codo!

Tuvo que esforzarse por hacer pis, porque estaba bloqueada. Al otro lado de la puerta, escuchó cómo Abel se levantaba de la cama, ¿adónde iba? Lía se limpió, notando el escozor del sexo recién hecho, y regresó al cuarto sin mirarse al espejo, avergonzada. Abel se estaba vistiendo. Lo miró, con la barbilla temblando. La oscuridad la ayudó.

—¿Te vas?

—Es que me ha entrado frío. Y me he acordado de lo de madrugar mañana. Uf, como espere un segundo más me va a dar un sueño,

vaya acople y…

—Estaba jugando, Abel —le interrumpió Lía—. Nos tocaba la T. Y estábamos jugando —añadió, muy seria.

—¿Qué? Ah, vale, la T. Ya…, tranquila. Sí, eso, el juego. Íbamos por la T… Eso o… ¡T de teta, jaja, claro! ¡T de trompa, la mía, jajaja!

Abel estaba tremendamente acelerado.

—T de tarde… Hoy no puedo dormir aquí, preciosa. Te lo dije, ¿no? Me tengo que ir, con T. Tengo, ¿lo pillas? Jeje…

A Lía le dieron ganas de gritarle que se callase ya con la puta T de los cojones. Pero su seguridad estaba destrozada. Una profunda tristeza se le empezaba a instalar en el pecho. Tristeza con T de su puta madre, con la T de los putos cojones.

Él se terminó de vestir mientras decía tonterías sin parar y Lía no le escuchaba porque le pitaban los oídos como si se hubiese dado un golpe terrible, no en el codo, sino en la sien.

—Vale, vete.

Abel se paró en seco y la miró. Lía le había soltado aquello con un tono absolutamente dramático.

—¿Cómo?

Lía reaccionó porque había sonado muy duro. Si hubiese podido verse a sí misma, como en un viaje astral, le habría dado miedo, porque de pronto sacó una fuerza casi diabólica para cambiar el semblante, el tono de su voz, y sonar divertida al decir:

—¡Vete con V!…, ¿no? Es la que venía ahora. «Vale, vete», ¡encima doble punto!

Abel se quedó inmóvil, parecía que respiraba aliviado. Esa sensación tranquilizó a Lía, pero ¿qué estaría pensando?

—Ah, claro, que tocaba esa. Joder, el abecedario nos ha dado juego, ¿eh? Pero te has saltado la U… de uf, vaya polvazo hemos echado con el jueguecito…

Abel se acercó a darle un beso en la nariz, cariñoso y distendido, como hacía siempre, pero sus palabras ya no tenían gracia.

—Bueno, morenaza guapa, me perdonas que no me quede a dormir, ¿verdad? Oye, la ropa está abajo, ¿no? No te vayas a levantar, quédate aquí, que te vas a enfriar.

Su tono parecía tan condescendiente que de pronto Lía casi no le reconocía. Demasiado correcto, demasiado forzado. No, no le acompañó hasta la planta inferior de la habitación junior suite. Solo le contestó con un «vale» que sonó falso, infantil y enfadado. Y es que lo estaba. Triste y enfadada con ella misma y con él. Con el puto juego y con todo el léxico español. Se habían divertido tanto…, y ella lo había estropeado. ¿A quién se le ocurriría decir una cosa así en alto? Era la última vez que se volvía a atrever a decirle algo tan… fuerte. Algo tan… de verdad.

Última.

Verdad.

U-v-w-x-y… Y zeta. La Z de zancadilla. De zoquete. De zopenca. De zarpar. La Z de la zozobra más absoluta.

38

En el AVE trató de pensar en otra cosa que no fuera él. Quería arrancárselo de la cabeza. Lo mejor era recurrir a aquel libro de Paolo Giordano que la mantenía enganchada, ese que hablaba de personas solas, incomprendidas, de números primos condenados a dividirse solamente por uno o por ellos mismos. Se preguntó si no sería ella uno de esos números. El once, el trece, incluso el cuarenta y uno o el cuarenta y tres. Si no sería ella algún logaritmo extraño, imposible de cuadrar, condenado a dividirse siempre por ella misma. Por un momento sí dejó de pensar en Abel. Para centrarse en la imposible relación de aquellos dos personajes atormentados, pero de nuevo volvió a aparecer él, voraz, súbito e imposible de esquivar.

Abel. Sí, era él. El que llegaría a su vida para hacer borrón y cuenta nueva, el que desdibujaría todos aquellos números indescifrables de la pizarra desvencijada de sus treinta y cinco años. Y se sintió mal, mareada, con nauseas. Ahí estaba, sentada en el asiento 1C, pasillo, del coche número 8, junto al vagón de la cafetería, cuya puerta no paraba de abrirse y cerrarse mientras hacía un ruido constante, molesto, de irritable cadencia. Ruido, vacío, ruido, vacío…

Sintió que huía de algo al abandonar Valencia, escapaba de la insoportable sensación de tenerlo cerca y no poder mover las cosas de sitio… a su antojo y no a la del otro. No podía zafarse de los sentimientos que tanto la atormentaban ni huir del miedo. Los

pensamientos le perseguían, aunque fuese a más de doscientos kilómetros por hora. Las inseguridades volvían a subir por sus vaqueros, como un ejército de hormigas, al pensar en el último wasap de Abel, insulso y sin chispa: «Que tengas buen viaje, Lía».

Vale, tal vez era una frase tópica, una mera fórmula, pero que a ella se le antojaba frustrante, premonitoria, después de lo que había pasado en la habitación junior suite. Se aferró al libro que tenía entre las manos durante todo el trayecto. Y cuando estaba a punto de llegar a Atocha, algo le hizo mirar hacia arriba, a la pantalla de televisión de su vagón, donde aún pasaban películas. Y en esa pantalla, justo exactamente en ese vistazo, Lía lo leyó en los créditos finales: Abel no sé qué.

Dejó escapar una sonrisa, pensó en el magnetismo atroz que provocaba desear algo. Abel no era un nombre común. No estaba ahí por casualidad, no. Tampoco era una señal, de acuerdo… Pero ¿Abel? ¿En serio? ¿Qué tipo de broma era aquella? Hizo entonces el ejercicio, la travesura de probar de nuevo, a ver con qué nombre se topaba, antes de que se terminasen los títulos de crédito. Una, dos y tres… Alzó la vista otra vez a la pantalla. Y pum. Así escrito, otro nombre.

—Esto es de coña —dijo en voz alta moviendo la cabeza a ambos lados.

No era coña, ahí estaban las letras que formaban ese nombre, Alfonso, que tantos recuerdos dolorosos le traía.

39

Alfonso
6 de agosto de 2014-12 de junio de 2015

Cuando alguien tiene tanto rencor en su corazón, está abocado a dos cosas: a quedárselo dentro y destrozarse poco a poco, o a buscar otra persona sobre quien volcarlo y destrozarla a ella. Alfonso era de los segundos. No era mala persona, pero su rencor hacía daño a quienes intentaban amarlo.

Lo conoció en una barbacoa, recién llegada a Madrid. Se fijaron el uno en el otro, tontearon y bromearon mucho. A Lía no le pasó por alto que Alfonso era hijo de una familia de mucha pasta, un niño bien. Trabajaba en un banco. El caso es que era divertido, dicharachero. Lía se dio cuenta de que le gustaban los tíos arrolladores. Todo fue bastante sencillo. Desde aquella barbacoa en la que se vieron por primera vez y en la que se dieron los teléfonos con cualquier excusa, no dejaron de hablar a diario, aunque no terminaban de quedar. Así que primero se conocieron hablando mucho a través del móvil. Solo quería un entretenimiento para alejarse del fantasma de Ismael, para olvidar cuanto antes.

—Solo quiere una novia de WhatsApp —comentó su hermana de sangre, Rocío.

—Y yo quiero vidilla, Ro. Estamos en paz.

Una tarde Lía volvía de Sevilla, pues había ido a pasar unos días, y le quedaban dos horas de camino. Esta vez se había llevado el coche. Por eso decidió llamar a Alfonso para pasar el rato.

—¿Tienes algo mejor que hacer hasta las ocho que entretenerme mientras conduzco?

—Iba a pasear a la tortuga, pero le puedo poner pañales.

Durante esas dos horas las palabras fluyeron y fluyeron. Al principio se contaron lo que habían hecho ese día para romper el hielo. La conversación rodaba por la carretera al igual que el coche de Lía. De pronto hablaron de cuál era su playa favorita o del cometa que había sobrevolado el cielo del sur de Francia, el día antes, y que había salido en todas partes. Bendito manos libres. Alfonso le contó que había discutido con su hermano y se pusieron al día de sus asuntos familiares. A Lía le quedaba media hora para llegar a casa, justo cuando se estaban contando qué mascotas habían tenido de pequeños, y ella escuchó unos pitidos intermitentes al otro lado del teléfono.

—¿Qué es eso que escucho? ¿Estás en un supermercado?

—Hombre, no creo que tengas mucho en el frigo cuando llegues, alguien tendrá que llevarte la cena…

Lía no se esperaba que la primera cita con Alfonso fuese así, inesperada, sin preparar… Se acababa de autoinvitar él solo. Pensó que necesitaba una ducha, saber si su casa estaba recogida, recolocar los cojines del sofá…, no una visita tan improvisada de Alfonso… Pero no había nada que hacer, él iba de camino. De hecho, cuando llegó a la puerta del garaje, ya estaba ahí. Le había dado la dirección durante el trayecto y la esperaba en el portal con dos bolsas del Carrefour Express a cada lado.

—Como no te conozco todavía, he comprado un poquito de todo. Huevos, una cuña de queso, una bandeja de filetes, canónigos, tomates cherry, salmón, paté, tostas y unos melocotones. No sé por qué, pero me he imaginado que te gustan.

Y también llevaba cerveza, y un vino tinto, y piquitos de pan, y una tableta de chocolate. Lía quería colgarse de él por el cuello y no soltarlo en veintisiete años. Se besaron en el ascensor y chafaron dos huevos de la bolsa.

Ella se dejó abrir del todo. La nevera, las piernas y un poquito el corazón. Alfonso parecía la persona ideal con quien pegar los pedacitos. Era el primer hombre por el que había sentido un poco de curiosidad, después de su descalabro con Isma. Era el pegamento fuerte y seguro que necesitaba. El Loctite del amor. Pronto estaría encantada de dejarse envolver por Alfonso, el voraz. Ella no tenía que hacer demasiado, era hiperactivo en las relaciones. Bueno, lo era… en general.

Al comienzo fue muy divertido. Lía casi no podía hacer planes porque, en cualquier momento, Alfonso aparecía y le ponía todo del revés. Alguna mañana en la que ella libraba entre semana, él decía en la oficina que iba a visitar a un cliente y se presentaba en su casa. A Lía no le daba tiempo a arreglarse ni a volver a recolocar los cojines del sofá. A veces, lo recibía en pijama. Desde el principio, la coquetería con Alfonso pasó a segundo plano.

—Señorita, me han dicho en el banco que necesita usted revisar su plan de pensiones —decía muy serio en la puerta, con su maletín.

Y entonces entraba en casa y follaban a plena luz del día, con Lía recién levantada. Lo hacían directamente en el pasillo, sin que él ni siquiera se quitara la camisa ni la corbata. Y así, despeinado y con el

rubor aún en las mejillas, recién follado, cogía el maletín y se marchaba de nuevo a la oficina.

—Te veo pronto —prometía sin mentiras.

Otra mañana volvió a llamar al 4.º B, estaba claro que lo harían en el sofá esparciendo todos los cojines por el suelo, y esta vez el ofrecimiento fue otro:

—¿Quiere que le muestre las opciones de préstamo que tenemos?

Se veían mucho. Hablaban a todas horas, se enviaban fotos, se escribían y se iban amoldando a estar en la vida del otro. Sin decir qué había entre ellos, sin hablar de qué eran. Las heridas de Ismael cerraban poco a poco y Lía se subió a la ola de Alfonso, agarrándose fuerte a su cintura, porque junto a él, todo ocurría muy deprisa. Era de los que vivían gastando la vida, yendo a todo tarde, sin decir que no a nada. Alteraba horarios, atendía las llamadas en espera, confundía citas, siempre iba de camino, comunicando, llegando, aparcando… El gerundio como forma de vida.

Tenía la habilidad de caer bien aunque fallase a todos. Podía hacer esperar una hora sin avisar, comerse unas lentejas frías a las seis de la tarde, conducir con el móvil pegado a la oreja y cambiar las marchas con la mano izquierda o llevar doscientos euros en metálico en la bolsa del gimnasio para pagar al tío del taller. De hecho, al principio, a Lía todo eso le hacía gracia. Lo que no sabía era que estaba saliendo con un devorador de energía. Todo corría a doble velocidad, hasta el amor.

Lía estaba convirtiéndose en un camaleón, mutando al color que quisiera Alfonso. Este invadió su vida y sus horarios, e hizo que todo se modificara en medio de un orden aparente. La introdujo en su vida, la convirtió en consorte natural de sus rarezas, la inmiscuyó en

su manera de pasar por la vida corriendo para evitar quién sabe qué. Le presentó a sus amigos, la metió de lleno en sus viajes, en sus quedadas, en sus compromisos… Le hizo creer que eran una pareja, que aquello se parecía mucho a la felicidad.

En medio de tanta rapidez, Lía empezó a ahogarse porque seguir su ritmo era imposible. Y llegaron las discusiones. No supo cuándo comenzó todo ni qué fue lo que lo desató. Alfonso siguió siendo encantador fuera de casa, pero retorcido y vengativo dentro de ella. Un día cualquiera se pelearon por cómo se llamaba un restaurante en el que habían estado y cuyo nombre no encontraban en internet. Menuda tontería…, pero aquello cobró una dimensión que disparó todas las alarmas en Lía. Por poco tiempo, porque enseguida las desconectó. Neutralizó la primera bomba. La siguiente vez que Alfonso le gritó fue por algo mucho más absurdo. Discutieron si debían dejar propina o no. Lía salió de aquella pizzería cabizbaja y con ganas de llorar. ¿Por qué se ponía así? Pronto lo arreglaron, él bromeó y consiguió neutralizar la bomba número dos.

Luego vinieron otras muchas veces. Alfonso se enfadaba por cosas que no tenían importancia: porque Lía bebiese más de la cuenta en una cena, porque un tipo se saltara un ceda el paso o porque un niño gritara demasiado en una terraza llena de gente. Lía no sabía si tenía que ver con ella o no. No entendía qué desataba el enfado de Alfonso. Trató de hacer una lista mental de temas que no debía discutir con él, pero Alfonso era cada vez más imprevisible e injusto. Ella no lo sabía, pero el rencor le envenenaba por dentro.

Lo supo por fin un día en que un amigo de Alfonso dijo algo sobre la muerte, terrible, de su madre. Luego, a solas, Lía se lo preguntó sin tapujos.

—¿Qué le pasó a tu madre? ¿Cómo murió?

A su madre la atropelló tres años antes alguien que se dio a la fuga. Nunca supieron quién lo hizo. Murió desangrada porque nadie la atendió. Apenas dos años después, su padre murió de un infarto. Alfonso le confesó a Lía que estaba convencido de que el cabrón del coche también lo había matado de alguna manera a él. A todos.

Ahí estaba el germen de todo. El odio, el rencor, el vivir de prisa, el avasallarlo todo para no tener tiempo de pensar y mucho menos de recordar… Alfonso llenaba sus horas de muchas cosas que hacer y alteraba su tiempo para no dejar avanzar la rabia que le invadía. Consumía tiempo, distancia y energías, las suyas y las de Lía, para que el odio no tomara forma.

Lo que más le llamó la atención fue que Alfonso no se derrumbara cuando por fin le reveló todas sus desgracias, sino que apretó los dientes, frunció el ceño y la voz se le quebró de resentimiento, sin rastro de pena. Lía entonces se sintió útil. Supo que no podía abandonarlo. Otra vez los fantasmas de Isma, otra vez la enfermera, la madre, la psicóloga, la cuidadora… Su chico la necesitaba y, a pesar de su promesa de no enamorarse nunca más, se encomendó la tarea de permanecer junto a él olvidándose de sí misma. No tuvo en cuenta que eran dos personas, no solo una.

Alfonso quería a Lía porque la necesitaba para no perder amigos, para cambiar los muebles de sitio, para pintar su casa, para intentar divertirse, para abrir la ventana, ventilar los recuerdos y cerrar episodios. Él, siempre él. Alfonso y sus bombas neutralizadas. Lía nunca se preguntó qué necesitaba ella, solo pretendía hacerlo feliz en lugar de querer ser feliz a su lado, que era algo muy distinto.

No estaba siendo consciente de que lloraba demasiadas noches. Porque lo cierto es que lloró mucho junto a Alfonso. Tras cada discusión, ella asumía la culpa:

—Cómo eres de cruel, Lía, con lo que yo he pasado y no haces más que hacerme daño…

—Vale, Alfonso, lo siento.

Ella cedía por la sencilla razón de que una pelea solo se acababa si uno de los dos perdía. Y Alfonso era muy frágil para hacerlo. Lía lloró y también mintió mucho a sus amigas y a sus padres. Les decía que era feliz haciendo planes y viajes con Alfonso, cuando estos empezaban en bronca y terminaban en lágrimas.

Un día Alfonso decidió que era Lía la que necesitaba ayuda.

—Te he pedido cita en una psicóloga buenísima. Me ha hecho un hueco, porque se lo he pedido yo. Estás triste… y tienes que trabajar eso.

Y Lía mintió aún más porque no contó a nadie que iba a acudir a la cita. Tampoco entendía muy bien para qué; la psicóloga tampoco. En la segunda sesión le dijo:

—Creo que eres la persona emocionalmente más sana que se ha sentado aquí conmigo, pero sí que tienes un problema: tu problema es él.

Lía no se lo contó a Alfonso. No quiso romperle el corazón, además si Alfonso le había pedido que fuese a esa profesional tan buena y solicitada, que además se ofreció a pagar, sería por algo. Continuó yendo a las citas unas semanas más y fue la propia psicóloga la que le propuso hacer otra cosa con ese tiempo. Lía no quería decirle a Alfonso que ella no necesitaba ayuda, sino más bien

él. Y la psicóloga no quería que malgastaran el dinero hablando de Alfonso.

—Haremos meditación juntas. Eso siempre te vendrá bien, pero tu problema acabará cuando le dejes.

Lía vivió los meses más tristes de su vida y comprendió entonces las letras de canciones que hablaban de sentirse sola junto a alguien. Estaba muy perdida. No le hacía nada bien estar con él, pero no quería que aquello se fuese al traste, deseaba que saliera bien. Por eso aguantó. Para no fracasar…, o para que no la vieran fracasar de nuevo en una relación de pareja, en otra más. Cuando realmente el fracaso era seguir a su lado.

Pero ella no podía más, era imposible. Él se apoyaba cada vez más sobre sus hombros para dar alguna bocanada de aire, hundiéndola más hacia el fondo. Sí, se estaba quedando sin aire, sin autoestima y sin alegría, y Lía intentó que tuviesen una última oportunidad como pareja. Un fin de semana le pidió tan solo una cosa:

—No hagamos nada estos días, estemos solos. No quedemos con nadie. Ni planes, ni prisas, ni quedadas, ni visitas, ni llamadas en espera, ni almuerzos a las seis de la tarde. No hagamos nada…, simplemente vamos a estar juntos, Alfonso.

A las pocas horas comenzaron a hacer lo de siempre: vivir o gastar la vida como él dictaba. De pronto se vio de nuevo llenando esos días de planes para no tener que pensar en los problemas, en las peleas, en el odio, en el pasado… Para no estar juntos sin más, como hacían las personas que se amaban. Alfonso había llamado a unos amigos a sus espaldas. «Ya que estamos, Lía, quedemos con ellos». Nada podía arreglarse. Lía solo aguantó una vez más. Pero hasta eso, hasta aguantar ya era imposible. De vuelta de cenar,

mientras él conducía su BMW, a pocos minutos de llegar a casa, rompió a llorar delante de él. Derramó todas las lágrimas que tenía dentro, las que había retenido durante el tiempo que habían estado juntos. No dijo ni una palabra, solo lloró hasta quedarse vacía. Después se bajó del coche y solo balbució una frase:

—Es que no puedo más.

Tampoco él añadió nada, como si lo esperara. Alfonso la abrazó para despedirse, pero no como para decir adiós, sino como quien abrazaba a otro para quitarse un peso de encima.

No volvieron a verse más. Lía se curó rápido, más intensamente de lo que imaginaba. Tal vez el alivio de alejarse de él era más fuerte que el daño de estar juntos. Incluso terminó perdonando a Alfonso. A veces pasaban esas cosas. Olvidó muchas cosas de su relación con Alfonso, como qué fue lo que hizo inmediatamente después de dejarlo en la puerta de su casa. Tal vez se propuso comenzar a olvidar a Alfonso justo después de aquel «no puedo más». Qué curiosa la memoria selectiva… Tal vez se metió en la bañera; tal vez llamó a casa para contárselo a su madre. El dolor hizo que se olvidase de algunas cosas para sobrevivir. Pero sí asumió lo más duro de todo, la verdad. Que fue ella la que tuvo la culpa de soportar aquello, y no Alfonso, que ella misma se provocó el daño porque se olvidó de quién era para ocuparse del otro…

Un día, no mucho tiempo después del abrazo aquel con el que se despidieron, Lía se dio cuenta de que había querido a Alfonso, pero que no había llegado a estar enamorada de él, porque querer reparar el daño de otro no es lo mismo que enamorarse. Había seguido por tanto siendo fiel a su juramento. No se había enamorado, bien.

Y huyó a Londres. Le debían días y la empresa accedió. Se cogió dos semanas. Lo habían dejado un domingo y al viernes siguiente se estaba cogiendo un avión, solo ida. Se trataba de irse, sin más. Huir no se le daba nada mal: dolía mucho menos que quedarse.

Su relación con Alfonso la había consumido tanto que, cuando se subió a aquel vuelo, tenía el corazón en los huesos, enjuto. Qué palabra más reveladora. Qué palabras más bonitas tenía el castellano, ya en desuso. Descubrió entonces que en inglés «enjuto» se decía *lean*.

No era el miedo a volar lo que le recorrió el cuerpo desde los pies al último pelo de la ceja, sentada junto a la salida de emergencia, sino otros miedos, en plural. Miedos cabrones… Sin embargo, el vuelo se le pasó rápido y Lía pisó Londres por primera vez (por fin, ya era hora). Jamás había imaginado hacer su primera incursión en la capital inglesa así: sola, sin trabajo, agotada y con el corazón en rabioso duelo. Cuando se viajaba con esos miedos del alma, no importaba que no se hubiese cambiado dinero, ni que tuviese que atinar para coger el autobús y el tren correctos para alcanzar su destino, ni que no entendiera nada… Empezó a gustarle la sensación de ser la única persona que podría salvarle el culo durante las próximas semanas o lo que durase esa huida, aventura o como se llamase esa estupidez de haberse ido sola a Londres.

El tiempo pasó un poquito más rápido durante esa tarde y Lía se instaló en su habitación. Así que se dispuso a investigar la zona y a localizar una escuela para apuntarse, pues esa había sido la excusa para escapar. Se gastó de esa manera sus primeras libras y también se compró su primera cena mientras escuchaba los sonidos de esa

ciudad, mientras se convencía a sí misma de que ya no pensaba en Alfonso.

La residencia estaba en Pentonville Road, en el barrio de King's Cross, junto a la majestuosa estación de St. Pancras. Había bullicio, gente rara, coches, cabinas rojas, *sharis*, turbantes, ingleses de té y españoles de morcilla. Había de todo en Londres… Así que de eso se trataba, de ser diminuta en una ciudad inmensa llena de impactos visuales. Esto iba a gustarle…

Le habían llegado mensajes de sus amigas del alma, pero sus palabras no la animaban, todo lo contrario, la entristecían recorriendo una ciudad que no merecía tanta pena. Las echaba de menos, porque hubiese deseado pasear con ellas por Londres y sobre todo porque no se atrevía a contarles detalles de su dolor, ellas la creían fuerte y valiente…, y no era cierto. Las rupturas con Ismael y con Alfonso solo la habían convertido en una mujer práctica que tomaba decisiones irreversibles: solo por supervivencia y no por valentía.

Lía habló en voz alta con sus amigas que estaban a kilómetros de distancia sin importarle parecer una loca, total llevaba un día en Londres y ya se había cruzado con más de tres personas que hablaban solas…

—Ay, mis buenas amigas que tan orgullosas decís que estáis de mí… Yo no he hecho esto del viaje, ni siquiera dejar a Alfonso, porque sea fuerte, sino todo lo contrario. Sevilla o Madrid me daban mucho más miedo que Londres, por eso he venido.

No tardó mucho en recuperarse de la devastación que sentía. Lejos del fuego, ya no olía tanto a quemado. Solo se permitió llorar un día más por la ruptura con Alfonso mientras se refugiaba en el

hall del British Museum a esperar que dejara de llover. Entró en la sala donde se encontraba el cuadro de *Los girasoles* de Van Gogh y se echó a llorar desconsoladamente.

—Joder, con las ganas que tenía de ver este puto cuadro, y lo pequeño que es…

Culpó a Alfonso por hacerla llorar de rabia por tan tamaña decepción y en cuando pudo salir del museo, con el corazón encogido y los bajos del vaquero empapados, se detuvo súbitamente en el centro de Trafalgar Square, miró a la estatua de Nelson y se hizo una nueva promesa, además de la de no volver a enamorarse:

—Nunca volveré a llorar por un hombre.

40

Lía tenía unas ganas terribles de llorar, pero se había prometido a sí misma no volver a hacerlo.

Habían pasado ¿dos semanas ya? desde que volvió de Valencia y Abel había estado desde entonces distante y frío…, ella lo sabía. Como siempre, se mostraba divertido en los mensajes, pero nada cariñoso, guarro o cercano. Actuaba de forma correcta, sin más. Lía se arrepintió cada segundo de haber jugado al dichoso abecedario, de haber soltado aquella barbaridad… «¿En serio, Lía, decirle a un tío "te quiero" nada más follar?». Pero, un momento: ¿acaso no estaban haciendo el amor?

Lía amaba a Abel y eso no tenía marcha atrás. Así que ya que había fallado a uno de sus juramentos, qué demonios, ¿por qué no?, falló al segundo y se echó a llorar. Y en el momento en que más carrerilla y gusto le estaba cogiendo al llanto, cuando estaba a punto de mirarse en el espejo para verse a sí misma hundida en la miseria del amor, miró la pantalla del móvil. Era Abel…

Escribiendo…

Solo fue un amago. Abel nunca llegó a terminar lo que fuese que estuviera redactando. Sin embargo, Lía siempre estuvo convencida de que no se lo inventó, que vio esa palabra en su móvil: «Escribiendo…». Abel estaba tecleando algo y Lía jamás supo qué. Abel reculó, se lo pensó mejor y dejó a Lía con las ganas de saber qué demonios pasaba por su cabeza.

41

Sí, estaba esponjosa, húmeda, exquisita y nada seca. Nunca le había gustado mucho el dulce y, sin embargo, había sentido las ganas de comer algo así. Había querido probar esa tarta de zanahoria, lanzar al espacio los picos de insulina, como antes de que le viniese la regla. Con una infusión de poleo menta, nada de café. Sí, el dulce como remedio de la angustia. Solo quería la calma que pensando en Abel no lograba.

Entró en aquella cafetería escondida, mona, cuqui, en la recóndita calle del Espejo, y pidió el último trozo de *carrot cake* que quedaba. Hundió el tenedor en el trozo carnoso y de pronto recordó cómo era hundir sus manos en la espalda de Abel. Sintió los trozos del bizcocho deshaciéndose en su boca, reblandecidos por su lengua. Cerró los ojos a cada bocado. Definitivamente era como besarlo a él. La crema agria se colaba, ácida pero sutil, en cada una de sus papilas.

De repente, un pedacito de nuez le recordó lo duro que podía llegar a ser aquello. De repente, preguntas. De repente, un vacío terrible. De repente, la infusión de menta poleo demasiado caliente, hirviendo. De repente, lo amargo en contraste con el dulce. De repente, la nada. De repente, tanta necesidad de verlo, de tocarlo, de besarlo, de llorarlo, de saber, de volverlo a besar, de entender… De repente, un nuevo trozo de tarta que se deshacía en la boca. De repente, deseo. De repente, una lágrima. De repente, otro sorbo a la

infusión con la angustia inevitable de quemarse por dentro. De repente, una arcada. Otra vez esas ganas de vomitar, últimamente demasiadas, mal cuerpo, mareos, dolor de cabeza… De repente, la cara tapada entre las manos y un llanto irrefrenable, caliente y con trazas de zanahoria. De repente, la consciencia de que no estaba sola, sino en mitad de una cafetería. De repente, un «¿estás bien?» del camarero con rasgos indios que se acercó a su mesa. De repente, un «no pasa nada, estoy bien», aunque no lo estuviese, porque hacía unas semanas, un mes o exactamente treinta y seis días que no sabía nada de Abel.

Tal vez podía contarle a ese camarero qué le ocurría. Sí, necesitaba contarle a alguien que era mentira lo que les decía a sus amigas, a las que había vuelto a mentir desde la distancia, una vez más, por culpa de Abel. Llamadas fingidas. Excusas prefabricadas. Lágrimas a escondidas y alma a pedazos, como los trozos de nuez que seguía encontrando a cada bocado. La saliva espesa por el llanto. Miedo, mucho miedo, por lo que realmente estaba pasando: que Abel se había esfumado. Él, que era el definitivo. Él, que estaba entusiasmado. Él, que era diferente, él, que no era como todos o como otros. Él, que era él.

Y, de repente, él ya no estaba. Apenas unas migajas, apenas un pedacito de nuez, apenas un tenedor que descansaba sobre el platillo de cerámica. De repente, restos de Abel, como la tarta de zanahoria que Lía estaba devorando entre lágrimas en aquel rincón de una cafetería escondida, mona y cuqui, donde otros reían, leían un libro, trabajaban o se conocían por primera vez.

Esas cinco semanas sin noticias de Abel la tenían machacada, la hacían sentir ridícula, absurda, perdida, absolutamente desahuciada

y sin fuerzas ni siquiera para enfadarse. Esta vez era diferente a otras veces. Esta vez Lía sabía que no iba a aparecer. ¿Qué coño había pasado? ¿Por qué le hacía eso? ¿Por qué le había espantado su «te quiero»? ¿Tan raro era? ¿Tan grave? ¿Tan feo era querer a otra persona y decirlo? ¿Por qué era tan despiadado, tan hijo de puta? El cabrón del cantante sexy, el Abel de los cojones…, o Caín. ¿Cuál de los dos hermanos era el malvado? ¿Quién mató a quién? ¿Abel era el bueno? ¿Cómo podía un hombre bueno asesinar así el corazón de nadie? Lía no paraba de hacerse preguntas.

Otras veces habían pasado semanas sin saber de él, y siempre volvía. Pero esta vez Lía intuía que lo había espantado del todo. Sí, esta vez no era como las otras. Y supo entonces que los hombres eran más crueles, porque las mujeres, normalmente, daban la cara. Ellos, no, joder. Abel se había guardado con llave lo que fuese que pasara por su cabeza. Le importaba una mierda si Lía necesitaba una explicación, él estaba dispuesto a marcharse sin decir nada. Y eso le pesaba como una tonelada de hierro que le caía en el pecho.

Cierto era que la alternativa pintaba mucho peor: plantarse delante de él y pedirle explicaciones… ¿Y qué iba a decirle? ¿Que no había nada entre los dos? ¿Que lo del puto «te quiero» le había hecho ver que no estaban en el mismo punto? ¿Que habían ido por caminos distintos? ¿Que lo habían entendido de forma diferente? ¿Vendría con el cuento de que había conocido a otra persona? Una mierda. ¿Para qué coño le había pedido que no se liara con nadie más? ¿Para qué le había hecho cambiar sus putas vacaciones y acompañarlos en la gira? ¿Para qué le había compuesto una canción?

Había que joderse con eso de tener que escuchar que los hombres no mentían. ¿Por qué le había dicho que la echaba de menos, que era superespecial para él, que le haría el amor en mitad de la calle? ¿Por qué le dijo todas esas cosas sin remordimientos o previsión? Abel era otro puto mentiroso. Ella le hubiese creído si le hubiese pedido que se asomara al precipicio, que diera un paso más hacia el borde, un centímetro a la derecha…, y, de pronto, ella cayendo al abismo, sin remedio alguno. Abel sí que podría haberle dicho que la quería, pero no aceptaba escucharlo. Se había agobiado. Pero ¿era ella la responsable? Lía quería prometerse a sí misma que no, pero… ¿por qué se sentía tan culpable? Si no hubiesen jugado al puto juego del abecedario, si ella no hubiese dicho eso… La cabeza de Lía actuaba sin descanso, como una trituradora de carne. Rebobinaría hasta el primer día y empezaría a encontrar punto por punto todo cuanto hizo mal hasta conseguir alejarlo de su lado.

Pero no, Lía no había hecho nada desde que lo conoció, solo seguir sus pasos, su ritmo, sus normas. No podía dejarse llevar siempre y encima cargar con las culpas. La culpa era de Abel, que se había esfumado sin dar la cara ni enfrentarse a la situación. Despreciándola, humillándola. Estaba claro que le importaba una mierda que el silencio la matase. Le daba igual irse y llevarse con él las ilusiones de Lía, sus planes, sus regalos, sus sorpresas, sus vacaciones, sus cenas, sus películas, incluso las frases que aún no le había dicho, porque Lía había dosificado su amor para dárselo poquito a poco.

Qué hijo de puta. Treinta y seis días de vacío. De mirar el móvil para nada. De decidir no escribirle más. De mentir a todos y a sí misma. Treinta y seis días para darse cuenta de que había

renunciado a quererse para quererlo a él. Treinta y seis días sin saber nada de Abel. Ya imaginaba las frases que le soltarían sus amigas y ese chat echando fuego: «Es un cobarde», «Le ha dado miedo sentir algo tan fuerte por ti». «En realidad es un cagado…», «Eres mucha mujer para él, déjalo, él se lo pierde», «Mejor para ti, tú vales más…», «Igual hay otra tía…».

Tal vez se cansó de ella o a lo mejor había otra chica, quizá tenía miedo de algo, o no la quería nada, o se quería más a sí mismo. Podían ser mil cosas o una sola, pero lo que estaba claro es que Abel no iba a volver.

El cantante sexy se esfumó por donde había llegado, por el camino ese en el que transitaban las cosas que no duraban para siempre. Abel se había marchado, como tantos otros. Y Lía se enfadó más consigo misma que con él. En cierto modo había estado esperando desde el principio que le rompiera el corazón. Lo sabía en lo más profundo de su ser. Una vez más, un corazón desgastado por querer para nada…, o para poco. De nuevo la certeza de que había dos tipos de personas, las que estaban enamoradas y las que no. Y ella tenía que aprender a no estarlo… otra vez.

Lía se levantó de su rincón, evitó el contacto visual con el camarero de rasgos indios y pagó en la caja la tarta de zanahoria y la infusión de menta. A precio de oro. Salió a la calle y un golpe de luz le cegó los ojos. No sabía qué hacer: ¿se iba a casa? ¿Paseaba sin más? ¿Llamaba a las chicas para contarles toda la verdad de una vez, para decirles cómo se sentía realmente? ¿Escribía a Abel? Cuántas preguntas… Otra vez el vacío.

De nuevo, alguien había llegado para trastocarlo todo y no se quedaba. De nuevo, la sensación de perder más las ganas que el

tiempo. De nuevo, odiar a todos los hombres, no solo a Abel. De nuevo, tener que resetear. De nuevo, sentirse mayor, agotada, fuera de lugar y ridícula. De nuevo, los mareos, los vértigos, las punzadas, el malestar que últimamente le azotaba físicamente. De nuevo, sola, en lo más profundo de la palabra. Lía volvió entonces a recordar sus tres promesas: no volver a enamorarse, no llorar por un hombre y no celebrar Halloween.

Estaba agotada y todo se volvía muy cuesta arriba. ¿Cuál era el camino ahora? ¿Por dónde seguía? Y recogiendo los pedazos de su corazón del suelo, cansada, pero segura y con calma, añadió otra promesa más a la lista: nunca llegaría a vieja.

42

Antonio, el jugador de baloncesto; Sam, el rastas…

29 de julio de 2018-12 de septiembre de 2018

Algún tiempo después, Lía dejó entrar en su vida a varios hombres y apartó las telarañas de su corazón, aunque alguna se le quedara pegada en la mano. Se volvió a encontrar con Antonio, un antiguo compañero de clase que había llegado a Madrid para trabajar. Se habían escrito y quedaron para cenar. Aunque no tuvieron nada en el pasado, Lía recordó que era una de esas cuentas pendientes que tenía ahí esperando a ser saldada. Habían pasado más de diez años desde la última vez que se vieron. A pesar del tiempo se reconocieron enseguida. Antonio estaba algo más mayor, con barriguita y menos pelo, pero seguía siendo atractivo.

A Lía le gustó.

A Antonio también.

Cenaron, hablaron, se rieron, recordaron y al salir del japo en la calle de las Infantas se besaron. Fue un poco raro besar a un amigo, pero también excitante. Lía tuvo la tentación de decirle que esa noche no pasaría nada. Se acordaba de lo que le decía su amiga Macarena siempre: «Lía, no te acuestes con los tíos el primer día»,

pero Lía no era así, la verdad. No quería estrategias, ni planes, solo follarse a Antonio, por los viejos tiempos.

Fueron al diminuto *loft* de alquiler de Antonio, con techo abuhardillado y una sola ventana que daba a la calle Arenal. Ese sitio delataba a Antonio como un recién llegado a Madrid. Lía sabía que ya encontraría otro lugar mejor para vivir. Dejó su bolso sobre el microondas, que estaba encima de una silla plegable de IKEA. De pronto, aunque le apetecía acostarse con él, fue consciente de que seguía echando de menos a alguien mejor. No, no estaba pensando en Abel, pero sí en lo que le hacía sentir.

No había vuelto a saber nada de él. Bueno sí, una vez solo. Ella había hecho un comentario en Twitter de algo que le había jodido, algo de política, un suceso, un caso de violencia machista, a saber… «A veces dan ganas de mandar este mundo a la mierda», eso puso, un comentario lanzado al aire que no le importaba a nadie. Pero, por alguna razón, se activó el botón y el juego se reanudó, o eso pretendió Abel, que contestó a Lía con un «Y eso, qué pasó», un mensaje público, como si nada, como si no le hubiese roto el corazón, como si no se hubiese esfumado un día cualquiera sin dar explicaciones y sin poner ni una excusa, como si le hablara a la vecina del quinto.

«¿Que qué pasó? Ay, Abel, si yo te contara lo que pasó… Pasó que fuiste un hijo de puta, pasó que un tío se ha cargado a su mujer delante de sus dos hijos, pasó que desapareciste, pasó que unos niñatos le han pegado fuego a un mendigo, pasó que me dejaste en la estacada, pasó que una riada se ha llevado por delante cinco vidas…, pasó que pasaste. Pero yo soy una persona ordenada, me gusta poner las cosas en su sitio y, por tanto, detesto que me las

alteren. Y me gusta recolocar los cojines del sofá y las cosas en su lugar, me siento mejor. Sobre todo si lo que pongo de nuevo en orden es mi corazón y mi puta cabeza… Todo eso es lo que ha pasado, Abel», esas palabras eran las que le hubiese encantado responderle.

Lía mantuvo la calma. Leyó el mensaje de Abel e hizo lo mejor que podía hacer para el bien de su alma y de sus entrañas, y no respondió nada. La romántica que todas las mujeres guardan en su interior se quedó ahí, quieta, a salvo, callada, abrazada a sus peluches de niña. No contestó. Y pensó, toda triunfal ella, que había ganado una gran batalla, aunque en realidad la guerra se librara por dentro.

Y ahí estaba en ese momento. En un *loft* abuhardillado en la calle Bordadores, tirándose a su amigo Antonio, que sabía hacerlo bastante bien. Lía se olvidó de muchas cosas y recordó lo que le gustaba el sexo, las caricias, las pieles nuevas y los olores reencontrados.

Antonio tenía más para ella. No había terminado con la primera embestida, que le había hecho sangrar, con un poco de dolor. «¿Otra vez manchando? ¿Dos reglas en un mes?», pensó Lía. Con confianza y con cariño, Antonio la condujo hasta la ducha, que curiosamente resultaba bastante grande para un piso interior tan pequeño, casi más grande que la propia cocina, y bajo el agua Antonio la penetró suavemente mientras Lía sintió cómo algunos miedos se iban por el desagüe. Se notó algo mareada cuando abandonó el piso de su amigo o amante, y mientras se dirigía hacia el metro de Ópera tuvo que sentarse en un portal. No se encontraba bien, tenía ganas de vomitar y pensó que era por haber follado con la persona errónea.

Pero Lía volvió a quedar con Antonio algunas veces más. Le enseñó garitos de Madrid; de hecho, él aprendió de ella a usar las palabras «garito», «birra», «pavo» y «tronco» . Comieron bocatas de calamares en el Bar Postas, pidieron ostras en el Mercado de San Miguel y probaron los famosos huevos de Lucio. Es decir, hicieron todas esas cosas que hacían los recién llegados. Un día fueron a ver el Guernica. Otro, al Retiro, aunque no pasearon en barca porque era demasiado para Lía. No le llevó al templo de Debod, aquel lugar le traía unos recuerdos que no venían a cuento. Follaron siempre en el piso diminuto de Antonio, que pensaba en voz alta en planes para esquiar en Navacerrada o conocer Patones, que compraba vinos de etiquetas chulas para que se los bebiesen juntos y que llamaba a Lía en los atascos. No habían hablado de lo que tenían, Lía no quería ni mencionarlo. Antonio había intentado sacar el tema un par de veces. Lía le había ignorado.

En medio de esto, se había enrollado con un jugador de baloncesto que conoció en una discoteca. La teoría de las dos pelotas de su amiga Carmen, nunca jugar con una sola y tener otra a mano, por si la primera salía rodando. Había ido varias veces a su casa, ella ya no quería llevar a nadie a la suya, no le apetecía profanarla más, pero el jugador de baloncesto tenía un perro enorme que se quedaba en la habitación mientras lo hacían. Lía no podía evitar pensar en *Lucía y el sexo* ni tampoco que después de hacerlo tenía que lavarse en el bidé, que también era el bebedero de ese enorme pastor alemán. Esta vez fue ella la que un día decidió no escribirle más, desapareció como hacían ellos, como hizo Abel… Justicia divina. Eso le hizo al pobre jugador de baloncesto, tan alto, tan majo y tan ignorado.

Mientras, la historia de Antonio avanzaba dando pasos hacia los lados, más que hacia delante. Y Lía conoció a otro chico más en una aplicación de citas. Esa era la nueva moda, para luego ocultarlo y simular que se habían conocido en un bar.

Se llamaba Sam. Desde que hicieran *match*, Lía supo que era de los que iban a saco, citas por sexo, pero ella se dejó hacer. Estaba viviendo con cierta inercia y prefería que las historias duraran poquito tiempo. Era mejor así: un día, dos cenas o tres semanas como mucho y a otra cosa, como hacía antes de estar con Abel.

Sam era norteamericano, vivía en Madrid desde hacía ya unos años y hablaba muy bien español porque su madre era de Puerto Rico. En la primera cita no hablaron mucho, no se contaron sus vidas, solo follaron. Polvo mágico y reconstituyente que el cuerpo de Lía, herido de guerra, necesitaba, con permiso de Antonio y de sus duchas balsámicas. En la segunda cita hablaron más y Lía supo de inmediato que debía mantener a raya cualquier sentimiento hacia Sam. Era un golfo de libro. Un tío que se había separado tras su propia despedida de soltero. Una boda hecha trizas. Y, aun así, el tío seguía escribiendo a su ex. Fue de esas historias que le aburrieron incluso antes de que ocurriera por lo previsible que era. Así eran la mayoría de las historias de Tinder, guarras y sin sorpresas.

Cenaron un par de veces, se acostaron algunas más. Se escribieron con frecuencia. Y un día cualquiera, él se la hizo. Sam le había dicho que la recogería en Atocha, un domingo que Lía volvía de pasar el fin de semana en Sevilla. A las ocho de la tarde llegaba su tren. Desde las cuatro que Lía le había mandado el último wasap preguntándole que dónde se encontrarían, no había recibido ni una

sola respuesta. Pero Sam sí que apareció, bastante más tarde, con tres líneas de mensajes.

Que lo sentía mucho.

Unas caritas con los ojos de corazones.

Y que por qué no se veían al día siguiente.

En el taxi, Lía lo bloqueó sin pensárselo ni un segundo.

Antonio le gustaba, pero más que él le gustaba su compañía, la sensación de que todo estaba en calma, que las cosas discurrían sin más, aunque estas pudieran acabarse en un año, tres meses o al día siguiente. Estaba tranquila sin tener expectativas. Antonio no había hecho que el suelo se tambaleara, pero era un buen entretenimiento. Ni mucho menos se había enamorado de él, pero le bastaba que anduviera por allí. Ya que había estropeado lo de Álvaro, Lía no quería andar pendiente de la hora de conexión de nadie, ni calcular consecuencias… Y con Antonio lo conseguía, hasta que se torció. Antonio sucumbió al fallo más atroz que podía cometer un amigo con el que se acostaba: que la tratase como a todas.

—Lía, tengo que decirte algo. Ya sabes que me separé hace poco; por eso estoy en Madrid. No quiero una relación.

Nunca habían hablado de lo que tenían o de lo que pensaba que tenían, y menos mal que había sido así porque para escuchar lo que escuchó…

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? ¿Qué me quieres decir?

—Pues que veo que estás a gusto y quería que lo tuvieses claro…, que no quiero nada serio, por si estabas yendo por ese camino.

Eso le zampó un día que habían ido al cine a propuesta de Antonio. Ella no había preguntado nada ni había reclamado qué tenían o qué había entre ellos… Lía se quedó a cuadros, no le molestó la soberbia mostrada por él, ni la osadía de pensar que ella estuviera colada, sino que le dio pena su tremenda torpeza. Esa historia quedó absolutamente aparcada desde ese momento. «Esas cosas no se dicen, Antonio, y mucho menos a alguien como yo que, como tú bien sabes, porque te lo he contado cien veces, se está follando a varios. Eso no se dice a alguien que pasa de tus llamadas y que claramente tampoco quiere una relación seria contigo. Antonio, no, las cosas no son así. No puedes decirle eso a una chica a la que conoces como amiga desde hace mil años. Una chica que no es de las que se cuelan por ti. Lo dices, Antonio, porque necesitas escuchártelo decir a ti mismo. Y la has cagado, Antonio. La has cagado de una manera descomunal». A Lía le dio pena escuchar lo que salió por su propia boca porque en ese mismo instante supo que ya no volverían a verse nunca más. Una lástima…, porque su ducha le gustaba mucho.

Luego pasó una semana de vacaciones con sus amigas del alma en Tarifa. Celebraban el cumpleaños de Esperanza. Allí conoció a un surfero con rastas, al que el pelo le olía fuerte. Lía temió coger ladillas. Se enrolló con él en uno de los chiringuitos que cambiaban de nombre cada año. Caía el sol sobre el Atlántico en un alarde de belleza descomunal mientras tocaba un grupo de flamenquito y se bebían a morro una Estrella Galicia. El rastas era de por allí y tenía un acentazo gaditano muy exagerado.

Lía lo besó y no se intercambiaron los teléfonos. Se arrepintió de no dárselo o pedírselo, de no preguntarle al menos cómo se llamaba.

Pero en Tarifa no hacía falta quedar para volver a encontrarse. Dos noches después, el rastas estaba tomándose algo en una de las discotecas del pueblo. Entonces hablaron un poco y se fueron juntos hasta la playa. El rastas la invitó a subir a una caravana y a Lía le pareció raro follar mientras escuchaba el botellón que montaban unos chavales al otro lado de la chapa. En cuanto el rastas le habló de hacer sexo tántrico otro día, tras prepararse unos tiros, Lía se subió las bragas, agarró el bolso y se bajó de la autocaravana. Y a pesar de que en Tarifa todo el mundo se encontraba, nunca volvió a ver al rastas sin nombre.

Con la llegada de septiembre llegaría un descanso, una época de esas en las que no le apetecía acostarse con nadie. Una época de tranquilidad. Estaba rara, se sentía cansada, no tenía ganas de arreglarse y mucho menos de quedar con ningún tío. Después de lo del rastas había tenido un desarreglo brutal y sintió pánico. Hasta se hizo un test de embarazo. Así que decidió poner freno. Era una de esas etapas en las que no se preguntaba por qué no le salía ninguna relación derecha, ni se atormentaba pensando en quién la iba a querer ahora. Una época en la que se tomó todo con mucha calma.

Con la misma calma que anunciaba un tsunami.

43

Hacía mucho calor en Madrid para ser finales de septiembre, y aun así Lía echaba de menos el verano y la playa. En su armario las toallas no olían a mar, sino a suavizante. El sol no bronceaba igual en Madrid y hasta la crema solar se extendía en su piel de forma diferente. No había salitre ni gaviotas. De pronto cayó en la cuenta de que en esa ciudad no había palmeras. No existían avenidas con esos árboles que recordaban al mar, a los paseos marítimos y a horizontes que morían sobre una línea azul.

Tampoco había nada nuevo en la vida de Lía. No se había acostado con nadie desde el tío de Tarifa. Le apetecía más bailar que follar, aunque en ocasiones le costaba seguir el ritmo. Le dolía mucho la espalda últimamente. Había salido mucho de noche, había adelgazado demasiado en pocos meses, no tenía apetito y se había bebido muchos gin-tonics, pero no había conocido a nadie interesante. Ella lo achacaba a la desgana. Y había hecho bien. Aún no sabía lo que le esperaba, aunque de alguna forma estaba alerta, sí. Algo preparaban esas nubes dispersas…

Caminaba por Fuencarral buscando la sombra. Era un 24 de septiembre. El silencio la rodeaba y le pareció un poco preocupante, no se oía casi nada, ni siquiera el tráfico de Gran Vía. No había músicos tocando en la calle, ni las sirenas invadían las calles. Todo estaba en paz, sospechosamente. Notaba algo extraño; pese el calor, soplaba una brisa suave, de esas que precedían a las tormentas. Sí,

esa brisa que hacía huir a los animales mientras los seres humanos seguían tranquilos, ajenos a la desgracia. «Aquí es. Número 18, 3.º interior derecha», se dijo.

Lía pegó un respingo con el descorrer de la cortina. Olía a plástico y a condón. Le hizo cierta gracia que el guante de látex de la ginecóloga tuviese impregnado cierto olor a sexo. Menuda ironía, estaba a punto de echarse a reír, pero la cosa no estaba ni mucho menos para bromas. Tenía un problema grave. No, no estaba embarazada, ni tenía pólipos, ni un quiste en el ovario. La había cagado pero bien. No se había hecho las revisiones ginecológicas desde hacía un par de años y lo que podría haber sido una lesión precancerosa había evolucionado…

El cáncer de cérvix se había extendido, súbito y voraz. Le habían hablado de ello. Sí, tantas veces… Pero era más fácil creer que las cosas terribles siempre les pasaban a los demás. Dichosa temeridad la del ser humano seguro de sí mismo o puta ignorancia.

Lía no sacó tiempo, no hizo mucho caso, se jactó de no tener miedo y acabó marchándose de aquella consulta con un inesperado mazazo. Era un 24 de septiembre plomizo, tranquilo, gris… Un día que había amanecido cargado de nubes oscuras y malos presagios. Guio sus pasos hacia Sol, le apetecía caminar, preguntarse cosas, hablar consigo misma y darse cuenta de que todo lo que había sufrido por amor o desamor se dispersaba en esos momentos, tras la noticia de la ginecóloga, como si al mundo no le importara nada. Estaba enferma. Y la cosa iba en serio.

Durante los meses siguientes, Lía trató de rebelarse. Aunque le duró poco. Estaba enfadada con el mundo, pero sobre todo con ella misma, y decidió ir adaptándose a su nueva vida con resignación.

Asquerosa, impredecible y solitaria, como era la vida de los enfermos, pero suya, al fin y al cabo. Hizo todo cuanto pudo. Se sometió a todo tipo de tratamientos, incluso uno experimental que estaban iniciando en el hospital de La Paz, pero lo tuvo que abandonar porque no le sentó nada bien.

Su cáncer era un puto cabrón. No todos lo eran… Se sorprendió cómo era más fácil hablar de ello si lo personalizaba, si lo humanizaba, si lo trataba como si fuese alguien muy malo. No era más que una puta enfermedad, pero se agarraba muy bien, la muy hija de puta. A ella no se le cayó el pelo. Había muchas cosas sobre el cáncer que no sabía, porque cuando estaba sana no le había interesado preguntarlas. Lo peor era el malestar y las náuseas que le provocaban las pastillas. Quería hacerle frente a la situación, pero no podía hacerlo al cien por cien porque cada vez estaba más machacada.

Los meses y el cáncer siguieron avanzando. Lía no dijo que no a nada, se entretuvo con medicinas alternativas, fumó marihuana, fue a una charla de un chamán, superó varios ingresos, hizo amigos en La Paz, compartió los sinsabores del proceso en las redes sociales, mostró ostentosidad de su enfermedad, practicó una oportuna y necesaria limpieza de la gente tóxica que la rodeaba (bastante veneno se metía ya), ocupó su tiempo con cosas que le gustaba hacer… Y rechazó volverse a Sevilla o vivir junto al mar, porque eso era lo que hacían los desahuciados. Se quedó pisando el asfalto de Madrid, que era donde ella quería estar, donde estaba su vida diaria y donde estaban sus médicos. Allí se trasladaron sus padres. Allí fueron a verla siempre que podían sus amigas del alma. Por turnos, coordinándose entre ellas, mientras Lía sabía perfectamente que

habían hecho otro grupo de chat para poder hablar de su enfermedad libremente, sin asustarla.

Y también lloró, sí, lloró de rabia, de pena e indefensión, porque nada le funcionaba, porque su cuerpo parecía exhausto con cada noticia de una nueva metástasis y porque tenía ganas de vivir, pero pocas fuerzas para hacerlo…

Echó de menos el deporte, los gin-tonics, los sándwiches de Nutella, los polos de limón y las cervezas tostadas, que ya no le sabían a nada. Echó de menos la normalidad, el metro, los atascos. Echó de menos conducir, porque ya no le apetecía y además nadie se fiaba de su fragilidad. Echó de menos su intimidad, porque su familia no la dejaba sola. Echó de menos mirar al móvil esperando el mensaje de un chico… Y sí, por supuesto, echó de menos el sexo.

44

La vida es así de puta. Cuando estás bien llega el huracán y te jode vivo. No, no es justo. Pero a veces, solo a veces, es a ti a quien te toca. Ya no es una historia que te cuentan de un vecino de la casa donde vivías con tus padres, que se ha muerto joven de un infarto…, ya no es el hijo de no sé quién que, vaya drama, se ahogó en una piscina, ya no es una noticia del telediario de un ciclista que ha sido arrollado mientras entrenaba o la del asesinato de una mujer a balazos por su exmarido, un guardia civil retirado… Ahora eres tú, te toca. Ahí estás, formando parte de las conversaciones de otros, de la compasión de otros, asumiendo que la ruleta de tu cuerpo se detiene, como pasa en *La ruleta de la suerte*… (¿cuántos años tiene ese programa de televisión? ¿Va a vivir más años que yo?).

Y tú tienes que jugar. Vivir lo que te queda como puedas. Recordar lo que dejaste atrás. Y haces eso, tiras del pasado, porque el futuro no te interesa, no va contigo, no sois amigos ya, y convives con ello. No entiendes por qué, pero te inunda la tranquilidad del que sabe cómo acaba la película angustiosa que está viendo. Piensas en el amor y te das cuenta de que has dejado de estar enfadada por todo aquello que te hicieron esas personas malas, malísimas, que pasaron por tu vida. Claro, tienes algo peor por lo que cabrearte. Dejas de pensar que fueron unos hijos de puta, porque de pronto, sí, de pronto, como si te quitaras una venda de los ojos, ves que,

aunque te hicieron daño, aunque no fueron relaciones serias, largas y formales, ocuparon un hueco en el todo.

De pronto entiendes que lo importante no es cuándo se fueron de tu vida, sino cuándo llegaron. De pronto sabes que lo único que necesitas es recordar para ser feliz. Tirar del disco duro hacia atrás. En serio, el mañana no me interesa. Nunca debió importarme, pero no solo ahora, que estoy jodida de salud, muy jodida, sino siempre. Nos preocupamos por lo que va a pasar sin saborear lo que tenemos en la boca. Y lo único que me interesa ahora es no olvidar. Eso nunca. Como no puedo vivir, prefiero revivir, porque es vivir lo vivido. Ay…, los nervios del principio, las primeras caricias, los mensajes encriptados, los besos de los comienzos. Los polvos cuando creías estar enamorándote o cuando lo estabas ya, hasta las trancas.

Sí, los moribundos sabemos que hay que aprovechar lo de antes, porque a saber cuándo se acaba lo que viene. Recordar, sí. Cada mañana y cada noche. Y dormir en paz, solo por si es la última…

Piensas sin morbo en cómo será morirse. Si duele, si sentirás miedo, si preferirás estar sola, rodeada o con una enfermera que apenas te conozca para que no lea en tu cara lo que piensas. Tus padres, tus amigas de toda la vida, no… Ellos se quedarían para siempre con ese último gesto que no podrás reprimir: el de la paz inmensa o el del miedo más atroz. Lo piensas, sí, y no sabes por qué te haces más fuerte cuando lo que tendrías que estar es hundida. Sí, los enfermos estamos hechos de otra pasta. El que te escucha, el que te sostiene la mano, no puede saber lo que pensamos porque no es uno de nosotros.

La verdad, no sé muy bien a quién dirijo esta carta…, tal vez al cosmos, a todos los ciudadanos de un mundo al que no le importa lo

que me pasa… Me diréis que luche, que lo intente, que pruebe de todo, que viaje y que cruce el planeta en busca de un nuevo tratamiento. Pero ¿sabéis? Lo he intentado y ya no tengo ganas. No es mal momento para irme. Bueno, sí lo es, joder, soy demasiado joven…, pero no soy la primera ni la última. Simplemente me ha tocado. Simplemente soy otra persona más a la que le pasa algo terrible, como la gente que sale en los programas de sucesos. He regresado a Sevilla para estar en casa. Madrid siempre me acogió, fue el lugar de mis aventuras. Pero Sevilla es donde quiero estar ahora, al final de todo. Aquí cierro los ojos y siempre huele a azahar, a bizcocho de mi abuela…, a hogar.

En estos momentos pienso que es mejor estar sin pareja y no compartir este episodio con alguien que te quiere. Me habría dado tanta pena… Y, además, no tenemos por qué estar con alguien. He sido más feliz sin nadie a mi lado que con alguien. Nos han metido en la cabeza que otra persona ha de completarnos, y tal vez son muchas personas, muchas relaciones, muchas noches las que hacen que seas feliz, no solo uno.

Nos pasamos la vida pensando que fracasamos cuando las relaciones terminan, sin darnos cuenta de que el éxito es vivirlas. Ahora llevo un tiempo sola, y esa palabra no me parece negativa. Es más, me resulta reconstituyente, como un chute de drogas de estas que me ponen. Estar sola me da fuerza. Sí, definitivamente soy más fuerte cuando no estoy con nadie, porque no repartes, te lo quedas todo. No te desconcentras. Y desde luego ahora necesito todo el coraje para mí. No necesito tener fuerzas para vivir…, las necesito para morirme.

Me da un poco de vergüenza contar esto, pero…, bueno, lo voy a hacer. Me ha dado por buscarlos, por contactar con ellos, con los tipos que pasaron por mi vida, sobre todo, con los que estaba enfadada. Diréis que es una locura, pero me he sentido con el derecho de hacerlo, y también tal vez con la necesidad. He escrito mails, cartas de puño y letra, he pedido teléfonos a amigos y he mandado wasaps y privados hasta dar con la mayoría. No he conseguido contactar con todos, pero me hubiese gustado… Hubiese sido chulo hacer un pleno. Ay, ni siquiera en estos momentos tan jodidos la vida te concede todos los caprichos. ¿Veis?, no somos tan importantes…

La mayoría ha contestado y no me he recreado en el tema del cáncer. A alguno sí que le he dicho que se hiciera una revisión, aunque haya pasado algo de tiempo. Antonio se ha asustado un poco, siempre fue un poco hipocondriaco, pero se ha mostrado tan cariñoso… No, no me apetecía hablar de mi enfermedad con ellos, aunque lo supieran ya, porque las redes sociales no nos dejan guardar secretos y la gente cuchichea hasta con las desgracias. Solo quería saludarlos, saber cómo estaban y ponernos al día de qué hemos hecho todos estos años…

Unos están solteros, otros separados, la mayoría tiene pareja, uno o dos han sido padres. No he querido quedar con ellos, aunque más de uno me lo ha planteado. No quiero que me vean así, ni yo deseo verlos. Son un recuerdo bonito y vernos sería echar lava encima, sepultar lo vivido, lo que fuimos. Solo quería decirles que me había acordado de ellos, que fue divertido, que me hicieron llorar, que me gustó follar, cenar, bailar y viajar con ellos. Que los odié, que los amé, que los espié, que quise olvidarlos, pero que forman parte de

mi vida. Que sus historias, las más pequeñas, las más largas, me construyeron.

No sabéis lo bonito que es reconocer por fin que las cicatrices se cierran. Y no sabéis, definitivamente, lo esperanzador que es comprobar que hay sentimientos que, pese a todo, permanecen intactos. Que las mariposas siguen ahí, las hijas de puta.

No es lo mismo hacer un recuento de tu vida a los ochenta y cinco años que a los treinta y pico. Si hubiese sabido que, tras cada relación, tras cada palo amoroso, era mejor perdonar y quedarse en paz, lo habría llevado a cabo. O más que perdonar, asumir. Es un matiz que tener en cuenta.

¿Por qué se rompen las relaciones? Porque alguien ha dejado de querer al otro, le ha dejado de interesar o le gusta más otra persona. O, simplemente, porque nunca le importaste. Y en lugar de amar en paz, vivimos enfadados, insatisfechos, con el rechazo instalado en el corazón.

Escuché el otro día a mi buena amiga Carmen autocompadecerse por sus desamores. La gente de mi alrededor tiene derecho. Vale, no se están muriendo, pero tienen derecho a quejarse. Ya es duro compadecer a los demás (yo lo vivo en mis carnes ahora continuamente), es ingrato e injusto, así que imaginad lo feo que es compadecerse de uno mismo. Pero la escuché y me di cuenta de que siempre lo hacemos. Sobre todo nosotras, las mujeres con treinta y pico años (y supongo que los hombres también, no lo sé y me da igual) hacemos balances frustrantes y perversos de lo que no tenemos en lugar de lo que sí.

Nos quejamos de lo que no somos capaces de tener. La casada con dos hijos quiere tener una aventura. La soltera quiere asistir a

tutorías. La aventurera quiere una mantita eléctrica. Nunca nos conformaremos. Lo ponemos todo del revés, con tanta insatisfacción…

Nos gustan los malotes porque creemos que seremos nosotras las que los cambiaremos… También nos gustan los chicos buenos porque pensamos que los convertiremos en hombres arriesgados y osados… Cuando somos jóvenes, nos gustan los hombres mayores. Cuando nos hacemos mayores, nos gustan los becarios. Cuando estamos empezando con un chico, permitimos que haga todo cuanto quiera, vía libre. Cuando es nuestra pareja, no le dejamos hacer nada. Si nos llaman demasiado, nos agobian y nos dan grima, pero si no nos llaman, los acosamos nosotras. Y así seguimos, compadeciéndonos porque siempre queremos otra cosa.

Yo ahora quiero vivir más, y no puedo. Por eso he sentido ganas de perdonar. De reencontrarme con los amores de mi vida, como para tener un gesto épico conmigo misma. ¡Ah!, tengo que escribir tranquilamente qué me dijo cada uno, qué me contestaron, qué cosas se atrevieron a recordar, qué sonrisas descubrí entre las líneas de sus respuestas y el tono de sus voces, y cómo volvieron a aletear las mariposas cabronas en cada contestación, libres de alfileres y de marcos y de cristales. Han sido majos, se han portado bien. Muchos sabían que me estoy muriendo, pero prefiero pensar que el cariño del recuerdo es más fuerte que la compasión.

Hasta he pensado hacer un capítulo de cada uno de ellos, como un libro de relaciones, como un manual, por si le viene bien a alguien, si es que a alguien le importa lo que he vivido. Jajajaja, yo, dando consejos amorosos… No es mala idea, no. He pensado encabezarlas con sus nombres y con una fecha (fecha del inicio de la

relación, guion, fecha del fin de la relación), como se pone en las lápidas del cementerio… A ver si me acuerdo, porque yo para las fechas soy un poco desastre… Tendré que pedirle ayuda a Espe, que tiene una puñetera calculadora de fechas en la cabeza. Cuando quiero acordarme de alguna batalla amorosa siempre recurro a ella. Sí, ¡me encanta la idea! Estoy loca. Aún me río mucho, eso no me lo quita nadie.

Hay algo que tiene más gracia aún. Hoy es Halloween. Es 31 de octubre de 2019. Y escribo esto en una libreta en forma de calabaza. Me la compró Rocío para reírse un poquito de mí y, en realidad, no pude rechazarla… De hecho, ya no recuerdo ni por qué le tengo tanta tirria a la fiesta esta americana. He perdonado a Halloween… ¿Veis? En la vida no podemos decir nunca jamás. Es una frase horrible. Muy poco práctica. Siempre deshacemos los nuncas. Es ley de vida.

Así que aquí estoy, con mi libreta de calabaza monstruosa. Ahora me gusta escribir a mano. Es más poético, aunque me agoto. Voy a hacer ese libro. Mis amores, mis desamores, escritos uno tras otros, con las mariposas hijas de puta sobrevolando y sobreviviendo a los muertos vivientes. Les tengo que decir a las niñas que me ayuden a recordar detalles de mis amoríos. Mañana mismo se lo digo. Aunque el chat está un poco apagado últimamente. Yo creo que les da cosa escribir las tonterías de siempre con una moribunda rondando por ahí. Mañana les digo que se dejen de chorradas y que me echen una mano con el recuento de tíos que fueron algo en mi vida. Mañana empiezo. Sí, mejor, cuando me tome mi café americano, solo, con dos sobres de sacarina y un vaso de agua aparte… Cuando tenga un poquito más de fuerzas para escribir de nuevo.

Hoy estoy cansada.

Notas de Lía en un cuaderno
con
forma de calabaza siniestra

Epílogo

Lía
12 de septiembre de 1982-31
de octubre de 2019

Cinco chicas hablaban en una cafetería. Dos de ellas estaban cogidas de las manos. Una dio un sorbo al mate que sostenía entre las manos. Otra sonrió sin saber por qué, con la mirada perdida y demasiadas ojeras. Otra apenas había probado la tila, cada vez le costaba tragar más. Una menta poleo, un cortado y un café con leche completaban la mesa. También había un móvil con poca batería, un paquete de tabaco, un mechero y un paquete de pañuelos.

—Qué zorra. Al final tuvo razón… Siempre lo decía, ¿os acordáis? —A Carmen le salieron del alma las palabras.

—¿El qué?

Macarena estaba despistada.

—Es verdad, lo tenía superclaro y nos lo soltaba tan pancha mientras todas le contestábamos: «¡Calla, calla, no digas esas cosas!» —corroboró Rocío.

—¿Qué habláis? ¿Qué decía? —Macarena quería enterarse.

—Sí, yo también se lo oí decir muchas veces, estaba convencida de eso. —Ana asintió, casi sin voz.

—Era como si lo supiera, joder… —Esperanza no pudo reprimir el dolor.

—Pero ¿de qué coño habláis? ¿Qué decía tanto Lía? Ah, ¿os referís a eso de que no se iba a enamorar nunca? —Macarena se estaba poniendo ya nerviosa.

—No…, bueno sí, eso también lo decía siempre, pero nunca lo cumplía. —Rocío las miró a todas, sentía tanta tristeza.

—¿O que nunca lloraría por un tío? Porque desde luego eso tampoco lo llevaba muy bien, la muy tontorrona… —Macarena volvió a insistir.

—No, Maca, me refiero a que Lía siempre decía que estaba harta…, que se iba a morir joven. —Carmen lo soltó como si arrojase una piedra que le pesaba demasiado.

—Es verdad, y ya sabéis que Lía siempre se sale con la suya…, se salía… —corrigió Espe con las lágrimas brotando de nuevo de sus ojos color miel.

Ana pagó la cuenta. Rocío pensó qué harían a partir de entonces con el chat o, directamente, qué iban a hacer sin Lía en sus vidas. Sus amigas de siempre recogieron los bolsos, el paquete de tabaco, el de pañuelos, las chaquetas vaqueras de los respaldos… Hacía un día espectacular para ser 1 de noviembre. En Sevilla siempre solía hacer bueno el día de los muertos.

Todas sin excepción empezaron a sentir el vértigo de regresar a la sala 5. Donde estaba Lía, o lo que quedaba de ella. La familia había organizado una ceremonia no religiosa, algo bastante inusual en Sevilla. Había ido mucha gente, pero Dios no estaba invitado.

Se siguieron unas a otras sin hablar, como un ejército de zombis, por ese pasillo que llevaba hasta las diversas salas del tanatorio.

Carmen se había echado a llorar de nuevo, extrañada de que le quedasen lágrimas, con ganas de fumarse el enésimo cigarrillo. Esperanza pasó el brazo por el hombro de Macarena, que tenía la mirada ausente. Ana buscaba a su novio Fernando entre la gente porque necesitaba que la sostuviese. Y Rocío… Rocío apenas podía caminar, no quería que le hablasen o tocasen porque tenía miedo de estallar. A pesar de estar con las demás, Lía le había dejado un vacío tan inmenso… Iba a ser duro, no lo decían en voz alta, pero lo pensaban. Ya lo había sido durante toda esa noche y esa mañana, desde que recibieran la llamada de la madre de Lía. A ratos, como en la cafetería, habían intentado permanecer normales. Pero no, nada era normal. Lía había muerto.

Desde el tanatorio de la SE-30 irían caminando un poco más tarde hasta el Cementerio de San Fernando, donde Lía sería incinerada. La explosión de la primavera ficticia que había siempre montada en estos sitios era bella, obscena y descarada. No cuadraba. No era lícito que, junto a tanta pena, las flores brillasen esplendorosas, y más aún el Día de los Difuntos. De pronto todo parecía una feria. La fiesta de Lía.

Llegaron a la sala 5 y estaba repleta. Rocío pensó entonces que a Lía le hubiese gustado ver todo esto y le pareció una putada morirse, pero más todavía no estar presente en la despedida, rodeada de la gente que más la quería. Y se dio cuenta de que dos mariposas estaban volando a su lado, que habían entrado en la sala y se perseguían, probablemente siguiendo un ritual de apareamiento. Eso la obligó a mirar hacia arriba, como si los muertos estuviesen flotando en el aire, igual que las mariposas.

Sintió como si escuchase la última petición de Lía: «Nena, echa un vistazo, anda, y cuéntame, ¿están ellos? ¿Han venido?».

Su amiga del alma levantó la mirada. Repasó cara por cara. Había tanta gente que no se cabía. Escudriñó cada rostro. Y sonrió complacida. Allí estaban. Había saludado a Mateo, se conocían del colegio, qué mayor estaba, con sus gafas, bien repeinado…, y qué buen pelo tenía. Antes había saludado a Miguel, que acababa de llegar de Madrid… Ahí se topó con Juan Carlos, a ese también lo conocía bien, sí. Y aquel era Sergio, con su eterna barba de tenor de ópera. Estaba también Ismael, con sus ojos azules y pelo tan fino y unos andares un poco raros, a causa del accidente. Joder, con el daño que le hizo a Lía y allí estaba…, pero Rocío sabía que habían hablado hacía poco y que estaban en paz… Y ese otro era Antonio, había venido acompañado por una chica que lloraba, agobiada por los estrógenos. Rocío conocía la historia perfectamente: era la novia de Antonio, con la que había vuelto justo después del rollete con Lía, y ahora ambos esperaban un bebé.

El moreno, guapo, con cara de vasco debía ser Álvaro, el sustituto buenorro, que también debía haber llegado en el primer tren, y aquel altísimo era Manuel, qué buen tipo, siempre educado y formal…, y el que hablaba por teléfono seguro que era Alfonso. Joder, hasta habían acudido el picha lápiz, el profe sin culo y el, ¿cómo llamaban a ese?, ¿el bigotes?

Rocío sonrió ya sin pudor, casi al borde de la risa. Estaban todos allí. Esa era la escena que Lía habría querido ver. Reprimió una carcajada. Carmen lo notó y la miró frunciendo el ceño, preguntándole con la mirada qué demonios le pasaba por la cabeza. Y Rocío masculló unas palabras dulces y burras: «La muy cochina,

qué jaleos tuvo siempre con todos los tíos, la pobre, que no daba con ninguno en condiciones. Qué zorrón, la Lía»… Carmen le dio un codazo cómplice porque entendió enseguida. Sí, habían venido. Qué orgullosa estaban de su Lía. Les había dejado huella a todos. Pero Carmen seguía mirando a su alrededor, como buscando algo más. De pronto una ausencia le quebró la sonrisa. No estaban todos, no. El único que faltaba era Abel…

—No ha venido, ¿verdad? —preguntó Rocío entre dientes. Desde luego no hacía falta especificar a quién se estaba refiriendo.

—No. —Carmen lo confirmó.

Las demás se habían ido uniendo al corro, entendiendo perfectamente de qué hablaban.

—¿Sabéis si Lía lo llamó estas semanas atrás, cuando se puso en contacto con el resto? Porque a mí no me contó nada… —quiso saber Ana.

—Sí, sí le escribió… —dijo Rocío, tajante—, pero no obtuvo respuesta.

—Valiente hijo de puta, sí que le sentó mal ese «te quiero»… —Carmen odiaba a Abel desde hacía ya mucho tiempo.

—Salió despavorido, el cabrón, de aquella habitación de hotel… —recordó molesta Esperanza, ella, que nunca se enfadaba.

—¿Sabéis qué os digo? —ahora era Macarena la que hablaba—. Que Lía hizo bien diciéndoselo, al muy imbécil. Porque así supo antes la verdad.

—¿Cuál? ¿Que Abel era un auténtico gilipollas? —Ana ya incluso sonreía con los ojos vidriosos.

—Efectivamente —zanjó Macarena.

Se hizo un pequeño silencio… Rocío vio que era un buen momento para revelarles al resto la última voluntad de Lía.

—Tías, vais a flipar con una cosa que me pidió Lía, si algo le pasaba… Me pidió que pusiera una canción y se la he pasado a su madre estaba mañana.

Y la canción sonó en la sala 5 del tanatorio. Aquello parecía un funeral norteamericano. De repente Sevilla se había vuelto muy moderna. Y es que con Lía nunca se sabía… Los acordes comenzaron y la voz de Nino Bravo, el cantante valenciano más famoso de todos los tiempos, irrumpió en aquella sala mientras los presentes se miraban atónitos.

Porque te quiero,
te quiero, te quiero…,
te quiero, te quiero, te quiero.
Y hasta el fin te querréééééé.

Las amigas de Lía lo entendieron todo. Se intercambiaron una breve mirada y se echaron a reír, primero discretamente. Si Abel hubiese estado en aquel funeral, habría salido corriendo. Lía lo tenía todo atado, por si se le ocurría aparecer. Lástima que no hubiese ido, pensaron…, les habría gustado mucho a todas verle la cara desencajada a aquel idiota. Y entonces se dejaron llevar. Y las carcajadas se hicieron más y más fuertes. Aquellas cinco amigas rieron y rieron hasta que se pusieron rojas, hasta que no pudieron respirar, de la forma más exagerada e inapropiada que supieron. Allí, en medio del funeral de su amiga Lía. Sin importarles lo que pensara el resto del mundo.

Agradecimientos

Este libro ha sido escrito durante tantos años, tantas épocas distintas, ha pasado por tantos momentos vitales de mi vida, que no caben en un par de páginas los nombres de las personas a las que tengo que agradecerles haberlo parido conmigo. Voy a intentarlo…

A Patri, mi Pa, la persona que siempre creyó en mí más que yo misma. Sin ella no habríamos llegado hasta aquí. Sin su insistencia, sin su fe. Ella vio este libro publicado antes de que lo acabara, qué digo, cuando apenas había escrito veinte páginas. Ella confió, me insistió, y aquí estamos ahora… No tengo vidas para agradecerle su admiración. Porque, viniendo de ella, me hace pensar que puedo con todo. Porque, si ella me lee, ya soy escritora.

Este libro me ha acompañado, como digo, durante muchos años y ha caminado de la mano de numerosas personas. En estas páginas están mis años en Sevilla, mis amigas de entonces: Pepa, Ale, Natalia, Gracia… Y mi primer grupo de Madrid: María, Celia, Ana… Está mi familia, por supuesto, y mi lectora número uno, que es mi madre. Están mis cobayas: Marta, Emilio, Dani, Paula, Sofía, Noemí…, a quienes confié la primera lectura. Aquí está Nacho, la persona que me inspiró a soñar bien fuerte y, mira, ahora somos compañeros de editorial. Y aquí también está Mónica, que se coló entre estas líneas mucho antes de saber siquiera lo que ocurriría.

Están todas esas personas que se emocionaron y me abrazaron cuando les conté que iba a publicarlo. Sois muchos, no os nombro,

pero cada uno de vosotros sabéis lo mucho que os quiero. Y gracias a mis editoras, Ana y Silvia, por dejarse envolver por las aventuras amorosas de Lía con tanto cariño.

La vida de Lía son retales de muchas vidas, las que mis amigas y amigos me contaron y las que viví yo. Este libro es una historia sobre el amor y el perdón. Y no precisamente el que sentimos por los demás, sino el que vivimos con nosotros mismos.

Y para que sepáis lo agradecida que estoy, tengo que contar algo: conseguí terminar la novela durante una mala racha. Pasaba por un momento triste. No tenía trabajo. No me encontraba bien. Tenía miedo. Pero de pronto me vi capaz de rematarla. Me vi con fuerzas para hacer algo útil con mi tiempo libre, me encerré en Málaga y en menos de una semana la acabé. Apenas cuatro meses después estaba firmando un contrato para su publicación. Por eso ahora más que nunca sé que en los peores momentos solo la literatura puede rescatarnos. Y también sé que sí, que al mundo sí que le importamos un poquito, sea cual sea nuestra historia.

Lía lleva tres años, once meses, cuatro días, diecisiete horas, cuarenta y tres minutos y cinco segundos sin dar un beso de verdad.

Lía se ha hecho tres promesas: no enamorarse nunca más, no llorar por un tío y no celebrar Halloween.

¿Será capaz de mantenerlas cuando conozca a Abel?



La periodista Marina Romero debuta en ficción con una novela que profundiza en las aristas emocionales de unos personajes que, sin pretenderlo, están deseando amar.

Como si al mundo le importara es una novela urbana donde lo significativo se revela en los pequeños detalles, en las primeras veces, en esos momentos que pasan desapercibidos pero que, con el tiempo, se convierten en recuerdos memorables. Porque cada pequeña historia de amor que vivimos, cuenta. Como dice Lía, la protagonista, «al final, de lo que te acuerdas no es de cuándo ellos se fueron de tu vida, sino de cuándo llegaron

Marina Romero es una periodista con amplia trayectoria en medios de comunicación nacionales. *Como si al mundo le importara* es su primera novela en Roca.



Primera edición: noviembre de 2025

© 2025, Marina Romero
© 2025, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Ilustración de la cubierta: © Miriam Bauer

Roca Editorial de Libros, S. L. U., es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10274-95-2

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

[Como si al mundo le importara]

[Prólogo]

[Capítulo 1]

[Capítulo 2]

[Capítulo 3]

[Capítulo 4]

[Capítulo 5]

[Capítulo 6]

[Capítulo 7]

[Capítulo 8]

[Capítulo 9]

[Capítulo 10]

[Capítulo 11]

[Capítulo 12]

[Capítulo 13]

[Capítulo 14]

[Capítulo 15]

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 4

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Marina Roca

Créditos

1. Como si al mundo le importara
2. Prólogo
3. Capítulo 1
4. Capítulo 2
5. Capítulo 3
6. Capítulo 4
7. Capítulo 5
8. Capítulo 6
9. Capítulo 7
10. Capítulo 8
11. Capítulo 9
12. Capítulo 10
13. Capítulo 11
14. Capítulo 12
15. Capítulo 13
16. Capítulo 14
17. Capítulo 15
18. Capítulo 16
19. Capítulo 17
20. Capítulo 18
21. Capítulo 19
22. Capítulo 20
23. Capítulo 21
24. Capítulo 22
25. Capítulo 23
26. Capítulo 24
27. Capítulo 25
28. Capítulo 26
29. Capítulo 27
30. Capítulo 28
31. Capítulo 29
32. Capítulo 30
33. Capítulo 31
34. Capítulo 32
35. Capítulo 33

36. Capítulo 34
37. Capítulo 35
38. Capítulo 36
39. Capítulo 37
40. Capítulo 38
41. Capítulo 39
42. Capítulo 40
43. Capítulo 41
44. Capítulo 42
45. Capítulo 43
46. Capítulo 4
47. Epílogo
48. Agradecimientos
49. Sobre este libro
50. Sobre Marina Roca
51. Créditos